

INTRODUCCION

Manuela Saenz, por antonomasia, la heroína ecuatoriana, sufrió sucesivos destierros, del Perú, primero, luego de Colombia y por fin de su propia patria, pero el peor quizá fue el que se ha llamado el "destierro de la historia". En efecto, por más de un siglo durante el cual se publicaron incontables ensayos y biografías de Bolívar, no aparece en ellos el nombre de Manuela Saenz. Se menciona una "amante", en el mejor de los casos una "dama". Alfonso Rumazo González, hace varias décadas, enfrentándose contra prejuicios y gazmoñerías, se lanzó con la primera edición de su magnífica y diría hoy clásica, biografía *"Manuela Saenz, la libertadora del Libertador"* (1944). En el Preliminar de ella dice: "Ningún estudio serio y amplio se ha publicado antes de ahora sobre Manuela Sáenz, la hermosa y heroica quiteña que recibió de Bolívar el título de "Libertadora del Libertador" conque la conoce la historia. Sin embargo, es fascinante su personalidad, firme su carácter, valiosa su cooperación en la gesta emancipadora".

Desde entonces y sobre todo en las últimas décadas, y superada la época de las hipocresías, de los enconos histórico-políticos y las condenas religiosas han aparecido varias biografías y numerosos ensayos que reivindican a la mujer que sacrificó su vida y su fortuna por el ideal libertario compartiendo con Bolívar sus luchas, sus derrotas y sus triunfos y sobre todo su pasión por una América libre, unida y solidaria. Para Bolívar no solo fue su amor cuanto su mejor y más inteligente consejera y para los ejércitos patriotas, la capitana, la coronela.

Este movimiento de justa recuperación histórica ha culminado con la reciente biografía (2002) *"MANUELITA SAENZ, MUJER DE AMERICA"* escrita por un prestigioso historiador y académico colombiano, Antonio Cáuca Prado.

La Universidad Andina, cuya existencia se debe a una resolución de los países del Grupo Andino que, al mismo tiempo, son los países bolivarianos, rinde nuevo culto a los dos grandes personajes: el primer edificio lleva el nombre de Bolívar y el más reciente el de Manuela Saenz.

Este volumen antológico se publica como otro justo homenaje a la heroína

Manuela Sáenz

I PARTE. CAPITULOS INTRODUCTORIOS

Manuela Sáenz en la leyenda y en la Historia Jorge Villalba S.J.	1
Discurso con motivo de la inauguración de su monumento Sócrates Paz	10
Manuela Sáenz, heroína de la libertad. Plutarco Naranjo	16
Manuelita Sáenz Germán Arciniégas	22

II PARTE CONTRIBUCIONES FEMENINAS EN LA REIVINDICACION DE MANUELA SAENZ

Manuelita en Paita Eugenia Viteri	29 (25)
Defensa Femenina.- Sigue en su guerra la libertadora Nela Martínez	35
Manuela Sáenz Lupe Rumazo	41
Manuela Sáenz, la libertadora. Fanny Carrión de Fierro	46
Autonomía histórica de Manuela Sáenz Nancy Ochoa Antich	52
La participación de la mujer en la independencia: El caso de Manuela Sáenz Amy Taxin	60

III PARTE OTROS CAPITULOS

Manuelita: belleza, inteligencia y valentía Plutarco Naranjo	84(95)
---	--------

Junín Rumbo a Junín 5.45-6.1
 Antonio Cacia (97-110) 102 || 104-107 || 108-110

Ayacucho
 Alfonso Rumazo 123-129

Participación y muerte 135-181 || 194 || 196-227 || 199-200
 Alfonso Rumazo

La insepulta de Paita: Homenaje a Manuela Sáenz
 Pablo Neruda

† Sarker: Capítulos introductorios

MANUELA SAENZ EN LA LEYENDA Y EN LA HISTORIA

Por Padre Jorge Villalba S.J. (*)

Sudirector de la Academia Nacional de Historia

Todas las culturas, todos los pueblos, en todos los tiempos han tejido leyendas sobre sus héroes: Grecia escribió su historia primitiva en mitos y poemas inmortales que recogió el poeta Homero y sus seguidores; Virgilio preservó en la Eneida las tradiciones del origen de Roma imperial; los Romanceros españoles cantaron las luchas épicas de moros y cristianos.

Aun los países jóvenes idealizan a sus personajes y los envuelven entre las luminosas nubes de la apoteosis. Entre nosotros, los soberanos y capitanes del Tahuantinsuyo, los próceres de la Independencia y aun de la República, tienen ya su leyenda.

Y es que la leyenda es un género de historia, algo así como la caricatura es un género de fotografía; la caricatura acentúa los rasgos humorísticos; la leyenda, los heroicos. Por eso los simplifica y los expresa en lenguaje épico.

Nuestra heroína, Manuelita, que hoy concentra la mirada de este auditorio selecto, como la obtenía en los salones de Quito, Lima o Bogotá, donde aparecía resplandeciente de gracia y donaire, tiene su leyenda ha subido a la exaltación mediante el arte poético, elaborado no sabemos a ciencia cierta por quién: si acaso por el pueblo anónimo que la conoció y que inconscientemente, de boca en boca, fue modificando, fue ponderando y encumbrando sus aventuras y desventuras hasta estereotiparlas en las biografías corrientes; o si alguna pluma de un escritor inspirado la tomó como motivo musical para desarrollar con ella una auténtica sinfonía.

Más, señores, sin destruir las leyendas y los mitos, es conveniente poseer también la historia de los héroes.

Esta labor interesante y necesaria se está realizando respecto de Manuela Sáenz; ya desde años atrás se está escribiendo su VIDA DOCUMENTADA, avalada por lo tanto por escritos dignos de fe; muchos de ellos tienen el respaldo de testigos sometidos al juramento.

Este empeño nos va dando por resultado la vida auténtica de la ilustre quiteña; y esta vida real suya, aun despojada de los adornos de la leyenda, es una vida excepcional, que la vuelve digna de la admiración de sus paisanos; verdaderamente merecedora de que se hayan escrito más de 35 biografías, aquí en su tierra, y en diversos países del mundo; que Pablo Neruda la inmortalizara en un poema; que el Presidente de la República del Ecuador, Dr. Oswaldo Hurtado Larrea hiciera pintar su retrato por el artista señor Oswaldo Viteri para colocarlo en el palacio de los presidentes; y que tantas ciudades le dedicaran monumentos.

A los ilustres historiadores y hombres de letras ecuatorianos de todos ustedes conocidos que han escrito sobre Manuela Sáenz Aizpuro me he unido, por varios motivos: Porque la

* Tomado de: *Homenaje a Manuela Sáenz, libertadora del Ecuador (1797-1850)*. Universidad de Cuenca, 1985

Universidad Católica de Quito guarda el ARCHIVO DEL GENERAL JUAN JOSÉ FLORES, fundador de la República; y advertí que Manuela Sáenz mantuvo cordialísima amistad con este General. Luego descubrí más de cincuenta cartas autógrafas e inéditas de la señora Sáenz, conservadas por el mismo General Flores; esto me llevó a estudiarlas, a entretejer la historia de ella y la historia nacional que evocaban esas epístolas.

Hemos preparado la edición de las citadas cartas, comentadas con numerosos documentos que esclarecen un jirón de la vida de quien se firmaba en ellas MANUEL SÁENZ DE QUITO. Las publicará en breve el Banco Central del Ecuador, junto con otros volúmenes de documentos y cartas desconocidas de Vicente Rocafuerte, José Joaquín de Olmedo y Antonio José de Sucre, que hemos preparado en el mismo Archivo Flores de la Universidad Católica. A

Por haber salvado la vida del Libertador la aciaga noche del 25 de septiembre del año 28, por haber evitado al pueblo colombiano el oprobio del asesinato del Emancipador de cinco naciones, como dice don Vicente Lecuna, merecía Manuela Sáenz el homenaje que el señor Cónsul de Venezuela y la Sociedad Bolivariana de esta ciudad le dedica esta mañana.

A eso se unen hechos y cualidades excepcionales que adornan a la señora Sáenz, como patriota, como conocedora inteligente de la política, y consejera de generales y presidentes. Rica en atributos polifacéticos se distingue por los más nobles dones de una dama perteneciente a la más respetable estirpe de la sociedad de su tiempo.

Empezando a contrastar la historia con la leyenda, voy a espigar al azar algunos aspectos de su vida:

SU NACIMIENTO

Manuela Sáenz vino al mundo en Quito, en 1797 aproximadamente: se ha querido señalar el día y el mes; se dice y asegura que nació el 27 de diciembre, según los libros de bautizos de la parroquia de San Sebastián. La verdad es que ni en esa parroquia ni en otra alguna de la capital se halla su fe de bautismo.

Manuela despierta a la vida en forma anónima y sin abolengo; más desde una cuna incierta y escondida va a levantarse ella sola va abrirse luminoso camino en la existencia, luego de buscar y hallar su identidad.

Nace en tiempos y circunstancias difíciles: el país está pobre e inquieto; termina una época y se gesta otra, entre incertidumbres y perturbaciones; la sociedad pierde la estabilidad; se aflojan los lazos familiares.

Un caso evidente es el de don Simón Sáenz de Vergara, español representante del gobierno, colector de diezmos del obispado y regidor del cabildo, que había procreado ya ocho hijos en doña Juana María del Campo, y había superado los cuarenta años: quebranta la fe matrimonial y no menos la amistad con la familia Aizpuro, dejando

encinta a doña Joaquina Aizpuro, la penúltima de los diez hijos de don Mateo, persona de calidad en la vecindad quiteña.

Se pusieron todos los medios por ocultar al público el irregular nacimiento de la niña Manuela, Manuela Sáenz Aizpuro; la declararon expósita, hija de padres desconocidos: buscan quién se haga cargo de la niña, se valen de un amigo, el provincial del convento de la Merced, Fray Mariano Ontaneda, y la expusieron en el monasterio de la Concepción.

La religiosa sor Buenaventura y luego sor Sacramento se encargaron de cuidar y brindar afecto a la niñita desamparada, dentro de los severos muros del monasterio.

Hay historiadores que afirman que la madre de Manuela, doña Joaquina Aizpuro era también casada; y hasta llegan a dar nombres y circunstancias, recargando así las tintas y queriendo connotar que Manuela llevaba un doble lastre de predeterminaba su futuro.

Podemos afirmar sin embargo que esta suposición es falsa, por varias razones, especialmente porque en documento público, firmado por doña Ignacia Aizpuro de Mazo y Manuela Sáenz de Thorne, en Quito, a 31 de julio de 1823, ante el escribano mayor de gobierno Juan Antonio Ribadeneira y testigos, se declara que Joaquina, madre de Manuela, "fue persona soltera, que falleció sin haber contraído matrimonio ni dejado hijos legítimos" (Archivo Hist. Nacional, Protocolos-Quito).

La iglesia amparó, pues, los primeros años de Manuelita, como acabamos de verlo: ella siempre mirará al monasterio de la Concepción como su auténtico hogar.

LA JUVENTUD

¿Dónde pasó la adolescencia esta jovencita tan agraciada y pletórica de vida e inteligencia?

Unos nos dicen que en los campos verdes y perfumados de la hacienda Cataguango, cerca de Amaguaña, a unos 20 kilómetros de Quito, donde la protegían los maternales cuidados de doña Joaquina, su madre.

Otros aseguran que en el convento de Santa Catalina, sometida a estrictas reglas de disciplina que al fin rompió, nada menos que para escaparse y huir en compañía de un joven militar Fausto D'Elhuyar.

Ambos hechos son meras suposiciones sin apoyo documental; es posible que se trate de eventos medio fabulosos que ocurrieron con parientes de nuestra heroína.

Respecto a lo primero, a su permanencia en Cataguango con doña Joaquina, hay vehementes sospechas de que la atribulada madre murió muy pronto; induce a creerlo el que no aparezca su nombre en documentos donde debería constar: no se la halla en el Censo eclesiástico de las personas de su familia en 1797. Se podría decir que se hallaba

ausente; pero ocurre que tampoco se la nombra entre los herederos de don Mateo Aizpuro, en 1804. Don Mateo falleció en 1803; al año siguiente el doctor Domingo Aizpuro y su hermana Ignacia decidieron vender la casa paterna, presentándose como los únicos herederos "e instituidos tales por su testamento". No se ha hallado el testamento de don Mateo; de todas maneras para 1803 habían fallecido los restantes ocho hermanos: lo cual demuestra que Manuela quedó huérfana antes de los seis años de edad.

En cuanto a su atrevida aventura con D Eluhuyar, se ha demostrado que este joven jamás estuvo en Quito; tampoco hay indicios de que Manuelita estuviera internada en el convento de Santa Catalina. Autores muy eruditos relegan este suceso al campo de la leyenda.

Quiero llamar la atención a una frase escrita por Simón Bolívar, el 26 de noviembre de 1825: "Deseo verte libre, pero inocente juntamente;

Porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso, y no lo es por culpa mía"

También años adelante, en 1844 el doctor Pedro Moncayo se permitió mancillar la conducta de Manuela Sáenz ante su esposo Jaime Thorne, con quien ella se había reconciliado. Manuela protestó con toda energía y amargura; y se quejó del atropello ante el general Flores.

Debemos, pues, ser cautos y en extremo delicados al acercarnos a comentar sobre la conducta moral de esta quiteña; pues ella siempre estuvo dispuesta a defender su honor, el cual era tan respetable para el Libertador Bolívar.

RELACIONES CON SUS PARIENTES

Queda por averiguar cómo se llevó con sus parientes los Sáenz y los Aizpuros en sus años de juventud.

Hay autores que nos aseguran que ellos la despreciaron; y que Manuela les correspondió mostrándose airada y agresiva; textualmente se ha escrito: que con sus hermanastros *dispusieron* "dispusieron enconadamente todos los días de su vida".

Es muy grato decir que los documentos demuestran todo lo contrario; lo comprobará el lector en el Epistolario suyo, en trance ya de publicación.

Adelantemos sin embargo algunos breves datos: Cuando en 1823 Manuela Sáenz recuperaba judicialmente su herencia materna, que se hallaba en poder de su tía Ignacia, lo hace con los mejores modales; y se dice en el documento que renuncia a algunos de sus derechos para evitar disgustos con su tía doña Ignacia Aizpuro de Mazo.

Como herencia materna recibió por fin la hacienda de Cataguango, en 1826 estando ausente en Lima; intervino en el trámite su hermanastro el general José María Sáenz, el mismo pagó de su bolsillo los derechos y alcabalas para que se entregara la hacienda a su

hermana. Tan hermanos se mostraban, que cuando ella vuelve a Quito, en 1835, el presidente Rocafuerte teme que traiga la intención de vengar la muerte de su hermano José María, que falleció trágicamente en la batalla de Pesillo, en la revolución política del año 34.

Su otro hermano, Ignacio Sáenz residente en la Nueva Granada, escribía con frecuencia a Manuela; ella le respondía dándole consejos. En sus cartas encontramos fraternales alusiones a sus hermanas María Josefa y María Manuela, su tocaya: las separó sin duda la política: ellas eran realistas decididas y Manuela apasionada patriota; más el cariño fraterno superó estas diferencias, aunque ellas casaron con españoles y emigraron a la Península.

Nos refiere que el hijo de María Josefa, Francisco Antonio, era el más querido de sus sobrinos. Francisco, vistiendo ya el hábito de religioso capuchino, volvió al Ecuador, pero antes pasó por Paita para visitar a la tía, en 1841.

Esto basta para volver con toda firmeza en favor del carácter auténtico de Manuela Sáenz: la leyenda nos la ha querido pintar como una jovencita rebelde, violenta, resentida e irresponsable, que se distingue por la dureza y destemplanza de su proceder, a manera de guerrillera endurecida. Esta caricatura gratuita cae ante la verdad.

Es ella en cambio la mujer que supera las amargas y adversas circunstancias de su nacimiento y de su infancia; el haber sido una expósito que careció del calor de un hogar bien establecido: huérfana en la tierna niñez, testigo de la caída de su padre don Simón que el 10 de agosto del año nueve se ve perseguido pierde sus bienes y huye de Quito, cuando ella apenas cuenta 12 años. A pesar de todo y de las tempranas lágrimas de su existencia, encontramos en Manuela Sáenz una mujer dueña de sí, alegre, optimista, generosa, plena de dignidad y gracia femenina. Así la admiró Bolívar; esa mujer fue la que apreció el general Juan José Flores; ésta es la que descubrimos en su autobiografía que son sus escritos.

La distingue ciertamente un carácter firme, extraordinariamente firme y acerado, que no rehuye la lucha, que no se empequeñece en los campamentos ante los generales más aguerridos y condecorados; que bien pudo más de una vez vestir de coronela y lanzarse al galope de su caballo empuñando la lanza o las pistolas. Pero no necesitó para eso sacrificar su delicadeza de mujer. Al revés: logró realizar una síntesis asombrosa de vigor varonil y de dulzura femenina que cautivó a los más altos próceres de su época.

Si no me equivoco, si no altero las cosas, espero que quien lea las cartas de Manuela asentirá conmigo que esta mujer debe ser recordada y celebrada principalmente porque convirtió su vida en un poema a la amistad, al amor, a la bondad humana. En sus cartas ella ha escrito la antología más rica y emocionante de estos sentimientos ennoblecedores.

Brindó su corazón, su sonrisa, sus servicios, sus modales aristocráticos, lo mismo a los magnates que a los humildes: siempre estuvo dispuesta a socorrer a los perseguidos y desterrados, lo mismo en Bogotá que en Paita: llegó a utilizar su ascendiente con el

presidente Juan José Flores para interceder por la amnistía de un proscrito; le dice: "ya está muy enfermo para que pueda causar daño, solo quiere volver a su tierra para comer loco". Así Manuela disfraza la súplica con el familiar humorismo.

Con el general Flores guardó una perenne amistad, a partir del año 22 en que se conocieron: se hace difícil seleccionar una de sus expresiones amistosas; pero he aquí una escrita en 4 de Febrero de 1842:

"Me dicen que usted ya ha casado una niña; dígame cuál y con quién, y cuántos hijos tiene. Las cosas de usted me interesan y las considero como cosas de mi mayor interés: yo no puedo ser indiferente a usted, ni a cuanto a usted pertenece; jamás olvidaré nuestra antigua amistad, los favores y confianzas que a usted debo, y la decisión que por usted tenía el general Bolívar. Mil y más razones tengo para amar a usted; sin contar que es usted tan útil a la Patria.

Salude a mi señora Merceditas y niñas y niños; y usted reciba los más sensibles recuerdos, con el corazón de su
Manuela.

Cuando otro amigo distinguido, el héroe boliviano de Pichincha, general Santa Cruz, luego de ser jefe de estado, cayó y fue derrotado y preso, comentó Manuela:

"Estoy para morir de pena. Yo no puedo tener amigos, porque me afectan mucho sus contrastes".

Se suele citar, aun fuera de contexto, la frase que escribió en 1824 en su destierro de Jamaica: "Soy, con formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos". Enemiga y luchadora, en verdad, contra los adversarios políticos de Bolívar su ídolo; a ellos les amenaza combatir con documentos; a los que atentaron contra la vida y el honor del Libertador, a los que lo desterraron y le desterraron a ella, por ser su seguidora; a los que destruyeron la obra del Padre de América. Y ¿qué venganza tomó? No sabemos que pasara más allá de quejarse ante sus confidentes.

SU MATRIMONIO CON JAIME THORNE

El 27 de julio de 1817 - contrajo matrimonio, en Lima, con el factor y naviero inglés Jaime Thorne. Fue matrimonio arreglado por su padre don Simón, en Panamá, quien dotó con 8.000 pesos, que puso en manos del novio.

Se casaron en la iglesia de San Sebastián; declarando en las informaciones, de parte de Thorne, que era católico, apostólico, romano; Manuela dice que tiene veinte años, que su madre era ya difunta; que su padre don Simón se hallaba en España.

El enlace de los Thorne - Sáenz se mantuvo con altibajos, hasta la muerte del primero en 1847. No tuvieron hijos.

¿Cuál de los dos rompió la armonía? ¿Fue Manuela al encontrarse con Bolívar, en su esplendorosa entrada en la ciudad de Quito independiente, en junio de 1822? Eso se suele decir. Pero hay indicios de que Thorne violó antes sus promesas. Desde luego existe el testimonio jurídico del procurador de Manuela en Lima, don Cayetano Freire, presentado a 2 de junio de 1848, cuando se litigaba por la recuperación de la dote de los ocho mil pesos. Dice:

(Cartas existen por la que Thorne rogaba a doña Manuela el que viviese a su lado. Pero ella no podía asistir a esa solicitud por las relaciones ilegítimas que aprisionaban a su marido, quien, como era público, vivía en Huayto con una mujer, cuyo trato ilícito existía desde muchos años antes atrás, de lo que ha dejado descendencia....)

EN QUITO EN 1822

En 1822, en fecha incierta, volvió Manuela Sáenz a Quito; venía sola; y el fin aparente que tenía era el reclamo de su herencia materna; más el destino cambio radicalmente su porvenir en la forma más inesperada. Traía consigo un amplio poder firmado por su marido para que pudiera actuar judicialmente; con fecha de 24 de marzo de 1820, y con ocasión de un viaje del inglés a Guayaquil y Panamá.

Un conocido biógrafo de nuestra heroína nos describe con gran colorido la llegada de Manuela a Quito, según él, a raíz de la batalla y triunfo de Sucre en Pichincha. La pinta cabalgando a guisa de amazona, vestida de uniforme pseudo militar con charreteras, cubierta con quepis de oficial con guarniciones doradas, relucientes botas y dos pistolas turcas al cinto. Le da guardia y acompaña un pelotón de dragones al mando de un capitán.

Uno se pregunta ¿por qué se viste de militar una señora que va a firmar en los contratos como "comerciante"? Uno se pregunta ¿quién otorgó una guardia de caballería a la señora Sáenz de Thorne, una simple ciudadana, en días en que gobernaba a Quito el estricto general Antonio José de Sucre, tan acatador de la disciplina?

Y así nos lleva el autor y biógrafo de asombro en asombro ante episodios fantásticos.

En cuanto al fin de su viaje, es de interés saber que en efecto, a 31 de julio de 1823 doña Ignacia Aizpuro y Manuela Sáenz de Thorne -así firmó- rubricaron un documento ante notario por el cual la primera se compromete a pagarle diez mil pesos, herencia de sus abuelos, en el plazo de dos años, pignorando para este pago sus haciendas de los Chillos y San Isidro de Cotacollao.

LOS DESTIERROS DE MANUELA SÁENZ

En 1827 estuvo Manuela en Quito, su ciudad, a la que no había de volver. En 1827 residía en Bogotá, en diciembre de este año, diciembre frío y lluvioso, esperaba a Bolívar que avanzaba desde el Sur en compañía del mariscal Sucre y de los diputados ecuatorianos, convocados a un trascendental congreso constituyente. Bolívar se adelantó en Popayán, a llamarlo Congreso Admirable porque esperaba que en él se daría la

Constitución que había delineado con García del Río; que se le nombraría presidente vitalicio; y se le daría por sucesor a Sucre.

Manuelita creía lo mismo; y a 15 de diciembre escribió a Flores exultante, gustosa de que la delegación de su patria ecuatoriana fuera tan adicta a Bolívar.

Las cosas empero se desarrollaron por vías funestas para Manuela y sus amigos: el Congreso rechazó el proyecto de constitución bolivariano; aceptó la renuncia del Libertador, derrotó la candidatura de Sucre. Se disolvió Colombia, luego se desterró a Bolívar que llegó moribundo a Santa Marta, donde expiró. Sucre fue emboscado y asesinado.

Se vilipendió la memoria de Bolívar: Manuelita lo defendió esta vez con arrestos de amazona: fue desterrada por Francisco de PAULA Santander a Jamaica.

Desde allí vino a las costas de su Patria en busca de un rincón donde vivir. Su familia estaba dispersa y casi inexistente; sus bienes en ruina; solo le quedaba un amigo, aunque fiel y poderoso, el general Juan José Flores, general en jefe del ejército. Más gobernaba en el país un amigo y coideario de Santander que no tendría con ella mejores consideraciones que el presidente bogotano.

Eran aquellos años tiempo de revoluciones, conspiraciones y represión durísima del gobierno vencedor en Miñarica. Flores que se hallaba en Guayaquil, le dio previsivamente un salvoconducto, y escribió a Rocafuerte y a los ministros en favor de Manuela: solo solicitaba que se le dejara llegar a Quito por unos días para arreglar sus bienes; porque estaba en extrema indigencia.

Más el señor Rocafuerte, adversario ideológico vehemente de Bolívar y de lo que lo representara, pretextando temor a las imaginarias intenciones revolucionarias de Manuela, sin perder un instante, sin darse tiempo a consultarlo a todos los ministros como lo mandaba la ley, despachó un edecán en posta que forzara a Manuela Sáenz a volver a Guayaquil y salir desterrada de su patria.

Manuela presentó el salvoconducto del general Flores; protestó que solo arrastrada saldría de su patria. Más su amigo el General le aconsejó ceder ante el abuso de la fuerza, diciéndole: "Yo que la recomendé quedo abochornado: no he merecido ni este pequeño favor de parte del Presidente.... ¿Qué hacer? ¿Rebelarme contra la autoridad?"

Juan José Flores, el que dio la presidencia a Rocafuerte en el triunfo de Miñarica, exponiendo su vida; y el que le hizo elegir en la convención de Ambato, escribió al Presidente diciéndole que ante lo ocurrido, él no discutiría sus órdenes; pero que en adelante sabría con quién estaba tratando; sería muy cauto y no volvería a escribir una palabra sobre el gobierno de la República.

No debía de esperarse esta respuesta Rocafuerte, respuesta para todos obvia; multiplicó en consecuencia sus cartas tratando de apaciguar al desairado General; pero no cedió: Manuelita hubo de salir desterrada a Paíta, para no volver; estaba tan indigente que se vio forzada a pedir 300 pesos al general Flores para sus gastos de viaje.

Esto dicen los documentos que se publicarán íntegros en breve. Sin embargo la leyenda sigue repitiendo, aun en nuestros días, que Juan José Flores fue quien desterró del Ecuador a Manuela Sáenz.

Sigue diciendo que su hermano el general José María Sáenz fue enemigo permanente de Flores, que fue de los pocos valientes que se opusieron a la segregación del Ecuador de Colombia, o mejor dicho de la Nueva Granada, el 13 de mayo de 1830. Se repiten estas leyendas o errores, a pesar de que ya se han publicado documentos que aseveran todo lo contrario.

Llegó Manuelita a vivir en Paíta, el pequeño puerto donde todo era color de arena, lo mismo el paisaje que el tiempo perpetuosamente dormido. Allí, circundada la soledad, pobreza y dolencias, transcurrirían años y otros años.

Más no se interrumpió el drama de su vida: allí se desarrolló el último episodio, no ciertamente con eventos exteriores, sino dentro del espíritu de doña Manuela, que llega a la plenitud de sus mejores cualidades y virtudes. Y lo hermoso y único es que estos hechos nos los contó ella misma, en sus cartas, pues casi todas las que poseemos datan de esta época.

Este tema apasionante se expone en el EPISTOLARIO de próxima publicación; aquí solo tocaré dos aspectos:

MANUELA ESCRITORA Y CONSEJERA

En carta de 11 de septiembre de 1843 escribe: "Yo siento infinito que yo no pueda escribir". Esta vez no estoy de acuerdo con ella, porque Manuela Sáenz fue escritora de primera calidad; no redactó, que sepamos, tratados o artículos de prensa; en cambio ocupa un alto sitio en el estilo epistolar.

En las cartas que conservamos, demasiado pocas lamentablemente, encuentra el lector y el historiador auténticos tesoros: equivalen a un diario y a una autobiografía; nos muestra además sus cualidades intelectuales, su perspicacia en asuntos de política nacional e internacional, de tácticas militares; su asombrosa intuición para conocer el valor y quilates de la gente; ayudada para esto de hábiles métodos de espionaje. Es analizadora sagaz de las circunstancias; es consejera, es previsiva; todo ello con delicioso donaire y destellos humorísticos de la mejor calidad.

Fácilmente deducimos de aquí el papel de asesora que debió de desempeñar junto al Libertador; la importancia y puesto preponderante que asumiría al lado del Estado Mayor del General en Jefe y Presidente de Colombia, cuando daba su parecer en las tertulias ocasionales. Despertó, en consecuencia, la admiración y aprecio de los unos, y el rencor de los adversarios de Simón Bolívar.

Pasaron los años y los hechos trabajando en el alma y conciencia de Manuela mediante el trato con muchos refugiados en Paita, entre ellos con Gabriel García Moreno, con Roberto Ascásubi, con Rafael Pólit, a más de sobrino capuchino y otros clérigos, hasta que ocurrió una transformación completa. Oigamos sus palabras en que cuenta su amistad con los Jesuitas desterrados de Guayaquil al puerto de Paita por el gobierno del general José María Urvina, que obedecía órdenes sectarias de los granadinos generales Hilario López y José María Ovando.

Los Jesuitas volvieron al Ecuador, pero volvieron con una deuda para con doña Manuela Sáenz: personalmente me siento muy aventurado y feliz en poder contribuir al pago de esa deuda de gratitud, por medio de estas palabras, y por medio de mis estudios históricos sobre una de las mujeres más ilustres de nuestro país; la dama que se hizo admirar y estimar de los próceres más encumbrados del Ecuador, Venezuela, La Nueva Granada, el Perú y Bolivia, no por ser amiga del Libertador, precisamente, sino por su propio valer, por su talento, su gracia, sus modales sus exquisitas cualidades que hemos enumerado.

En octubre de 1835 salía doña Manuela Sáenz de este Puerto, pensando no regresar más; derramaba lágrimas al verse desterrada de su Patria, sin piedad: se alejaba pobre, endeudada, incierta de su destino... Ahora regresa, vuelve invitada a la inmortalidad por el ilustre Cónsul de Venezuela, la patria de Simón Bolívar, el señor Arturo Valero Martínez, y aplaudida por las entidades que nos acompañan.

Llor a Manuela Sáenz y parabienes a sus admiradores.
Dr. Jorge Villalba Freire, S.J.
miembro de número de la Academia
Nacional de Historia y de la Sociedad Bolivariana del Ecuador.

IMPROVISACION ORATORIA DEL DOCTOR SOCRATES POZO EN
REPRESENTACIÓN DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE GUAYAQUIL, CON
MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO DE MANUELITA SÁENZ.

Señores:

El Sr. Dr. Antonio Parra Velasco, meritísimo Presidente de la Sociedad Bolivariana de Guayaquil, me ha deferido el delicado encargo de hablar en nombre y representación de nuestra entidad, en el acto solemne de inauguración del Monumento de Manuelita Sáenz.

Hubiese querido que sea la palabra de aquel doctor Maestro, ex-Canciller de la República y extraordinario bolivariano e internacionalista, y no la mía, tan limitada en recursos oratorios, la que engalane, con soberbia elocuencia, la proyección histórica de

Homenajes a Manuela Sáenz
Discurso del Dr. Sócrates Pozo, en representación,

este magno acontecimiento. Pero como esto no ha sido posible, con respetuoso temor, en improvisada charla, reflexionaré con vosotros acerca del destino de Manuelita y el significado cívico de la elevación de su estatua en la ínclita ciudad de Guayaquil, para exaltación de su memoria.

Ningún personaje histórico ha sido tan calumniado y difamado, por toda clase de gentes, como ha sucedido con nuestra venerable compatriota. En ella se ensañó la maledicencia de la época por odiosidad a Bolívar que tanto dio a nuestro Continente, y la ingratitud, que se pega a las naturalezas humanas superiores acabó con su vida. Manuelita representa, en grado máximo, el amor y el sufrimiento; la pasión y el sacrificio consumados en el martirio. Amó a Bolívar con desbordante pasión y en horas de inexorable prueba hizo de su amor, por el Genio de América, motivo de expiación gozosa.

Fue un alma singular en unos tiempos en los cuales la corrupción política invadía todas las esferas sociales. No tuvo la pequeñez moral de doblegarse ante los intereses mezquinos de los bienes materiales, y como Simón Bolívar fue grande en la difícil virtud del desprendimiento por el bien de los demás. Al igual que él fue perseguida y odiada por la clase que anhela que Hispanoamérica no cambie, no luche, no sueñe en un porvenir mejor. Manuelita padeció muchos destierros. Su primera expulsión fue del Perú, quien había combatido en la batalla de Ayacucho, que selló la independencia peruana, junto al invicto Sucre Más el aborrecimiento colectivo hacia Manuelita, en los años postrimeros de Bolívar, es el impacto que hirió profundamente su corazón. El general Joaquín Posada Gutiérrez, en sus *Memorias Histórico-Políticas*, afirma que el encono contra Manuelita rayaba en lo patológico. En las calles de Bogotá amanecían pasquines; en los muros de los edificios, inscripciones injuriosas y hasta en las entradas de los templos, individuos perversos, repartían libelos contra la insigne quiteña. Sin embargo, un grupo de matronas de aquella ciudad la defendieron y recordaron la hazaña de Manuelita en la infausta noche del 25 de Septiembre de 1828, cuando el Libertador iba a ser asesinado por secuaces de Santander, lográndose salvar, por la intuición y valor de su amada heroína, que le puso a buen recaudo. Desde aquella ocasión, redoblaron los ataques a su honor y dignidad femenina. Santander la desterró de Colombia y Manuelita emigró a Jamaica, en donde, años atrás, el Redentor Sudamericano, escribió, para el mundo y la posteridad, el documento más bello de profecía política de lo que acontecería a nuestros infortunados pueblos. Empero, el calvario de Manuelita no termina aquí, sino que tiende agravarse después. Cuando regresa de Jamaica al Ecuador, durante la administración presidencial de Don Vicente Rocafuerte, encontrándose en el Corregimiento de Guaranda, es obligada a regresar a Guayaquil, y el 14 de Octubre de 1835, Rocafuerte, la saca del país hacia el ostracismo de Paita, sitio inhóspito, desolado y caluroso. Su actitud es demasiado ofensiva y ultrajante en la carta que, desde Quito, Don Vicente Rocafuerte, le dirigiera el 10 de Noviembre de 1836 al General Francisco de Paula Santander, enemigo de Bolívar y Manuelita, de la cual aquél expresa: "Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar".

No hay necesidad de mayor comentario para comprender el alcance maligno de estas palabras. Ella no regresará a la Patria y morirá en tierra extranjera, despreciando un

salvoconducto, obtenido por Flores del Congreso y de Rocafuerte. Tuvo la altivez de las almas heroicas que no se doblan por el vendaval de la adversidad.

Manuelita era un alma sensitiva, de gran talento y vasta preparación. Conocía y había estudiado profundamente a los clásicos griegos y romanos; había leído, con especial delectación, a Tácito y Plutarco, que han sido inspiración de políticos, artistas y filósofos; se embebió en la historia de Europa y América; por su temperamento, gustaba de la poesía épica de Olmedo y Quintana y era objeto de su meditación particular la Biblia y Don Quijote. Quienes la conocieron, en su exilio de Paita, son jueces de sus merecimientos intelectuales y morales. Recibió visitas de respeto y admiración de exponentes de la cultura de su tiempo. Don Ricardo Palma, en su libro TRADICIONES PERUANAS, ha recogido bellísimos ejemplos y vivencias de su personalidad; Simón Rodríguez, maestro del Libertador, en el ocaso de su existencia, dialogó, en visión retrospectiva, sobre Simón Bolívar, entremezclando dulces anécdotas y melancólicos recuerdos de la figura de mayor relieve universal. Olmedo, de quien Manuelita Sáenz había memorizado el poema: *La victoria de Junín, Canto a Bolívar*, también la visitó. Todos ellos han dejado referencias.

Pero ninguna de ellas traduce, magistralmente, la fatalidad de Manuelita Sáenz en el confinamiento de Paita como la del general y patriota italiano José Garibaldi, quien la vio y conversó en su lecho de dolor. Lamentando el azar de los eminentes personajes y parangonándola con Manuelita, escribió:

“Es siempre la historia de Sócrates, de Cristo y de Colón y el mundo queda siempre presa de las miserables nulidades que saben engañarlo”.

No aceptó dádivas de nadie ni la compasión mediocre de los poderosos de la tierra. En su empeño de asemejarse al modelo bolivariano aceptó el sufrimiento en lo que tiene de más repugnante y desgarrador:

La soledad y la tristeza. Murió de peste, sin dejar para sus huesos una tumba conocida que los recogiera para veneración de las edades. Ni sus ropas ni papeles quedaron. Todo lo devoró el fuego y en las cenizas disipadas por el viento, solamente, permanece la inmovible grandeza de su espíritu.

Quienes hemos venido hasta este lugar, como peregrinos de un ideal de justicia, para la LIBERTADORA DEL LIBERTADOR, al pie de su estatua, levantada por la piedad amorosa de un venezolano ilustre, el Excmo. Sr. Dn. Arturo Valero Martínez, Cónsul General de Venezuela en Guayaquil, sentimos la presencia incorpórea de Manuelita Sáenz reivindicada en la misma ciudad de donde partió al doliente exilio de Paita.

Gracias, señor Cónsul de Venezuela, por esta obra con la cual enseñáis a los ecuatorianos, con fe y mística bolivariana, que el mérito y la virtud, tarde o temprano, se reconocen, armoniosamente en la palabra del poeta y en la escultura del artista...

LA MUY ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE GUAYAQUIL
RECIBE EN NOMBRE DEL PUEBLO DE GUAYAQUIL
EL MONUMENTO

PALABRAS PRONUNCIADAS POR LA CONCEJAL LCDA. ROCÍO DE SEGARRA
EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO DE MANUELA SAENZ

Es para mí un honor, el día de hoy, inaugurar a nombre del Concejo Cantonal de Guayaquil, el Monumento de quien fuera la más grande mujer de su siglo doña Manuela Sáenz, que el Consulado de Venezuela ha tenido el acierto de erigir en esta ciudad.

Conocedora e impulsora de la Gesta Libertaria de América, constante compañera de Bolívar en sus luchas, en sus penas y alegrías.

Manuela, la decidida mujer, que sin pensar en el qué dirán se dedicó a vivir intensamente con su amado Libertador, su amor, y que convirtió ese sentimiento en la fuerza que llevó adelante los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Manuela, la mujer que entendió claramente que la labor de la mujer, está más allá de lo doméstico, que la mujer está doblemente obligada, como ciudadana y como Madre a crear ese mundo mejor en el que vivirán nuestros hijos y que para ellos es fundamental ser partícipe de el desenvolvimiento político de esta sociedad y ser quien escriba su historia.

Permitidme, Manuela que el día de hoy os pida que ilumines con tu espíritu a todas y cada una de las Mujeres Americanas hasta que el sueño Bolivariano de unidad y fraternidad sea una realidad.

~~Atentamente~~

Lcda. Rocío Palacios Segarra
CONCEJAL DEL CANTÓN

FEB.23 1964
"EL COMERCIO" - QUITO
MANUELA SAENZ

Por: MARIO BRICEÑO PEROZO

Oh! la quiteña insigne que salvó a Venezuela
cuando salvó la vida de su hijo mayor;
más alta que los astros, más bella que la flor
de las andinas cumbres, sin par Doña Manuela!

En los predios de Marte, singular centinela
de la gloria del héroe, de su Cid Campeador,
por Simón su alma griega derramaba candor,
y por él en su pecho lucía la rodela.

Para ella que diose por entero al gigante
de los bravos de América, en su etapa radiante
y en sus horas de angustia, fue su nido de amor.

Y si en verdad que ella a su amado libera
del puñal asesino, es también carcelera
del corazón inmenso de su Libertador....!

EL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE VENEZUELA,
CANTA A MANUELA SAENZ!

MANUELA SAENZ

El amor de Manuela fue una llama
en que el héroe quemó su corazón.
Un amor que fue música y canción,
lirio de luz, estrella y oriflama.

Ella es la amante ardiente que proclama
sin prejuicios su franca devoción.
Y su unión con Bolívar fue la unión
de dos seres en fúlgida amalgama.

Todo en ella fue grande, la grandeza
en su cuerpo fue emporio de belleza
y en su alma venero del amor.

Y ella es la dueña única en la historia
de un título aureolado por la gloria:
Libertadora del Libertador!

Mario Briceño Perozo

LA "AMABLE LOCA" DE BOLÍVAR
Benjamín Carrión

La otra Manuela de la Libertad, Manuela Sáenz, "Colibertadora" Libertadora del Libertador, como se la llama, se halla también en los orígenes heroicos de nuestra historia. De puro amor por el héroe. Pero de un héroe de la libertad. No de un torero, de un boxeador o de un millonario. No tampoco de un opresor de pueblos, como muchas

mujeres de la historia griega o la historia romana, que a través de Plutarco, tanto y tan románticamente han influido en nuestra historia, no Artemisa o Aspasia, menos aún Cleopatra, la devoradora de guerreros y tiranos. ¡Qué lejos de Jacqueline Kennedy o Evita Perón, las heroínas de la “modernidad”. Nuestra Manuela amó al héroe pequeñito y moreno, febril y lascivo, acaso menos por el sexo, que por el deslumbramiento de la causa a la cual el héroe se había entregado en dación total de sus potencias.

No tuvimos héroes con espada en las luchas por la libertad. Tuvimos, sí, heroínas con abanico y miriñaque, ojos asesinos y valor para dejarlo todo, para ir por sobre todo –en una sociedad hipócrita, tragahostias y cuentachistes- como era esa de nuestras aldeas grandes metidas a ciudades como lo eran por entonces Caracas, Bogotá y hasta la misma Lima, con sus tapadas y su aún mayor gazmoñería y lisura.

Porque esta Manuelita, la “amable loca”, como la llamara su amante, estaba casada con un -¿flemático?- médico inglés, Mr. Thorne, con el cual había cometido matrimonio, porque era linda y no quería, como era de rigor en las damas de sociedad desmaridadas, quedarse para vestir santos. No sentía, ¡cuándo ella! Vocación de Mariana de Jesús... Otrora paisana suya, con matrimonio, la Marquesita de Solanda... Bueno, en esto hay que ser al señor Angel Grisante, Cumanés como el gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre... Hombre para suelto de lengua este historiador venezolano... Pero nadie desafirma que la célebre Marianita Carcelén no esperó mucho, pocos meses, para darle sucesor –un General Barriga- el máximo estratega de las guerras emancipadoras...

De esta Manuela Sáenz –tuttes proportions gardées- se puede decir, como López Velarde dijera de Cuauhtemac: “única heroína a la altura del arte”. Por razones muy diversas, por cierto. A la altura del arte: la ha cantado Neruda, nuestro mayor poeta en el idioma; Rafael Pineda, hombre de la joven poesía, la interpreta en un lúcido poema en prosa. Y como exégetas, ha tenido en primer lugar el fino y buido intérprete de lo humano del hombre, Alfonso Rumazo González. Y desde la otra orilla, amoroso y poética también, W. von Hagen –puede no satisfacernos del todo- en su tan conocida Las cuatro estaciones de Manuela.

Y el nuevo arte, el cine la codicia.

MANUELA SAENZ, HEROÍNA DE LA LIBERTAD (*)
PLUTARCO NARANJO

^{Honorable}
~~Ex~~ Director de la Academia Nacional de Historia ^{del Ecuador}

Sepultado Bolívar, destrozado su ideal de una gran nación, olvidadas sus arengas de lucha por una América libre y democrática, unos cuantos gallardos militares, luciendo uniformes nuevos y condecoraciones policromas, paseaban su prepotencia y, a veces, su desvergüenza, a lo largo de las naciones bolivarianas. La mayoría de los verdaderos patriotas y de los auténticos héroes que no habían caído en el fragor de las batallas, no estaban al frente de los destinos de América. Unos se habían expatriado o silenciosos y desengañados se habían retirado a la vida privada, mientras otros habían sucumbido al certero golpe de una mano traidora y asesina.

De los que ahora exhibían bandas presidenciales, honores y prebendas, unos, por lo menos habían luchado junto al Libertador mientras otros, ni siquiera tenían en su hoja de servicio una batalla. Mas unos y otros se vanagloriaban de sus acciones, hacían ostentación verbal de su fe republicana, de sus sacrificios por la felicidad de los pueblos.

El general Francisco Robles y los suyos, según acaloradas promesas de salón, estaban dedicados con encomiable desprendimiento y tesón, a trabajar por los altos intereses de la república. Era el 23 de noviembre de 1856. El general Robles celebraba con banquete, música, bulla y alegría, su reciente ascenso al poder. Ese mismo día —contrastes dolorosos de la historia— moría en Paita, sola y totalmente abandonada quien se entregó con santo fervor a la causa de la libertad y luchó ^{contra} los mejores años de su vida, primero junto a los patriotas quiteños, luego hombro a hombro con los patriotas limeños y por fin junto a Bolívar. La moribunda era Manuelita Sáenz.

Bolívar por lo menos tuvo el consuelo de contar con un puñado de amigos que le rodearon a escuchar su última proclama. Manuelita, víctima de una violenta epidemia de difteria que, en su casa cobró ya una vida tres días antes, ni siquiera contó con una mano piadosa que le extendiera un vaso de agua. Murió sola y en el más duro ostracismo, después de más de 20 años de exilio. Los próceres y patriotas, si no mueren como héroes en el campo de batalla, con frecuencia, mueren en el más lóbrego de los abandonos.

“Si ^{mi} ~~su~~ muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro”. Por desgracia ni cesaron los partidos, menos consolidaron la unión. La Gran Colombia se hizo pedazos.

Manuela, aunque de padre español, desde niña se vinculó al movimiento independentista. Su familia materna estuvo estrechamente ligada a los próceres del 10 de agosto. A pesar de su corta edad, doce años, tuvo que sufrir ya las vicisitudes de ese fracasado movimiento y sentir las emociones de la lucha por el ideal libertario.

(*) Revista América -114:131, 19...

Años más tarde, establecida en Lima, adornada de los dones de una inteligencia extraordinaria, belleza, donaire y fortuna, convierte su casa en un elegante centro de actividad social, pero no precisamente para el disfrute de una vida mundana y licenciosa. Todo lo contrario, Manuelita convierte esa elegante residencia, en uno de los principales centros conspirativos. Ella, en persona, organiza reuniones y fiestas –para disfrazar el propósito– en las que participaban los patriotas peruanos y sin despertar sospechas de las autoridades del virreinato, adelantan los planes para la independencia del Perú.

invita también a miembros del gobierno

La espada de Bolívar, tras las gloriosas batallas de Boyacá y Carabobo, ha sellado, de modo definitivo y para siempre, la independencia de Colombia y Venezuela. Argentina y Chile, gracias a San Martín y O'Higgins son también ya libres. El Perú no lo es. Más bien ha llegado a la ciudad de los virreyes un batallón realista, de refuerzo, el "Numancia"; enviado desde Bogotá, antes de la batalla de Boyacá. La llegada de dicho batallón ofrece a Manuelita una increíble coyuntura. Entre los oficiales del "Numancia" está nada menos que su hermano, el capitán José María Sáenz, incorporado a las tropas realistas, no por su voluntad, sino por su condición de capitán y de hijo de español.

Manuelita influye de modo decisivo en el ánimo de su hermano, quien desde antes se había identificado con la causa de América, para inclinar la vacilante posición de otros oficiales y soldados y convertir al "Numancia", en un batallón de la libertad. Al fin, el "Numancia" desconoce al virrey, sus autoridades y proclama su nueva causa, al tiempo que se anuncia, en Lima, la entrada inminente de los ejércitos de San Martín. Cunde el desconcierto en las filas realistas mientras se vigoriza el ánimo y la decisión en las filas patriotas. La casa de Manuelita hierve en actividad. Los ejércitos españoles desconocen al virrey, por su debilidad y proclaman uno nuevo, más enérgico y decidido, pero es demasiado tarde. En forma precipitada los ejércitos españoles se ven impedidos a abandonar Lima para organizarse a campo abierto, con el fin de dar la batalla en sitio más propicio.

San Martín, sin que sus ejércitos hayan disparado un solo tiro, entra en triunfo en la ciudad de Lima y es declarado "Protector" del Perú. Manuelita, junto a otros patriotas de ambos sexos, es condecorada por San Martín con la banda de seda y exaltada como "La Caballeresa del Sol". El decreto correspondiente dice: "Las patriotas que se hubieren distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú, usarán el distintivo de una banda bicolor, blanco y encarnado, con una medalla de oro con las armas nacionales, al anverso y en el reverso, la inscripción "Al patriotismo de las más sensibles".

Manuelita era ya personaje de altas consideraciones y respeto, ahora es una patriota consagrada. En su pecho luce resplandeciente la bandera de seda y la medalla de oro. Esto mismo va a pesar, más que antes, en su voluntad para cambiar comodidades, disfrute de la vida y la fortuna, por el azaroso camino de la lucha a favor de una gran causa. Algo inexplicable le impulsa a volver hacia Quito. Quizá, eso que llaman destino y que a veces no es otra cosa que una decisión inquebrantable.

Aunque había un asunto económico que resolver allá, algo más, algo

A miles de kilómetros de distancia Bolívar siente la misma necesidad, trasladarse, lo antes posible, desde Caracas hacia Quito. Es la misma causa, pero con propósitos concretos diferentes que lleva a estos dos extraordinarios personajes a encontrarse en la ciudad de Atahualpa.

Guayaquil, mientras tanto, el 9 de octubre de 1820, ha proclamado su independencia. Quito, ahogado en sangre el 2 de agosto y sufriendo dura represión, sigue bajo dominio español.

Manuelita llega a Guayaquil, ya independiente. Los amigos prudentes le aconsejan no intentar su viaje hacia Quito. Sucre, con sus ejércitos está ya avanzando en esa misma dirección, quizá a Manuelita le tocaría atravesar el campo mismo de batalla. ¡Qué locura intentar ese viaje! Pero es precisamente lo que busca Manuelita; no le arredran los riesgos, no ha venido en busca de solaz y de tranquilidad, ha venido en plan de lucha, a ayudar a los patriotas. Avanza con premura a Quito, llega días antes de la Batalla de Pichincha; colabora con los patriotas y junto con las vituallas les envía también su corazón. Escribe: “El Ejército se desvió en Tambillo y nosotras seguimos hacia el Norte, hasta la Plaza de San Francisco, donde nos apeamos para llegar en andas hasta la casa”.

Manuela

Quito, 19.V.1822.

“Los godos se han puesto nerviosos y andan por todas partes atisbando el descuido de algunos para tomarles presos”.

Yo he impartido órdenes a Jonatás, yéndose con Natán a recoger información que sirva como espionaje...”

Manuela

Quito, 23.V.1822.

En efecto, Sucre que era un gran estratega y con las informaciones que recibía de la posición de los ejércitos españoles decidió tomar el camino más difícil para sorprender al enemigo que le esperaba en posiciones defensivas, quizá expugnables. Pernoctar en el sur de Quito y muy por la mañana ascender por las peñas del Pichincha con el propósito de atacar a los españoles desde la retaguardia. Cuando el enemigo se dio cuenta casi al medio día, era muy tarde. Lucharon en desventaja geográfica y en pocas horas se rindieron. Firmada el acta de rendición de los ejércitos de Aymerich, mientras otros se dedican a celebrar el triunfo, Manuelita recorre las salas del hospital, dando ánimo a los moribundos, ayudando a curar sus heridas a otros. Relata: “Ya son las cinco y media de la tarde. Jonatás y Natán y yo estamos rendidas.

Llegamos de auxiliar a los heridos y ayudar a calmar sus dolencias con bálsamo del Perú e infusiones de amapola...”

Manuela.

24.V.1822

Y, se inicia entre Manuelita y Sucre una sincera amistad avalada por la recíproca admiración y respeto mutuo.

Pocos días después de la batalla de Pichincha, Bolívar que había derrotado a los ejércitos españoles que se habían atrincherado en Pasto, hace su entrada triunfal en Quito. Manuelita es la encargada de ceñir las sienes del Libertador con una corona de laureles. Cuando el Libertador, cabalgando un hermoso caballo blanco, ^{al entrar} entra en la actual Plaza de la Independencia, Manuelita, desde su balcón, le ciñe la corona. Luce en su pecho la franja bicolor y la medalla de oro. Por el momento, Bolívar ve en la quiteña sólo a la mujer bella que le deslumbra con su mirada y su sonrisa. Horas más tarde descubrirá en Manuela, que en eclosión armónica, se reúnen tanto esos dones naturales, cuanto inteligencia cultivada, fuerza de voluntad, fe en un ideal que los identifica, en ella encuentran a la mujer digna de su propia grandeza.

En efecto en la recepción que le han ofrecido esa noche ha escuchado algunas hazañas de la joven bella, en su lucha por la libertad y luego entre baile y baile Bolívar descubre algo más en esta mujer extraordinaria. Manuelita escribió después:

“...No quise quedarme corta y para descollar por lo menos en algo, a la altura de este señor, empecé hablándole de política, luego de estrategias militares (mi parecer lo tenía embelesado)”.

Manuela

22.V.1822.

“...Yo lo miraba y escuchaba entusiasmada y cuando tuve por fin la oportunidad, le respondía dándole citas de Tácito y Plutarco, cosa que le llamó mucho la atención, quedándose casi como mudo y asintiendo de mis pobres conocimientos, con la cabeza, y diciendo “Si, si, si, eso es...”

Manuela

Junio 22 de 1822.

Bolívar descubre que Manuelita no es sólo la beldad irresistible, es mujer de gran talento, culta y que sabe por qué ha luchado y seguirá luchando el resto de su vida.

Pero Bolívar no ha venido en pos de romance ni de aventuras ligeras, tiene urgencia de llegar a Guayaquil. El más importante puerto de las colonias españolas del lado del Pacífico, ha declarado su independencia, pero no se ha pronunciado con claridad si continuaría unido a Colombia o como corren rumores, podría vincularse al Perú. Por otra parte tiene noticias del viaje de San Martín, rumbo a Guayaquil. Además, San Martín ha impartido la orden de que el batallón que envió desde el Perú, bajo el mando del general Santa Cruz, para reforzar las tropas de Sucre, vuelva a Guayaquil y allí espere sus órdenes, que las impartirá al momento de su arribo a dicho puerto.

Bolívar, aunque intuye los propósitos de San Martín, aunque han intercambiado noticias sobre movimientos y batallas de cada uno, no le conoce personalmente a San Martín, no sabe a ciencia cierta cómo es él, cómo reacciona ante los problemas. Hay alguien que lo conoce muy de cerca: Manuelita, Bolívar suplica a la patriota quiteña que le acompañe a Guayaquil. Ella avanza hasta Babahoyo. Manuelita que conoció a los peruanos, unos verdaderos patriotas y otros oportunistas que esperaban medrar del triunfo le previene a Bolívar y le escribe:

“Vaya Ud. Señor y tómese la Plaza de Guayaquil, no espere a discutir para llegar a un acuerdo”.

Bolívar llega al puerto, con el tiempo estrictamente necesario para conseguir el pronunciamiento de la Junta de Gobierno presidida por Olmedo. Guayaquil respalda a Colombia y es parte de ella. Cuando San Martín llega a tierra ecuatoriana, la suerte se ha echado ya. Los dos generales se encuentran por primera vez, discuten los más importantes problemas, sobre el futuro de la América Hispánica y llegan a decisiones trascendentales. Con un abrazo, immortalizado en el bronce, los dos libertadores se despiden. San Martín ha cumplido su misión, junto con sus tropas regresará a la Argentina, de modo temporal. Las decepciones, que más tarde sufrirá también Bolívar, han llevado a San Martín a la más dolorosa determinación: se expatriará con rumbo a Europa, en donde morirá solo y casi abandonado.

A Bolívar le ha quedado la responsabilidad de dar las batallas definitivas en el Perú, en donde los ejércitos realistas se encuentran intactos, esperando el momento oportuno para la reconquista de Lima. Bolívar debe marchar hacia el Perú a dirigir personalmente las batallas; pero necesita más hombres y vituallas. Tiene que conseguirlos en el Ecuador y en Colombia. ¿Quién puede ayudarle en la difícil faena de formar nuevos batallones en tierra ecuatoriana para luego emprender en la larga marcha hacia el Perú? Allí está Manuelita. Ella, conocedora del medio ambiente, no sólo es la consejera inmediata de Bolívar, es ella misma quien colabora en reunir recursos para armas y vituallas, la que da aliento a los patriotas para ir a luchar en tierras remotas. Manuelita escribe:

“Juntos movilizamos pueblos enteros a favor de la revolución, la Patria. Mujeres cociendo uniformes, otras tiñiendo lienzo o paños para confeccionarlos, y lonas para morrales. A los niños, los arengaba y les pedía trajeran hierros viejos, hojalatas, para fundir y hacer escopetas o cañones, clavos, herraduras, etc.

Bueno, yo era toda una comisaria de guerra que no descansó nunca hasta ver el final de todo”.

Manuela

Diario de Paita

Sucre y Manuelita se convierten en los consejeros más capaces y leales del Libertador.

Viene el triunfo de Junín, ese que en oda inmortal ha sido cantado por Olmedo, uno de nuestros más grandes poetas; viene, poco tiempo después, el gran triunfo en Ayacucho. Las dos batallas cuentan entre las más extraordinarias de la historia de la estrategia militar. ¿Cuánto del triunfo en esas batallas no se debe también al valor, a la inteligencia y sobre todo a la abnegación, a la intuición, de esa maravillosa quiteña, la Manuelita Sáenz.

Con la batalla de Ayacucho y la Convención de Bolivia, Bolívar ha saboreado los últimos días de triunfos militares, de vítores atronadores, de distinciones y honores. Ahora se ahondan los conflictos políticos de las naciones emancipadas. Ahora comienzan los días

más difíciles y amargos, aquellos que requieren mayor presencia de ánimo. Llegan los días de los egoísmos, de la inquina solapada, de la envidia que no perdona, de los denuestos, del juego bajo de intereses. Sus pocos años de gobierno “itinerante” están colmados de dolor y desconsuelo.

Precisamente en esos momentos más llenos de despecho, de riesgos e incomprensiones, Manuela es su mejor confidente, la que le alienta con mente clara y el corazón de una mujer enamorada. La única que no abriga menguados propósitos. Ella, cuando la mayoría de amigos comienza a tomar el camino del alejamiento, es la que está más cerca, la que trabaja sin descanso. Nadie, por un sueldo, habría trabajado con tanto tesón, como Manuelita, por salvar la “revolución”, por llevar hacia delante a la Gran Colombia.

Gobernar los pueblos resultó, para Bolívar, tarea mucho más ímproba y difícil que derrotar a ejércitos bien formados y más numerosos.

Manuelita la leal compañera de ideales, de luchas, de triunfos y derrotas, con su intuición femenina y su clarividencia se convertirá ahora en la protectora de Bolívar, en la “Libertadora del Libertador”. Varias veces le salvará la vida a riesgo de la propia.

Escribiría más tarde:

“Difícil me sería significar el por qué me jugué la vida unas diez veces. ¿Por la Patria libre? ¿Por mí misma? Por todo...”

Manuela

Diario de Paita.

Es cierto, Bolívar y Manuelita se amaron, con ese amor intenso y sublime de los seres superiores. No en los primeros días, que son de asombro y arrobamiento, sino años más tarde, casi al final de la jornada, es que Bolívar, cual adolescente soñador, le escribirá a Manuelita: “A nadie amo; a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa, o de Manuela, créeme: te amo y te amaré sola y no más”.

Paradójicamente, si Manuelita sólo hubiese sido la Caballeresa del Sol y en su haber se hubiesen inscrito sólo sus tantas acciones por la independencia, habría tenido, por sí misma, su puesto consagrado en la historia. No habría necesitado figurar como la “Libertadora del Libertador”. Pero fue mujer, amó con toda la intensidad de su alma, amó hasta el último día de su vida. Todavía no se cumple a cabalidad su propia profecía (carta a Juan José Flores): “El tiempo me justificará”. Parece que un siglo y medio son pocos años para borrar incomprensiones y prejuicios. Para Bolívar la vida fue corta; para Manuelita, el calvario, eterno.

MANUELITA SÁENZ

GERMÁN ARCINIEGAS (*)

Escritor colombiano

Cuando Bolívar entró a Quito, en 1822, había pasado, en seis meses, por las honduras más negras y las glorias más prometedoras de su vida fulgurante. Había saltado del paraíso al infierno y del infierno a la gloria una, dos, tres, cuatro, cinco veces, en vertiginosa carrera, metiendo unas veces su alma entre el puño y otras liberándola como se suelta a un pájaro de la jaula. Lo que dejaba atrás era el compendio de estos altibajos. Al fin, y no iba a ser su último final, cayó en ese Quito delicioso, lleno de tentaciones, que nunca había visto, escondido rincón de la América verde que se arropaba contra el frío con historias de amores ya legendarios.

Unos meses antes, desde Cali, escribió Bolívar a “la melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina”, un billete que empezaba de esta manera: “¡Mi adorada: lo que puede el amor! No pienso más que en ti...” Al mes, escribía a Santander desde Popayán: “Las viruelas se han introducido, las deserciones son diarias, se fugan los veteranos, no hay con qué mantener las tropas, voy a padecer quemándome aquí indecentemente: mande alpargatas, cartucheras si las hay, gorras para los reclutas y un vestido siquiera de manta; si hay buenas piedras de chispa, que vengan porque las que han mandado no sirven para nada...” Desesperado, se lanzó a la guerra contra los de Pasto: era irse a estrellar contra las rocas. “Son los más tenaces y más obstinados, y lo peor es que su país es una cadena de precipicios”. Eran circunstancias ideales para un empecinado como el Libertador. Metido en estos abismos, escribió a poco al coronel español: “Devuelvo a usted sus comunicaciones, para que las envíe con el tratamiento que me corresponde, o las guarde para siempre: Tenemos derecho a tratar a todo el pueblo de Pasto como prisioneros de guerra, porque todo él, sin excepción, nos hace la guerra, y para confiscarle todos los bienes... tenemos el derecho de tratar a esa guarnición con el último rigor de la guerra y al pueblo para confinarlo en estrechas prisiones ...” Asustando con palabras y peleando sin piedras de chispa, se empeñó en la estúpida batalla de Bombona y la ganó. La batalla más heroica y menos gloriosa, decía Mosquera. Pero la ganó... y tuvo que volverse a la otra orilla del Juanambú. Estos absurdos hicieron morir de miedo a los realistas. Entre tanto. Sucre ganó la batalla de Pichincha, y Bolívar redobló la ofensiva con esa literatura tan suya que es el mejor machete que haya brillado al sol de América. “¿Cómo quiere entrar a Pasto?”, le pregunta el gobernador rendido. Y Bolívar: “Cuando el Libertador Presidente de Colombia entra vencedor a una ciudad recibe los honores de un emperador romano.” Le hicieron arcos de triunfo. El obispo le esperó en la plaza con vestiduras pontificales, bajo palio. Se cantó *Te Deum*. “De Tulcán a Quito hemos marchado sobre flores...”

(*) Germán Arciniegas es uno de los prominentes escritores y periodistas de Colombia. Con la gracia, amenidad y a veces ironía de sus artículos, entre historias, leyendas y fantasías ha ~~rescatado~~ algunos episodios de la vida de Manuelita.

(Fragmentos tomados de su largo artículo sobre “Las mujeres y las horas”).

perguntado

Al entrar a las calles de Quito "todas las ventanas y balcones estaban cubiertos con tapices y lucían en ellos las señoras y señoritas, vestidas y peinadas con mucha elegancia". Llovían rosas, claveles. Seis señoritas vestidas de ninfas le esperaban en el tablado de la plaza. La señorita Arboleda le colocó la corona de laurel. De nuevo. *Te Deum*. Desfile... Y ¡guay! De un balcón le tira cierta dama una corona de laurel que le da en la frente. Con este golpe se alteró la historia. La de la prodigiosa puntería era Mrs. Thorne. Mr. Thorne se había quedado en Lima. Mrs. Thorne había llegado de Lima días antes.

Por la noche hubo baile. Le fueron hechas al Libertador las presentaciones de rigor. Casi de última estaba la de la buena puntería. Ya esto significaba bastante para militar tan notable como Bolívar. Le fue fácil distinguirla. "¿Mrs. Thorne?" "No. Manuelita: me llamo Manuelita, me llaman Manuelita." Hubiera podido agregar: hasta no hace un momento, era Mrs. Thorne. No fue necesario. Se le veía en los ojos: eran de la piedra que da buena chispa.

Bailaron locamente, desesperadamente. Ella hizo unos solos de ñapanga, danza que el obispo de Quito llamaba "la resurrección de la carne". A los oficiales ingleses se les caía la baba con esta resurrección. Sacados estos solos de danza, la noche toda fue para Bolívar. Manuelita era la republicana peleadora. Los indulgentes dirían: ella tiene noticias de Lima, que comunicará a Su Excelencia. Quienes pensaran en otra cosa, callarían. Pero "ella", ese día, fue de Bolívar antes del baile, en el baile y después del baile. Bolívar se dijo: ¡Adiós Bernardina! Manuelita: Bye, bye Mr. Thorne!

* * *

Nadie ha dicho que Manuelita fuera fea. Sería prohibida para menores, y eso basta. También lo fue su madre, la linda Joaquina Aispuru, de las mejores familias vascas. Joaquina tenía metido el diablo entre el cuerpo cuando hizo caer en sus tentaciones a un caballero tan respetable como don Simón Sáenz y Vergara, decoro del Ayuntamiento, joven sí, pero centro de un hogar formado como Dios manda. Consecuencia de los amores de la tentadora Joaquina y don Simón Sáenz, nace Manuela.

"Desde la noche en que Manuelita se robó a Bolívar en Quito hasta la noche en que le salvó la vida en Santa Fe de Bogotá, debió espantar siempre a las damas de buena sociedad. En las tres capitales: en Quito, en Lima, en Bogotá, cerraban las ventanas las señoras para no verla pasar entre soldados y generales. En Quito era la que abandonó al marido, en Lima la querida de Bolívar, en Bogotá la que acaudillaba soldados como un coronel. Juan Bautista Boussingault la conoció después de las tremendas campañas del Perú y de los duros viajes que hizo Manuelita siguiéndole los pasos a Bolívar. Era Boussingault mozo de 26 años, y peor aun: francés. Novelero, cortesano, espirituoso. Dejó de Manuelita pinturas tan movidas que hoy producen entre los historiadores los mismos aspavientos que la presencia de la heroína entre las damas de su tiempo. Podría discutirse que Boussingault fuera un sabio, y nadie lo niega, pero lo que es evidente, y todos afirman, es que en materia de mujeres era experto. El retrato que hace de Manuelita en Bogotá sirve tanto para darse cuenta de ella como de él: "No confesaba su edad.

Cuando la conocí, representaba veintinueve a treinta años; estaba en todo el esplendor de su belleza irregular: linda mujer, gordita, ojos oscuros, mirada indecisa, tez rosada de fondo blanco, cabellos negros... A veces una gran señora, a veces una ñapanga. Bailaba con igual gracia un minuet o la cachucha... Poseía un encanto secreto para hacerse adorar... Fumaba graciosamente... Sus manos eran las más bellas del mundo."

Para Bolívar, Manuelita no era sólo la mujer de las manos más bellas del mundo, de magnética atracción amorosa: era además, la republicana fiera, astuta, implacable, que se vestía de soldado y daba miedo con la lanza. Era la generala del general. Cuando Bolívar llegó a Quito, tocó la línea ecuatorial de su mundo histórico. Al norte dejaba la mitad libre del mapa: le quedaba al sur la otra mitad. Tendría que disputársela a San Martín en Guayaquil, para saber de quién era esa gloria. Y Manuelita, para eso, era la adivina que no falla. Sabía de las intimidades del sur cuanto pueden saber las mujeres que conspiran, que se apasionan por una causa, que se abrazan a una idea. El bueno de Mr. Thorne, comerciantón, negociantón, realistón, debió contribuir no poco con sus cálculos para que Manuelita, por llevarle la contraria, se tornara más belicosa, más independiente, más guerrera. Cuando San Martín entró a Lima encontró una ciudad tibia y cautelosa en los varones, ardiente y decidida en las mujeres. Creó entonces la Orden del Sol, y premió a ciento doce mujeres a quienes ciñó la banda y entregó la medalla. San Martín igualó en esta selección a las empingorotadas condesas y marquesas, con Manuelita Sáenz, la quiteña; con Rosita Campusano, la guayaquileña. Para su caso, no contaban sino las mujeres patriotas. Rosita Campusano fue el pecadillo limeño de San Martín. Manuelita, amiga de Rosita, iba a ser... ¡quién lo creyera!

Era Bolívar celoso de su gloria. Manuelita, celosa de la gloria de Bolívar. Desde el instante en que Manuelita se incorpora en el tren militar del Libertador, ya es la vigilante que todo lo columbra, la agitadora que todo lo despierta, la que le vela en el sueño, la que le sigue los pasos, la que no tolera que nadie le haga la más leve sombra. Ella le reclama: Estoy —le dice— muy brava y enferma: es cierto que las grandes ausencias matan al amor, y aumentan las grandes pasiones... El general Sandes llegó y no me trajo nada de V. ¿tanto le cuesta el escribirme? Si tiene V. que hacerse violencia no haga nada. Yo salgo el 1° de diciembre y voy porque V. me llama, pero después no me dirá que vuelva a Quito, pues "más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza. Manuela". Bolívar, a su turno, no se queda corto: "Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo siempre quiero verte y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A que tú no me quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo..."

A la guerra del Perú se fueron Bolívar y Manuelita. El Libertador llegó a Lima primero. En seguida cayó ella. Pronto, ella, en el despacho, recibía las cartas y las ordenaba, hablaba con los oficiales, con los republicanos. Las señoras que la habían visto no mucho tiempo atrás muy Mrs. Thorne, encontraban ahora en la desbordante amorosa una guerrera bravía. Salió el Libertador para la gran campaña en la puna helada. "Salí de Lima —escribía Bolívar a Santander— a interponerme entre Riva Agüero y los godos de Jauja, porque este malvado, desesperado de triunfar, estaba tratando de entregar su patria a los enemigos, para salir con más provecho, aunque menos lucido." Manuelita quedó en

Lima hecha un ministro, o mejor: una guerrillera, que celaba, de lejos, a su dueño. En diciembre de 1823 Bolívar describía a Santander, desde Pallasca, el paisaje: "En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman soroche, sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol... Los godos son terribles... Tomaremos posiciones en las cimas de los Andes." A los dos días escribía a Torre Tagle: "Ya tiene usted el Perú en paz interna; los adictos a Riva Agüero han desaparecido." En seguida, Juan José Santana le escribía a Manuela: "Quiero ser el primero en dar a usted la noticia: ¡Ya tiene usted destruida la facción de Riva Agüero! ¡Pronto estaremos en Lima!"

No pudo regresar Bolívar a Lima de inmediato. La campaña le había destruido. Tuvieron que llevarle a Pativilca medio muerto. En Pativilca comenzó a revivir. Santana le escribió a Manuela: "Está ya en estado de convalecencia. Sin embargo, nuestro viaje a Lima no está tan pronto... Aquí estamos como alma que se lleva el diablo, muertos de calor, de fastidio y aburridos..." Fue en esos días cuando Bolívar escribió una carta fantástica a su maravilloso maestro, el loco de don Simón Rodríguez. Pasaron dos semanas. En Lima, los realistas celebraban las noticias de que Bolívar estaba muriéndose. Se alzó el Callao. Entraron los del Callao a Lima. Entre los primeros, dentro de la lista de los que deberían ir a la cárcel, estaba Manuela. La astuta olió el peligro, y no se dejó agarrar. Metió a toda prisa, en cajas, el archivo de Bolívar, vistió de militar y partió en busca de su dueño. Bolívar escribía a Santander: "Este mundo se está desmoronando." Bolívar escribía a Mariano Necochea: "El Callao está perdido. Lima se ha de perder. Los buques están bajo las baterías enemigas. Las tropas, miserables..." Pero Bolívar era Bolívar. En esos días, llegó a visitarle don Joaquín Mosquera. "Lo encontré —escribió don Joaquín— ya sin riesgo de muerte del tabardillo que había hecho crisis, pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostada contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus rodillas puntiagudas; sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. 'Y, ¿qué piensa hacer usted ahora?' le pregunté. Entonces avivando los ojos huecos y con tono decidido contesta: ¡Triunfar! ¡Triunfar!' "

Y así fue. Pativilca, parece inverosímil, fue la antesala de Junín. Para llegar a Junín, Bolívar escaló los Andes, repasó el paisaje de escarcha y desolación. A distancia, Manuelita le seguía. Manuelita anduvo trescientos kilómetros por el infierno de frío, donde la escarcha quema. Pasaron juntos una noche en Huaraz. Luego, siguió Bolívar adelante. Manuelita, sola, era una división de Cruz Roja. Al acercarse a las llanuras de Junín, Bolívar dice a los soldados unas cosas incomprensibles que los hacen enloquecer de ganas de pelear. Les dice: "El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con admiración, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo..." Bolívar era así: hablaba directamente en bronce. Vino la batalla y la victoria. Se alzó "la mano de los Incas vengadora". Fue el principio de la liberación del Perú. Una alegría feroz de amor de victoria iluminó el rostro de Manuela. Tras la victoria de Junín, vino Ayacucho. Y fue la libertad de América. Lo que Bolívar había dicho a los soldados.

Lo que sigue ya no tiene sino un sabor amargo. Cuando Bolívar recibe la noticia de Ayacucho de labios del capitán Alarcón, que irrumpe en su despacho al grito de ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!, debió sentir, con la alegría infinita de ver cumplida su misión libertadora, la dura impresión de que comenzaba su áspero camino, sin esperanzas, de organizar las repúblicas.

* * *

1827. Estamos a tres años pasados de Ayacucho, y a las clarinadas de la epopeya ha sucedido el sórdido forcejeo de los hombres. Algo más. La apasionada lucha por las ideas. América era más romántica que Europa. Llegó el Libertador a Bogotá con las ideas de la Constitución que había escrito para Bolivia.

También, camino de Quito a Bogotá, Bolívar había escrito a Manuelita: "Mi encantadora Manuela: Tu carta del 12 de setiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que *no quiero a nadie*. Oh, no: *a nadie amo, a nadie amaré*. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira *por verte*. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo estoy todo el día y la noche entera haciéndote meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. *No sé escribir*."

No estaba el tiempo, con todo, para amores. Más que las ideas civiles de Bogotá, le preocupaban a Bolívar las noticias de la insurrección en Venezuela, y sin demorar en la capital, organizó su viaje para Caracas. Una cosa le daba seguridad: la fidelidad del Perú a la Constitución de Bolivia. Los correos andaban más despacio que Bolívar. Llegó a Caracas, y las cartas que le llegaban del Perú traían dos y tres meses de retardo. En febrero de 1827 escribía a Fernández Madrid, diciéndole: "Las repúblicas del Perú y Bolivia están tranquilas y, según las últimas noticias que he tenido de aquellos países, todo marcha allí en orden y hacia la tranquilidad. Ambos pueblos han adoptado la Constitución que se les ha presentado..." No sabía Bolívar que hacía un mes Lima se había levantado contra él, que habían apresado a Manuelita y la habían consignado en el Convento de las Nazarenas; que Manuelita, disfrazada de militar, había escapado para levantar el ánimo de sus gentes, que la habían agarrado de nuevo y la habían sacado en veinticuatro horas del Perú embarcándola hacia Guayaquil. Mientras estuvo Manuelita en el Convento de las Nazarenas, el Convento se convirtió en el cuartel general de la contrarrevolución; entraban los oficiales, salían los correos de Manuela, las autoridades decían que era una arpía deslenguada. En realidad, jamás había prendido una hoguera parecida en un convento de Lima.

No fue tranquilo, para Manuelita, el viaje de Lima a Guayaquil. En el buque se peleó con uno de los más gallardos soldados de la Independencia, con el general Córdoba, el hombre que decidió el triunfo de Ayacucho con la orden que hizo arrolladora la infantería: "¡Soldados, armas a discreción, paso de vencedores!" El bello general Córdoba debió parecerle a Manuela poco bolivariano; Córdoba pensaría que parte de la animosidad de Lima contra los generales de Bolívar era una consecuencia de los excesos de Manuela. Como los dos eran soldados, poco les faltó para irse a las manos.

En Guayaquil no estaban las cosas mejor que en Lima. Manuela tuvo que salir, a caballo, para Quito. De Bogotá, de Caracas, le llegaban las noticias con lentitud desesperante. Era una fierecilla encadenada en el ocio. O en la desesperación. No recibía respuestas de su amante. Al fin, le llegó una carta: "El yelo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma..."

Manuelita montó a caballo. La acompañaban el coronel de Marquet y dos esclavas, dos negras fieles que nunca la desamparaban: Jonatás y Nathan. Manuelita montaba como un soldado. Cabalgó un mes y nueve días. Lo que se gastaba, a buen andar, de Quito a Bogotá.

* * *

El 6 de febrero de 1827 desde Caracas escribió Bolívar a Santander una larga carta que terminaba con estas palabras: "Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esa capital. Prueba infalible de que, por lo menos, se trabaja contra mí, y puedo decir con franqueza que me alegro, para que nada me cueste desprenderme de Colombia." Fueron las últimas palabras que, en su vida, le llevaron a Santander un mensaje amistoso de Bolívar. Poco tiempo después supo Bolívar lo de Lima, y lo atribuyó a Santander. Entonces le ordenó: "No me vuelva a escribir jamás." Y jamás volvieron a escribirse. En una carta a Páez le decía: "Al fin se han realizado mis ideas con respecto a Bogotá y a aquello que tantas veces he dicho a usted con respecto a Santander. La perfidia y maldad de este hombre ha llegado a tal extremo, que ha soplado la discordia entre venezolanos y granadinos en el ejército colombiano de Perú." En el alma celosa y de pelea de Manuelita esto se transformó en una pasión incontenible. Llegada a Bogotá montó la guardia en palacio. Que alguien conspirara contra la gloria de su héroe era para obligarla a montar a caballo con la lanza en ristre. Si hubiera, estado en sus manos habría fusilado a Santander. Escribe a Bolívar: lo que ha hecho Santander "es para que lo fusilemos. Dios quiera que mueran todos esos malvados que se llaman Santander, Padilla, Páez... De este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día en que estos viles muriesen; estos y otros que son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones."

Sin ganas de vivir en palacio, habitaba Bolívar en Bogotá una quinta en las afueras — algo como La Magdalena de Lima—, a donde sólo llegaban sus íntimos, o visitantes ilustres. Cuando Bolívar salía, quedaba Manuelita dueña y señora de la Quinta. El sitio era agreste e incitante, al pie de los dos cerros: el Monserrate y el Guadalupe con sus iglesias blancas en la punta. La Quinta, baja, con corredores en torno, agradaba a los oficiales que se paseaban, fumando y haciendo sonar las espuelas. En las eras de un pequeño jardín, encerradas con ladrillo tablón puesto de canto, rosas silvestres y rosas de castilla, violetas y verbenas, heliotropos, que enviaban un perfume de primeros amores. Pinos, cerezos, arrayanes, robles, formaban un bosquecillo, que invitaría al descanso a una mujer menos activa que Manuelita. Se oía al fondo el chorro que llenaba la alberca. Bolívar y Manuela tomaban deliciosos baños de agua casi helada. En aquellos tiempos un baño así, y un vaso de vino, eran un placer, una invitación a montar a caballo, a correr por los polvorientos caminos de la Sabana.

Una tarde, cuando la Quinta parecía un campamento, y en ausencia de Bolívar, Manuelita levantaba tribuna para poner a Santander de blanco de todas las iras, se formó un consejo de guerra, carnavalesco, en que los gestos de los oradores tomaban fantasmagóricos reflejos a la luz de las hogueras en donde se preparaban asados deliciosos. Se había bebido como en una fiesta, y se terminó el proceso decretando el fusilamiento del "hombre de las leyes". Con paja y lana se relleno el uniforme de un general hasta formar un rollizo muñeco. Se hicieron una cara de trapo, que adornaron con bigotes pintados al carbón, y unas manos con guantes henchidos de yerbas. Los oficiales del séquito de Manuelita seguían estas diabluras con risotadas y palabras de campamento, y a la quiteña se le convertían en chispas de los ojos los reflejos de la candela. La orden de disparar no la dio ningún general: la dio la generala. Manuelita gozó como una loca. Sólo que no todos le hicieron coro. Y uno, cuando menos, expresó claramente su disgusto: el héroe de Ayacucho, el general José María Córdoba.

A poco, escribía Bolívar una carta de respuesta a Córdoba, en que le decía: "Sabe usted que yo lo conozco a usted por lo que no puedo sentirme con lo que usted me dice. Ciertamente conozco, y más que nadie, las locuras que hacen mis amigos. Por esta carta verá usted que no los mimo. Yo pienso suspender al comandante de 'Granaderos' y mandarlo fuera del cuerpo a servir a otra parte. Él solo es culpable. Por lo demás tiene excusa legal, quiero decir, que no es un crimen público; pero sí eminentemente torpe y miserable... En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que yo le diga a usted? Usted la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera... Usted, mi querido Córdoba, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que usted me da. Yo no soy débil ni temo que me digan la verdad. Usted tiene más que razón, tiene una y mil veces razón, y, por lo tanto, debo agradecer el aviso que mucho debe haber costado a usted dármele, más por delicadeza que por temor de molestarme... Rompa usted esta carta que no quiero que se quede existente este miserable documento de miseria y tontería..."

* * *

1828 fue un año fatal para Bolívar. El año de la Convención de Ocaña, y el año de la conspiración. Las elecciones para la Convención las perdió en la capital el partido de Bolívar. A la cabeza de los elegidos estaba Santander, y luego seguían los grandes de su corriente: Azuero, Soto, Gómez...; Melancólicamente el Libertador decía que de la Convención nada esperaba, que de ahí se seguiría la guerra civil. Fue a seguir los resultados de la Convención en Bucaramanga. Desde el primer momento se vio que la opinión era adversa al sistema que Bolívar preconizó para Bolivia.

El 25 de setiembre había una luna espléndida. Las calles, empedradas, húmedas, brillantes. Al centro, el caño de agua que orquestaba con su música el croar de las ranas. A cinco cuadras del palacio, en el barrio de Santa Bárbara, la casa del poeta Luis Vargas Tejada. Fueron llegando los conspiradores. Nadie los espiaba, aunque en el aire estaba que un atentado contra la vida de Bolívar era inevitable. Siempre, por las calles solitarias, había tipos así, que embozados en las capas españolas iban a jugar tresillo. Agustín Horment era un francés, rubio, que le enseñaba idiomas y matemáticas a Córdoba, y tendría en el caletre historias y novelas de la revolución francesa. Pedro Carujo, venezolano, era un matón primitivo, elemental; entró en la conjura por el simple sabor de la aventura

*Si a BOLÍVAR la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos
OLIVA, de paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
del tirano, y los pies, cortar debemos
si una perfecta paz apetecemos.*

Las noches de Santa Fe eran de vidrio cuando el cielo estaba despejado, y el 25 de setiembre la luna llena hacía ver más blancas las casas encaladas, y más negros los pinos.

II Serie. Contribuciones femeninas en la reivindicación de
MANUELA EN PAITA *Manuela Sanz*

Eugenia Viteri

Escritora ecuatoriana

En 1830, un Bolívar desconcertado, decepcionado, vencido, renuncia a la Presidencia de Colombia y parte rubor a Santa Marta, donde recibe la trágica noticia del asesinato de su compañero y amigo, el Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, producido en una emboscada en los montes de Berruecos, Colombia, por mezquinos intereses de poder. Es demasiado y está gravemente enfermo.

Al partir de Bogotá instruye al encargado de su archivo personal, su sobrino Fernando Bolívar, para que se lo entregue oportunamente a Manuela, pero el Ministro del Interior Alejandro Osorio, arbitrariamente ha dispuesto de esa documentación. Ella, descontrolada, reclama airadamente. En medio del escándalo, el material le es devuelto.

Estos acontecimientos determinan que en agosto de ese año, y después de un brevísimo juicio, Manuela sea expulsada de Bogotá y deba marchar a Guaduas. A su regreso, después de ese confinio, la resistencia en su contra es mayor; periódicos y revistas rechazan su presencia y la atribuyen a la debilidad de las leyes colombianas.

Manuela quiere saber de Bolívar y conocer su opinión sobre el terrible clima político. Envía a Santa Marta, a Perou de Lacroix por quien, se entera de la dolorosa agonía del hombre que marcó el destino de América y el de su propia vida. El impacto es devastador. Se incorpora, considera que su papel en ese momento es la defensa del pensamiento bolivariano.

Año de 1830: El Libertador Simón Bolívar ha muerto en Santa Marta, Colombia. Ha muerto la Gran Colombia. Ha muerto el sueño bolivariano.

Cuatro años más tarde, en Bogotá, comprometida y descubierta en una confabulación para derrocar al Gobierno del General Santander, es apresada junto con sus dos criadas y conminada a abandonar territorio colombiano. Viaja a Kingston-Jamaica donde permanece año y medio apoyada por Maxwell Hyslop, comerciante amigo de Bolívar.

Decide volver a su tierra, para entonces ya Ecuador.

* * *

EL ADIOS

Tiene 33 años, un cofre con documentos políticos, cartas de amor y reseñas heroicas. Veinte años después, da su adiós definitivo a la tierra.

* * *

Y... Paita la acunó celosamente

Concha Peña, 1944

“Así siguió viviendo en su destierro voluntario, consagrada al Libertador sin que en su vida hubiera un momento de desaliento por aquel amor inmenso que tantas lágrimas y desventuras le habían ocasionado.

Al medir el mes de diciembre de 1859?, en una noche tormentosa se sintió enferma de gravedad.

Al alba llamó a su Jonathán para que le diese un remedio con qué aliviar un agudo dolor en la garganta que la asfixiaba.

La negra le prodigó todos los remedios caseros imaginables; pero la fiebre subía mucho. No pudo levantarse de su hamaca. Al amanecer el día 13, empeoró.

Cundió la noticia de este trance y la casa se vio rodeada de vecinos que al saber que era difteria la que padecía, el médico les prohibió la entrada.

El ahogo seguía por momentos, todo remedio era inútil. A la caída de la tarde expiró.

Su rostro estaba bañado de serenidad.

La Libertadora murió de asfixia, como Bolívar; en diciembre, como él; cerca del mar, como él también; pobre, olvidada, proscrita, víctima de las ingratitudes humanas, como el Libertador... mas, si para éste hubo un tema para que los hombres veneraran su recuerdo a perpetuidad, en cambio para ella sólo hubo silencio y olvido, ni aun sus objetos fueron conservados, pues tuvieron que ser quemados por temor al contagio de la última enfermedad, la difteria. Hasta desaparecieron las pocas cartas de Bolívar salvadas milagrosamente en sus destierros, acaso las más íntimas, las más profundas, las más amorosas...

Así vivió y murió esta mujer gloriosa y noble. El último y más sincero amor de Bolívar. Así fue, la Libertadora del Libertador.

El cadáver de doña Manuelita Sáenz, la esposa del doctor Thorne, la mujer del Libertador, estuvo algún tiempo depositado en lugar conocido, fue después arrojado a la fosa común al cambiarse el cementerio de Paíta a otro lugar.

Su vida fue cosecha de desventuras.

Para llorarla, sólo queda el alma blanca de su negra Jonathán”.

A LA SOLEDAD DE PAITA

“Estado del Ecuador.- Corregimiento de Guaranda. Octubre 18 de 1835.

A LA SEÑORA MANUELA SAENZ

Por el oficio que a usted acompaño se hará cargo de la orden que tengo para impedir a usted su marcha a la ciudad de Quito y hacerla regresar del punto donde sea usted encontrada. En esta virtud, sírvase usted venir inmediatamente a este lugar, donde se halla un edecán de S.E., esperándola para comunicarle las órdenes que tiene.

Dios guarde a usted,

Antonio Robelli”.
Ministro del Interior
Señora Manuela Sáenz
Id. 291

Robelli cumplía órdenes de Vicente Rocafuerte, Presidente del Ecuador. Al recibir la notificación, Manuela Sáenz detuvo su camino.

El Perú, que la había expulsado en 1827, es generoso con esta valiente mujer y le ofrece asilo en el puerto de Paita, a donde llega con los recuerdos y sus incondicionales criadas negras, Jonathán y Nathán, que la acompañan desde niña y lo harán todo los próximos años de su vida.

Paita era el puerto de un pueblito de calles polvorientas y casitas de madera y barro, de muy escasa vegetación. La población se componía, básicamente, de pescadores y, obviamente, las actividades que nucleaban la vida social eran de un discreto comercio de la pesca.

A pesar de estas condiciones, Manuela vivió años interesantes en este lugar, sus manos hacían alfajores, tabaco y tejidos para la venta; a veces los intercambiaba con perlas de los marineros, quienes la buscaban ocasionalmente para que sirviera de traductora con viajeros de paso, ingleses y franceses.

A poco de llegar, una fractura en la cadera limitó para siempre su movilidad, y la redujo a un sofá y a una hamaca. Quien anduvo parte de América a caballo y a pie; quien en 39 días hizo un recorrido de 1.500 kms para llegar a Bogotá, les dijo adiós a los caballos y a las cabalgaduras. Pero aún más, con los “ojos secos”, el jinete Manuela Sáenz, les dijo adiós a los caminos.

A los dos años de residencia en Paita, sus amigos, al fin, le envían noticias:

“El Poder Ejecutivo concederá sin restricción alguna salvoconducto a los doctores José Félix Valdivieso, Pablo Merino y a Manuela Sáenz para que puedan restituirse libremente a la República y gozar en ella todas las garantías constitucionales conforme a la ley de agosto de 1835.

Dado en Quito, a 18 de enero de 1837. El Presidente de la Cámara de Diputados José María Urbina Santisteban, el Secretario del Senado, Ángel Tola, el Diputado Secretario de la Cámara de Representantes Manuel Ignacio Pareja, Palacio de Gobierno en Quito, a 18 de enero de 1837. Vicente Rocafuerte. El Ministro del Interior, Bernardo Deste”.

Dos años más tarde, Manuela le escribe al General Juan José Flores, para entonces Presidente del Ecuador por segunda ocasión:

“Mi sin par amigo:

¡Qué amable es usted y qué bueno con sus amigos! Un terrible anatema del infierno, comunicado por Rocafuerte, me tiene a mí lejos de mi patria y de mis amigos como usted, y lo peor es que mi fallo está echado: a no regresar al suelo patrio, pues usted sabe, amigo mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo. Una orden me

expatrió, pero el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis caras afecciones: mi patria y mis amigos.

Ya que esto no me es posible, crea usted de un modo cierto que de Paita o de Lima siempre seré para usted la Manuela que conoció en 22. Mucho me agrada la tranquilidad del país, y nada me es más placentero que la tranquilidad.

Manuela Sáenz”.

Durante las dos décadas en este pequeño puerto del Pacífico, recibe muchas e inusuales visitas: Ricardo Palma, Adán Melgar, Carlos Holguín, José Joaquín de Olmedo, Giuseppe Garibaldi y Simón Rodríguez, entre otros.

Si bien no gusta tratar sobre su vida pasada, con algunos de sus ilustres visitantes comparte pasajes de ella, llegando incluso a una que otra confidencia, sobre la emancipación americana, los acontecimientos importantes de esta gesta, vicisitudes y anécdotas, y memorias de Bolívar.

Por ejemplo, en respuesta a la solicitud del General Daniel O’Leary, en una extensa carta le narra lo sucedido en la noche septembrina, de la que ella fue principal protagonista: En septiembre de 1828, en vigencia de la Gran Colombia, Bogotá, entre protervos y parcelarios intereses políticos, vivía el fermento de una soterrada conspiración, aupada por el General Francisco de Santander, en contra del Presidente Bolívar. Manuela, una vez enterada del asunto, lo previene, pero no encuentra eco en su preocupación.

El 25 de ese mes, muy por la mañana Bolívar que se encontraba enfermo, la manda a llamar al Palacio (Manuela vivía en una casa cercana) ella lo cuida y acompaña, y pernocta en el lugar. Muy avanzada la noche, al furioso ladrar de los perros, se despiertan; y los cada vez más cercanos ruidos de movimientos humanos, alertan a Manuela.

Es la conspiración sobre la que le advirtieron. Ella decide: Bolívar debe salir. Lo ayuda a vestir y lo obliga a saltar por la ventana y escapar. Cuando los conjurados alevosamente ingresan a la habitación, sola y muy sonriente, los recibe y engaña. Los traidores, muerden el polvo, deben aceptar su fracaso. Manuela los venció.

Bolívar nunca tomará represalias contra los complotados.

Volviendo a sus visitantes, Manuela, con seguridad intuyendo la tenaz posición antibolivariana que asumiría, niega, rotundamente, a Ricardo Palma cualquier conversación referente al pensamiento y la acción de Bolívar. Las impresiones de Palma quedaron para la posteridad en sus Tradiciones Peruanas.

“En el sillón de ruedas, y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba una anciana que me pareció representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo; y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado, en mejores tiempos, raso y terciopelo.

En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, combinando en ella la ironía”.

Por el contrario, con Carlos Holguín se suceden encuentros de charlas amenas y fluidas, en las que entre alegrías y tristezas, el pasado es el convidado principal. Giuseppe Garibaldi escribió en sus memorias, publicadas después de 1850, parte de sus pláticas con Manuela Sáenz, ese italiano de corazón americano, buscó en la quiteña, al Libertador:

“Doña Manuel Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto hasta ahora. Había sido la amiga de Bolívar, conocía las circunstancias más minuciosas de la vida del Libertador de la América del Sur. Esta vida consagrada completamente a la emancipación de su país y las altas virtudes que la adornaban no valieron para sustraerla al veneno de la envidia y del fanatismo que le amargaron sus últimos años. Es siempre la historia de Sócrates, de Cristo, de Colón y el mundo queda siempre preso de las miserables nulidades que saben engañarlo.

Después de aquella jornada que llamaré deliciosa en presencia de tantas angustias y en la cara compañía de la interesante inválida, la dejé verdaderamente conmovido; ambos con los ojos humedecidos presintiendo sin duda que este era nuestro postrero adiós sobre esta tierra, me embarqué nuevamente en el vapor y seguí costearo la bellísima orilla del Pacífico”...

Adán Melgar cuenta:

“La conocí ya probablemente de sesenta años o más; y deslumbrado por la aureola de su agitada vida, la visité repetidas veces, durante la estadía en Paíta de la nave en que servía de médico.

Si esta mujer hubiera sido francesa y amante de uno de los Reyes, habría figurado también en primer término. Recuerdo una frase suya: ‘Si el Libertador hubiera nacido en Francia, habría sido más grande que Napoleón. Valía más; y lo afirmo porque conozco bien la sangrienta historia del corso.”

Cuando Simón Rodríguez llegó a visitarla en Paíta, reanudaron una amistad de siempre. Lamentablemente, no hay referencias sobre sus interminables conversaciones, no sabremos de ellas, nadie las oyó ni las guardó. En todo caso, la gran fraternidad que los unía, con seguridad auspició el recuerdo de los años y del sueño bolivariano que compartieron. Al despedirse, Simón le dijo: “Me marchó, dos soledades no pueden hacerse compañía.”

Este ser entrañable, venía expulsado de todas partes, viejo, empobrecido y cansado, enfermó gravemente y murió en 1854, en Amotape pueblo cercano a Paíta, a los 83 años. Desde una rudimentaria silla de ruedas, Manuela organizó una colecta a su favor; no pudo, sin embargo, asistir a sus funerales pues le era imposible cabalgar, sus huesos

derrotados, estaban en retirada. La muerte de Simón Rodríguez la dejó profundamente consternada.

DEFENSA FEMENINA

SIGUE EN SU GUERRA LA LIBERTADORA*

Nela Martínez

Elaboradora y líder política ecuatoriana.

La mujer despierta por todas las dormidas; por todas, desafiante y orgullosa de su sexo, en trance de volcán sacudidor de la geología histórica...

Manuela Sáenz es la antítesis de la colonia. Por eso guerrea hasta hoy. Ella jamás ha admitido el "Requerimiento", esa trampa mortal que ideada en hipocresía de la más grosera se propuso darle a la víctima la culpa: "Os tomaremos a vosotros, a vuestras mujeres, a vuestros hijos y os volveréis esclavos, vendidos o repartidos como convenga a sus Altezas; tomaremos vuestros bienes haciendo todo el mal y todos los estragos que podamos, como vasallos rebeldes que se rehúsan a acoger a su señor, que lo resisten y rechazan; y os afirmamos que vosotros seréis responsables por los muertos y por los daños que os sucedan, y no sus Altezas, ni nosotros, ni los Caballeros que nos acompañan". Redactado en 1514 por Juan López de Palacios Rubio, "el Requerimiento comienza con el mito de la creación, pasa a explicar por qué el Papa Alejandro VI hace donación a los Reyes de España de estas islas y tierra firme" y termina exigiendo de los indígenas un doble consentimiento: reconocer la justicia de la cesión hecha a los Reyes de España, aceptarla activamente aprendiendo y practicando la verdadera religión, amando su servidumbre. "En caso contrario serán sometidos a sangre y fuego a la Corona y a la iglesia". "Y requerimos al Notario aquí presente que testimonie por escrito cuanto os decimos y la lectura del Requerimiento, así como requerimos que todos los otros aquí presentes también puedan testimoniar". Dominados "los moros", estos otros moros infieles, son requeridos a aceptar los hechos. Voluntariamente, además. Este es el sustrato de la ideología de la Colonia.

La vida de Manuela: la parábola de la insumisa.

Nunca le quitarán su voluntad, su rebeldía, su pensamiento

Nacimiento ilegal, ilegítimo, más aún: adulterino. Condenada Manuela desde antes de nacer, Joaquina Aizpuru, a los 29 años ha delinquido. Cuántas soledades, férulas patriarcales, imposiciones sociales de por medio en edad de cosecha, no de siembra, a finales del siglo diecisiete, en el Quito del Virreinato, ha delinquido. Viejos folios e infolios de la hacienda Cataguango develan, entre polvo y distancia, la tragedia. Las cuentas y los testamentos son eco del conflicto. Es evidente la ruptura familiar ante la presencia de ese fruto de amor no legalizado, en imposibilidad de serlo. Don Simón Sáenz (el nombre omnipresente) ha sido funcionario real, está casado, tiene hijos. ¿Qué tierno motivo lo lleva a confesar su paternidad en esas circunstancias? Para el acta de

* Reproducido de: Manuela Sáenz, coronela de los ejércitos libertadores de América. UNESCO, Quito.

bautismo de Manuela, los dos, padre y madre, así lo declaran con sus nombres verdaderos.

En la hacienda o haciendas de los señores Aizpuru hay esclavos. Joaquina ha muerto y posiblemente el tío clérigo ha llevado a la niña fuera de la vista de los parientes escandalizados. (Más tarde los problemas de Manuela con su tía Ignacia confirmarán y ampliarán ese inicial rechazo). Es madre negra la que la cría y amamanta. El aire de chirimías y bocinas en las tardes campesinas se vuelve grave al tan-tan de los tambores que las calientan. Las voces extrañas y profundas agregan otros ritmos en igual reclamo interior ante el Cotopaxi de dorada nieve. Nostalgia no descifrada establece esa unidad casi mítica de los esclavos con Africa la lejana, la desconocida, que los rige desde la entraña. Desgarrados humanamente indios y negros se sienten extraños, casi enemigos. Los padecimientos comunes los volverán semejantes e iguales en jornadas históricas.

La vida le entabla su batalla desde que sale del amoroso tibio claustro. La primera escaramuza vital de Manuela la marcará. Los prejuicios sociales la apartan de la familia materna. La insertan en la jocunda célula familiar de sus esclavos. Se crecerá biológica y anímicamente y esos, sus esclavos por herencia, serán sus padres y hermanos por amor. Este primer regazo oscuro será su cabecera hasta la muerte (Jonatás, la entrañable, se le adelanta en horas). Las mazorcas de maíz enverdecen y se cuajan y se mecen como la niña que va de la hacienda de negros a la hacienda de indios. Sol del alto Ande, cabalgatas en el espacio sin término para su fortaleza campesina y su curiosidad inquisitiva.

En 1809, nobles y plebeyos se alzan contra el poder colonial. Vicente Guerrero, patriota, hombre pobre, pide permiso para vender su chaqueta a fin de adquirir papel sellado para defenderse, ya en prisión, después de la derrota. La voz de Manuela Cañizares ha increpado a los conjurados: ¿sois cobardes? Ellos marchan al Palacio, apresan a Carondelet, toman el poder. Desde entonces, enamorados de la Utopía los ecuatorianos, aún sin NOMBRE NACIONAL, nos sentimos felices de ser el "primer" país en dar el grito de Independencia. Los Condes transigen con la Corona. Todo bajo el pretexto de Bonaparte. Un año después, la matanza en el Cuartel Real de Lima de la ciudad de Quito, destrona a esa vanguardia en el más puro estilo de barbarie colonial. Las cabezas de Rosa Zarate y Nicolás de la Peña viajan en alforjas, en una muía después de su ajusticiamiento, hacia la ciudad sometida. La guerrilla de Riofrío salva el honor, es ejemplo y mandato: resistir hasta morir. Y mueren.

Manuela adolescente enciende sus candelas. De ahí en adelante, por lo escuchado y vivido, la libertad, completa y redonda será su sol. De nada valdrá encerrarla en conventos, tratar de domesticarla, de domarla.

Sobre aquel episodio de su encierro en los claustros capitalinos, sus biógrafos especulan. La imaginación de uno de los primeros hizo lo suyo. Ya confuso dijo: "si ella ha de marcharse con Bolívar, desposada con otro, debe dársele un antecedente a esa conducta". Le inventaron un Fausto D'Elhuyar -casi onomatopéyico-, salpimentaron la supuesta

aventura y el retorno de la arrepentida al hogar paterno. (No existe un solo documento sustentador de este episodio).

(Un día pregunté a García Márquez, al oírle quejarse del largo tiempo empleado en leer "bibliotecas" escritas sobre Bolívar, durante la preparación de su "El General en su laberinto", cuánta verdad había en el episodio de la muchacha indígena rasurada. Navaja tan grande, dije, si ellas casi no tienen vellos. Con su picardía de amante de los vallenatos, me contestó que ese hecho, que le atribuye a Bolívar, si fue un acto de su imaginación. No todos se asemejan a Gabriel García Márquez al que le sobra memoria y no le falta percepción para seguirle el rastro a lo imaginario. A pesar de lo bien que escribe, ni a él se le puede disimular la trampa. Historia y cuento mezclados dejan de ser lo uno y lo otro).

Pocas veces se ha cebado el prejuicio machista, la mente reaccionaria, en una mujer esclarecida y heroica de verdad, como en el caso de Manuela Sáenz. Se ha vuelto una tradición en sus biógrafos -que abundan- inventarle amantes. Cada uno de ellos le da un nuevo amante, un rival de Bolívar, trasladado al libro casi por competencia personal afirmativa de haber podido ser: aquel otro, el héroe mayor. Se han recogido los chismes y murmuraciones de ese período enconado en el que la reacción goda le daba a la calumnia y a la intriga una calidad estratégica para anular no solo el espíritu sino la base material del triunfo de las armas republicanas. Lo grave es que sigue intacta la mente colonial para juzgar históricamente a la más notable mujer de la Independencia Americana. Hoy como ayer la Colonia parece seguir intacta en las mentes.

Ganó su guerra de adolescente con sus propias armas. Excluida de la familia materna y encerrada en convento para que se amoldara a los cánones, expresa tal fuerza vital, tal exaltación, tanta voluntad de ser libre antes que sumisa casamentera, que a Don Simón Sáenz no le da otra opción: llevársela al centro del conflicto. Ella lo resuelve haciendo de sus hermanos sus camaradas en la alegría y el estudio y, más tarde, sus cómplices: José María se pasará en el Perú, con el Numancia, a los ejércitos de la República.

Luego llegará de Jamaica, tras dos años de destierro, por necesidad vital, quizás para atisbar su aventura política y militar. Acaso porque en el fondo añora los días gloriosos. Tal vez del exilio y la muerte de Bolívar pase al sueño de la Patria Grande, el sueño común, fortaleza común de ese amor único y completo: de la piel al hueso, al universo de su nervadura vegetal y humana.

Rocafuerte, Presidente del Ecuador, la devuelve, *manus militari*, al puerto de Guayaquil, con orden de expulsarla en el primer barco que salga. Y como todo gran hombre pequeño por dentro, tratará de justificar la monstruosidad de tal desatino. En carta a Santander -políticamente contrario a la unidad grancolombiana y juzgado ya como parte en los intentos de asesinato de Bolívar- retoza a distancia con su par e insulta soez a la que percibió, antes que nadie, el doble juego, la deslealtad, la intriga y el *compadreo* más procaz y dañino que el comadreo. Le anuncia que "expulsa del territorio ecuatoriano a la prostituta que es además inteligente y puede causar daños a su gobierno". Desde la espalda del Chimborazo gigante, la ciudad de Bolívar, desanda los cerros, camino al mar.

No descansará en Quito. No verá a sus amigos. No respirará el aire de la patria. No juntará los míseros dineros que le hacen falta. No enterrará al hermano más querido. Pero no se rinde entonces como no se rindió nunca en la guerra.

Se obtiene del Gobierno del Perú su confinio a Paita. Nunca más abandonará el puerto enclavado entre el desierto hostil y el inmenso mar de insalvables distancias. Cuando llega a Paita la reciben con palmas y banderas. El pueblo guarda en su memoria la fama de la Libertadora. El pergamino con las alabanzas a la mujer más valiente entre todas las patriotas, la más hermosa y la más leal, lo firman y lo aplauden juntos todos los vecinos emocionados porque va a quedarse entre ellos, viva, la que fuera la mejor leyenda de la guerra. De pronto ahí está, en el más humilde los puertos del Perú, con ellos en cuerpo y alma, la poderosa. Se quedará en sus arenas hasta el fin. Sin armas, exiliada, desembarca entre Jonatás y Natán y los sicarios de Rocafuerte que la traen prisionera para entregarla al Gobierno del Perú.

No hace mucho era la reina de la Magdalena. Una reina trabajadora, activa en la organización del archivo político y militar, incansable buceadora en las agitadas corrientes conspirativas a las que enfrentaba con persuasión o maldición, con armas cuando hacía falta, sola en medio de la tropa asombrada y una oficialidad dubitativa o sencillamente comprometida con godos o realistas. Ah, pero también recibía a la flor y nata de la sociedad virreinal que jugaba a la república. Ningún servicio secreto estaba mejor informado que Manuela Sáenz. Nadie se comunicaba tan espontánea y directamente con el pueblo, con los soldados, con las mujeres. Madrina de sus hijos, preocupada por el rancho y las condiciones de vida en los cuarteles, enfermera y ayudante sanitaria allí donde hacía falta, daba y disponía la atención de esa masa que, por convicción o necesidad, llenaba pobrísima los cuarteles.

¿Cómo no iban a ponerse celosos los militares y civiles de altísimas jerarquías, con esta mujer que no pedía ni daba tregua a los vacilantes, a los desleales, a los cómodos? Según el comportamiento tradicional -miles de años en acondicionar el papel de la esposa, la madre, la hija, la amiga, la amante- ésta podría darse el lujo de los caprichos cortesanos, de alguna discreta intervención para probar su influencia, pero jamás actuar por su cuenta y riesgo propios en los asuntos militares, de Estado, en todo aquello donde solo el hombre tenía derechos inmemoriales. Contra la Colonia levantan las armas, pero adentro están, en el código no escrito de su comportamiento, los prejuicios ancestrales, las limitaciones coloniales que le vuelven a la americana inferior a la española, pues cuenta la *nacencia* también. Y esas armas no visibles, pero ciertas, entran en acción en cuanto una mujer piensa y actúa como persona. El prurito es contagioso además y las crónicas traen abundantes datos para demostrarnos que, hasta Bolívar, fue influenciado y comprometido para silenciarla. En carta al General Córdova le dice que hará cuanto pueda para que la "amable loca" regrese a su tierra y se duele y se conduce de la ofensa a Santander por el muñeco ajusticiado. Córdova aguerrido y valiente no soporta en una mujer cualidades semejantes. No disimula su disgusto al oírla -par entre sus pares- discutir los asuntos de la guerra, de su estrategia, de cuanto hay que planificar, subvertir, engañar al enemigo, hostilizarlo, confundirlo. Ella lo hace con discreción hasta donde es posible. Pero en el momento real del peligro para Bolívar y la República, no se detiene.

Actúa, aunque debe tropezarse con las botas militares y sus espuelas, las ajenas y las propias.

El Libertador llamado árbitro y juez debe pronunciarse. Del halo maternal de su hermana Antonia le llega la pregunta, con discreta luz de sabiduría: "Quién es ella. Cuida tu reputación"... "Aceptada en mi destino", parece ser la respuesta ineludible". Simón Bolívar, acción y testimonio épico de sí mismo, roza el presente ávido de distanciarla. Quizás al escribir destino piense en aquel ineluctable desenlace de los amantes en la tragedia griega que el ama y conoce. En todo caso, parece comprender que ella y su amor son una fuerza exenta de final, el factum, su sino.

El coro está abajo, junto a Manuela, entre los pobres, los soldados y sus barraganas. Le piden amadrinar niños, van a darle confidencias, solicitan protección, cholitos pobres enjaezados al carro de la guerra, negros libertos por la promesa, aunque todavía esclavos, indios de harapos y pies crecidos en el espesor de su pellejo apelmazado por el eterno caminar descalzos. Todos son sus oídos y sus ojos, quieren ser escuchados. Jonatás y Natán los convocan. Y aunque el personaje mayor se haga el sordo, en sus nervios, en sus neuronas, los decires del pueblo, sus reclamos, sus alarmas, entran, lo agitan. Manuela no es pitonisa. Tampoco es solo una intuitiva, aunque sus intuiciones vengan del genio y la sensibilidad que la afinan. Es, ante todo, una conciencia. Y una conciencia de combate anticolonial.

Así lo ha comprendido Bolívar años después de sus incertidumbres y sus flaquezas de varón sorprendido. Le escribe otra vez a Córdova: "Ella es también Libertadora, no por mi título, sino por su ya demostrada osadía y valor, sin que usted y otros puedan objetar tal... De ese raciocinio le viene el respeto que se merece como mujer y patriota. Venza usted su prevención...". Con Santander es más explícito aún: "No deseo transigir de aquí en adelante por este siguiente motivo: Manuela es para mí una mujer muy valiosa, inteligente, llena de arrojo, que usted y otros se privan en su audacia: no saldrá (ahora menos) de mi vida por cumplir caprichos mezquinos y regionalistas". Y alega que la descocada como la nombra Santander, es la única que ha podido poner en orden el archivo que nadie le supo guardar, gracias a su capacidad. Exactamente dice: "a su intención y juicios femeninos". Lo reta, devolviéndole la frase peyorativa lanzada: "confío en Manuela ciegamente" "no ha defraudado mi confianza" para luego, encrespado de ira repicar con la campana de su inmenso poder moral: "quienes así la denigran se cargan con la miseria de su maledicencia y la corrupción de sus palabras atraganta sus pescuezos ávidos de la horca".

¡Qué conspiración de héroes resentidos! Murmuran en los cuatro costados del inmenso campo de batalla contra la mujer. Es decir del Caribe al Titicaca, cada vez más, con más calumnia, conforme va ampliándose su acción política, su descubrimiento de conspiraciones y asesinatos en ciernes, sus rivalidades de ellos por el favor de Bolívar. Al comienzo sonreían ante la querida, la loca que dejó a su marido inglés por la aventura, le hacían requiebros, eran con ella, señora de buena sociedad, caballeros galantes. Pero esa áurea cortesana se volvió sombra de envidia ante el alférez y sus incursiones en cuarteles para arengar a la tropa recordándoles porque luchaban y a quién debían fidelidad. La

terrible herencia colonial en las neuronas y la incapacidad de superar el retraso cultural y social los enemistaba cada vez más. No era, no, una Josefina napoleónica, una gentil hembra. Esta dama perfecta en las recepciones: alegre, musical y bailarina; desposeída de los temores y sin culpas; libremente y por su amorosa voluntad unida a Bolívar, era también su fiel guardián, su cómplice, su compañera. Toda la ternura acumulada en las tardes huérfanas de él, toda su inteligencia y su voluntad poderosa sobreponiéndose a la fatiga, para que nadie la mimara ni compadeciera, para que todos -Bolívar el primero- la respetaran. Y si tanta cálida mujer y tanta fuerza juntas, sorprendía al Estado Mayor en pleno, azoraba a los cronistas de allende el mar y los dejaba perplejos, pocos la comprendían. Muchos más, acomplejados, desataban sus fieras tras ella. Ya era la mesalina, la concubina, la barragana, igual a las otras, menos que las otras. Los europeos no tenían modelo para medirle. Uno se asustó porque ella le enseñó el tobillo al querer mostrarle el bordado artesanal de mano india maravillosa.

Se convirtió en el tema de escándalo político favorito. Sus relaciones con Bolívar fueron motivo de debate en el Congreso. Buscaban a la más bonita muchacha del pueblo para presentarla a Bolívar, entre sonrisas cómplices. No toleraban a una mujer asumidora de sus derechos de persona, y más de sus deberes de combatiente: su gran causa La Libertad. No era romántica. Ni siquiera la sentían transparente y posible en medio de esos desarrapados a los que ella, ayudándolos o sacudiéndolos, les daba esperanzas de que sí, sí triunfarían, así se les vaya parte de la mano en el transgresor oficio de convertir la chatarra en cañones y balas. Guerrilleros cuando no guerreros, exhaustos fantasmas moviéndose entre abras y cerros desde los que tocan las nubes, con hambre y con sed, sujetos al fuego del pensamiento y la voluntad del más pequeño de los generales de la utopía de la Independencia y de la mujer despierta por todas las dormidas; por todas, desafiante y orgullosa de su sexo, en trance de volcán sacudidor de la geología histórica.

Cuando murió Bolívar, la ya existente conservadora jerarquía burocrática, de regreso a las montañas de sacristía y de corte, suprimió la presencia del hombre. Lo mataron de nuevo y lo hundieron en sarcófagos, monumentos y rezos. Manuela, desterrada de todos los confines de su patria y de la Patria Grande y común, soberana y libre, se vuelve estorbo superviviente. Le quitan el aire natal esplendente de su tierra. Le suprimen de cuanto escrito, crónica, referencia personal e histórica le acerque al amante: "No te hagas esperar, ven por favor, te ruego pues muero ahora y sé que tu me piensas vivo" le escribe en su última carta.

Los académicos tienen trabajo: expurgan minuciosamente libros, folletos, periódicos, manuscritos. Encienden hogueras mentales para quemarle. La cacería continúa. Pero no basta un siglo o dos para borrar sus huellas.

La volvimos a encontrar cuando fuimos tras los huesos de la Insepulta. No estaban en el cementerio ni en la fosa juntadora de cal después de la peste, y del ahogo de tanto mar y tanta soledad. El pueblo entero sabía de "esa señora maravillosa que aquí habitó". Recuerdos de abuelas, de tíos, de la historia viva, no escrita de los pequeños pueblos. Nadie recordaba ni sabía de crónicas escandalosas. Muchos ni a Simón Bolívar le conocían.

Por la narración oral nos la describieron escrutando la distancia con su catalejo. Daba la voz de llegada de los barcos y "cambiaba su lengua por la de los extranjeros" cuando era necesario. Traductora, dulcera, cigarrillera, vendedora de artesanías de su Quito en donde se fusionaban las habilidades fluyentes de etnias y oficios, extendía su gracia desde el mísero portal de la casa por cuya escalera quizás iba de prisa, para alguna urgencia ajena, hasta quebrarse los huesos por las carencias y quedarse inmóvil, entre sillón y hamaca, la pecadora, sublevada para siempre junto a sus recuerdos de gloria por la libertad y la tierra, la patria y la soberanía.

Desde el fondo de la casa vino a mí su inquilino. Muy reservadamente me entregó una llave artesanal grande y oscura y me dijo: "esta es la llave de la casa de Manuela, la puerta que se abra será la del encuentro". Ninguna puerta se ha abierto hasta ahora. Todas están selladas ante la demanda de reconocerla en su dimensión histórica. Nudo apretado, los intereses de la colonia de ayer y los de la colonización de ahora se juntan cerrándole el aire a la garganta de nuestra América. Nunca antes tanta entrega mísera de la Patria Grande que unida sería, cuando menos, digna.

Y aquí estamos buscándola, esperándola. "El tiempo me justificará", dijo la insepulta, la discriminada, la apasionada, la que ganó sus ascensos en los Ejércitos de la República. Sucre, el más genial oficial de Bolívar, le pidió a éste que se la ascendiera al grado de Coronel. Y Coronel, es el grado que Bolívar, en justicia de mérito le confirió. Si ninguna otra razón nos hubiese dado el encuentro de las cartas y los documentos hoy revelados, lo de la verdad de su grado militar y su participación en la batalla de Ayacucho, nos la devuelve desde la cima de Condorcanqui, íntegra y triunfante. En Colombia, Santander la ha degradado en ausencia. Un poco después, Flora Tristán, la precursora de Marx, escribió sobre esa sociedad peruana enroscada en las realidades del Virreinato: "El grado de desarrollo de un país se conjuga con el de la libertad de la mujer". Y este despojo malintencionado de la verdad histórica y humana de Manuela Sáenz nos llama a ganarle su última batalla.

MANUELA SAENZ, IDENTIDAD CONTINENTAL

Por LUPE RUMAZO*

Escritora ecuatoriana residente en Caracas

La inquisición de "la identidad", la suya propia y la del latinoamericano en general fue también cuestionamiento de Manuela Sáenz. También porque constituyó inquieta, honda y penetrante indagación del Libertador Simón Bolívar. Las dos Cartas de Jamaica y el Discurso de Angostura mostraron ese querer saber qué somos, qué nos hace diferentes, de donde venimos, qué nos forja, qué nos identifica. Habría así en Manuela si no la meditación que se hace estuario de un Libertador que se pregunta qué lo constituye a él y a los suyos -ha de saber concretamente a quienes ha de libertar o ha libertado- por lo menos el señalamiento de determinados límites, muy precisos y la afirmación que insurge de ese saber.

✓ * Hija de Alfonso Rumazo, el celador jefe de Bolívar, Manuela Sáenz, fue y es una persona histórica.

A raíz de los sucesos de junio de 1830 cuando hubo Manuela de destruir personalmente las pinturas que pretendían abajarla en insultante caricatura a ella y al Libertador, ya él en viaje final hacia Santa Marta, escribió en carta pública al periódico "La Aurora" de Bogotá: "El autor de "La Aurora" debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quienes se ataca. Con estas palabras le contesto. El me ha vituperado del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del sur y a mi forastera? . . . Seré todo lo que quiera: lo que sé es que mi país es el continente de la América y he nacido bajo la línea del Ecuador".

Por vez primera en América una mujer proclamaba una identidad americana deslindada ya no sólo de la europea sino de la territorial del propio país. Su línea de origen era el Ecuador, pero su patria era la América toda. Esta declaración de Manuela, escueta y abarcante, pues enlaza todo un continente, tiene *mutatis mutandis* y en su brevedad el mismo espíritu continental, americano, que animó a los libertadores y a sus escritos; y que en el caso de Bolívar alcanzó estatura monolítica con las Cartas de Jamaica y el Discurso de Angostura. Este hecho nunca antes señalado frente a Manuela y que se sustenta sobre todo en una negación dialéctica de una posible extranjería a ella adjudicada -no me llamen "forastera", pide- significa desde ese basamento de la negación de la negación un ascenso hacia una afirmativa toma de conciencia de su propia libertad y de la indispensable, necesaria libertad del continente americano. Por manes de hombres libres, autosuficientes, podían los latinoamericanos declarar una identidad común, señalar un origen en crecimiento y mostrar un destino en unidad. Una libertad a la que Manuela, por sí misma y no sólo por compañera del Libertador, tenía acceso, derecho y dominio. Había luchado por ella bien le cabía asirla, poseerla, pregonarla.

Esta "identidad de lo múltiple" o este "principio igualitario de lo diverso" que diría Leopoldo Zea, sustenta esta dialéctica de la libertad de Manuela Sáenz. Dividida y como todo nativo de América, entre la propia patria y la América -ayer lo habíamos estado entre la metrópoli España y el originario lar-, no se confina Manuela Sáenz a los límites de una territorialidad sino que hace de la disyuntiva -nación-América- una identidad en crecimiento. Si se ha peleado heroicamente -lo hizo Manuela desde todas las dimensiones- ha sido justamente para eliminar compartimentos, introducir plurales mensuras, dar con la patria grande, una y común. Si para ella no puede haber una "extranjería" en tratándose de hermanos, tampoco ha de aceptarla para los demás. Su afirmación "Lo que sé es que mi país es el continente de la América y he nacido bajo la línea del Ecuador", tiene -y así hay que verla- una significación abierta, abarcante; sienta ley, estatuto, padrón. Los términos "forastera", "extranjero" hacen para Manuela de peor insulto que los que a ella, en tanto persona, le han irrogado. Con igual mensura calibraría los increíbles denuestos de ahora. A tales condena por llevar a un país a descenso, antes que por el agravio que puedan ocasionar; son "lo perdonable", pero no así lo otro, aquello que la aparta de sus hermanos y que la condena a la otredad. Tal la ofensa mayor, la incalificable. Quisieran destruir una identidad y Manuela es un "éste", un "individuo", que no se limita a una identidad intrínseca -la que no admite potenciaciones de acto-, sino que a fuer de conquista dura, y de reafirmación sucesiva alcanza la "mismidad". Desearían además desde ella -lo que se le haga tiene un sentido social general- acabar con

una nacionalidad común; nacionalidad también que ha debido pasar de una identidad intrínseca a una que se refuerza y en sí misma resucita.

"La identidad asciende a mismidad en proporción de la magnitud (cantidad-calidad) del cambio resistido, vencido, asimilado", estatuye García Bacca. Demasiado ha combatido la América, una y otra vez, para reafirmarse, como para que ésto se olvide; demasiado también soportó Manuela para que se la exilara, lo que en efecto se hizo y en forma infame, pero no dentro de su conciencia. Manuela afrontará todo, siempre, porque ya lo ha hecho antes, una y otra vez; y lo seguirá haciendo hasta el final. La simple identidad natural se quiebra.

"Sólo un estado o tipo de identidad superior, surgida por novedad, es capaz de resistir, por ser real y para ser real en tal grado diversidades –afortiori, distinciones", vuelve a explicar García Bacca. Y esa identidad superior, novedosa por creadora -Manuela ha tratado de dar a la mujer una conciencia histórica, dotarla de un poder libertario, permitirle luchar por sus creencias y vencer esclavitudes, exigirle una dimensión rebelde y batallante, insuflarle un credo libertario- no acepta mutilaciones, aunque sí diversidades. Sea una situación o la otra, sea un reto o el otro, sirven de miez para una Manuela otra, reafirmada y creadora. Las dos realidades a la vez: ella misma, venciendo escollo, pero a la vez haciéndose la que es, renovada. Dualidad de quien camina por la vida realizándose como "uno en cuanto uno", para destruir y dejar lejos el "uno de tantos". No serán tampoco "unos de tantos" amorfos los americanos, circunscritos a los cotos propios; al contrario se tornarán más "unos en cuanto unos" si adquieren conciencia de un garfio entrapado, anudándolos. La particularidad vendrá no de las fronteras; la particularidad nacerá de las tierras sin vallas. Y no haya en ello contradicción. América como patronímico pesa más, sin dejar de lado lo exclusivo de cada quien, para quien se siente con una identidad reforzada. Doble nación parecerán tener los americanos; doble identidad que se hace una también.

Podría pensarse que esta identidad crecida trasunta una ideología de progreso. Jacques Lafaye en su estudio "Ideologías de progreso y comportamientos tradicionales en la América Latina de hoy" (1980) cree que la historia americana ha buscado tal noción, movida por una ideología judeo-cristiana y ahora encubierta en otras importadas y deformadas. Habrían avanzado los indígenas al haber pasado del politeísmo bárbaro al monoteísmo cristiano, tanto como la colonia aspirado a un progreso en "el más allá" desde una moral judeizante, y los propios libertadores seguido una dinámica cristiana de la historia en la que las ideas enciclopedistas habrían sido afectadas por el filtro español. En cuanto a Manuela Sáenz la idea de progreso hace marcha con la idea de identidad. Siempre dentro del párrafo de su artículo entregado a "La Aurora" apreciamos que para Manuela hay acierto si se pone un límite a la libertad de expresión, porque -explica- "la imprenta libre no es para personalidades". Quien ha logrado un nombre no ha de ser elemento nutritivo de todos. La superioridad si establece una distancia, fija a la vez determinadas vallas; y pensar así es avanzar, dar al criterio mejor pendulación. O hay progreso si de la conciencia exclusivamente nacionalista se pasa a la continental. La noción de identidad vuelta mismidad -es decir en proceso de transustanciación- tiene que significar creación, necesaria resurrección, logro. No escaparía entonces Manuela de esa

ideología de progreso que Lafaye encuentra para la historia americana y que dentro de sí misma llevaría una cierta voracidad glotona de ideas importadas. Si la visión de Lafaye merece discusión por excluyente, dogmática y de entrapado causalismo -América no se estuviera creando a sí misma- aporta sin embargo algún argumento sólido: la necesidad de marcha que nos distingue y la absorción que también hemos efectuado de determinadas doctrinas ajenas. En cuanto a Manuela Sáenz hay la presencia de un cierto rousseaunismo evidente, al margen de la paradójica oposición de éste al progreso de la cultura y la exigencia del retorno del hombre al estado natural. Entiéndase sin embargo que ambas postulaciones viéronse en él mismo contradichas "con una inmensa cultura para promover justamente el progreso como él lo concibe", anota Martial Guérault.

No total ni excluyente pues el rousseaunismo de Manuela. Es muy orgullosa para aceptar, por ejemplo, una mutilación del yo, pero sí es urgidora de la presencia de una ley, muy más nueva y real soberana para los espíritus libres. Así, en la misma nota pública dirigida al periódico "La Aurora" expresa: "Quien me ofende ni aun tiene la firmeza bastante para dejarse conocer, y menos para perseguirme legalmente; esto me vindica, pues todos saben que he sido insultada, calumniada y atacada". Y más adelante: "Poderosos motivos tengo para creer que la parte sensata del pueblo de Bogotá no me acusa, y bajo este principio contesto, no para calmar pasiones ajenas, ni para desahogar yo las mías, pero sí para someterme a las leyes, únicos jueces competentes de quien no ha cometido más que imprudencias, por haber sido un millón de veces a ellas provocada". Allí entonces presente el espíritu del Contrato Social en donde si "el pacto social da la existencia y la vida al cuerpo político" su "movimiento y voluntad sólo puede provenir de la legislación". Pero no es esa admiración por la ley lo único rousseauniano de Manuela. Es su espíritu confesional, tan íntegro y perpendicular como base y centro será de la etnología, ciencia que descubre y funda Rousseau. Claude Levy-Strauss en su homenaje a Rousseau, se pregunta: "Pero, ¿qué dice el etnólogo que no sea confesión?" De la confesión de lo propio -lo más cercano a cada quien-, del análisis interior de la propia sociedad se podrá avanzar a las varias otras sociedades, si "el hombre debe conocerse como un "él" antes de pretender ser un "yo". Manuela se confiesa, en esa página de "La Aurora", como ya lo ha hecho antes en su correspondencia; lo hará también después en su exilio. "Confieso -dice- que no soy tolerante; pero añadido al mismo tiempo que he sido demasiado sufrida. Pueden calificar de crimen mi exaltación, pueden vituperarme; sacien, pues, su sed, más no han conseguido desesperarme; mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia y no en la malignidad de mis enemigos, en la de los enemigos de S. E. el Libertador". Y en acentuación de la reciedumbre de lo propio, que no teme haber aun fallado: "No he cometido más que imprudencias, por haber sido un millón de veces a ellas provocada". Su dignidad no desciende y roza más bien altura con tales declaraciones. Podría repetir muy bien lo que el mismo Rousseau sostiene como norma de moral: "Nunca he creído que la libertad del hombre consistiera en hacer lo que quiere, sino más bien en nunca hacer lo que no quiere. Y es eso lo que siempre he reclamado, a menudo conservado y por lo que se me ha considerado en escándalo de parte de mis contemporáneos". Manuela no ha querido hacer imprudencias, pero se ha visto forzada a ellas; conoce que en tal hacer ha perdido la libertad y cómo el escándalo que la acosa se exime de golpear a otros, los gestores del mismo. Otras veces el escándalo provendrá de algo mayor: ser Manuela ella misma y no la que la sociedad desea

uniformar, la "otra" falsificada pero debidamente aceptada. Porque como sentenciaría una vez más Rousseau: "la rectitud y la franqueza en todas las cosas son crímenes terribles en el mundo, por lo que yo aparecí ante mis contemporáneos como mezquino y feroz, cuando mi único crimen ante sus ojos era el de no ser falso y pérfido como ellos". La identidad en Manuela Sáenz, como en Rousseau, es una que exige verdad. Verdad concomitante con existencia y en tal forma que se convierte en norma vital para todos los seres y en cada una de las circunstancias. Verdad que lleva a sacrificio, no simplemente teoría o anhelo, si justamente lo que diferencia al hombre rousseauiano de otros será no simplemente creer en la verdad, sino perecer por ella. "La diferencia que hay entre mi hombre verdadero y el otro -sustenta Rousseau- es que el hombre de mundo es rigurosamente fiel a toda verdad que no le cuesta nada, mientras que el mío sólo le sirve fielmente si llega a inmolarse por ella". Manuela Sáenz por anudar en sí misma justicia y verdad, por su lealtad a los principios de una dialéctica de la libertad, por su solidaridad total con quien hizo posible en la América esa libertad -"todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar"- se volverá la absolutamente escarnecida, la que ya en ese entonces se sabe "colocada por blanco" de todos aquellos que no tienen iguales principios, o han de moverse desde ciertos anti-principios propios del poder. Manuela Sáenz vivirá presión y exilio; pobreza y desnudo, por su verdad, que no fue otra sino la de los héroes fidedignos.

"Justicia y verdad, he ahí los primeros deberes del hombre. Humanidad, patria, he ahí sus primeras afecciones", declara Rousseau en su "Carta a D'Alembert". Por justa y verdadera, Manuela Sáenz exalta en esa misma página de "La Aurora" al general Domingo Caicedo, quien ha querido evitar los desórdenes, "bien sea por la parte que me provocaron o bien por la mía". Ella no lava sus culpabilidades; cree más bien que en el magistrado tal ponderación dual "hace más relevante su dignidad, sus virtudes y carácter público". Por "humana" juzga con certeza a quienes la han ofendido; establece aun una axiología de unos a otros; conoce al hombre, capacitada está para juzgarlo. Por humana ejerce -al menos en esa carta pública- el perdón. No será sin embargo persona dotada de "piedad", "facultad que para Rousseau -según anota Levy-Strauss- permite el triple pasaje de la naturaleza a la cultura, del sentimiento al conocimiento, de la animalidad a la humanidad". Pero sí tiene un sentido de patria, también como una primera afección, pero de una patria continental. Ya se ha dicho que es la primera vez que una mujer en América ensancha así su respiración nativa; respira desde un pulmón general, que tiene su centro en el Ecuador. Y puede hacerlo porque se sabe libre, de identidad conquistada, granítica y recia y porque de la América conoce ya su andadura continental.

Caracas, octubre de 1988

MANUELA SAENZ, LA LIBERTADORA

Por Fanny Carrión de Fierro

En la ciudad ecuatoriana.

"Tú fuiste la libertad,
libertadora enamorada ..."

Pablo Neruda

Sobre los acantilados, dispuestos en declive hacia la ardiente bahía, se alzan un centenar de casas de adobe, grises unas, blancas otras, todas calcinadas por el sol que choca contra la arena y va luego a morir en las olas del mar. Un sendero trepa desde el muellecito del puerto, serpentea por entre las casas y dibuja un pequeño laberinto donde parece imposible perderse. Una serenidad inquieta nos agita sin embargo, una serenidad que amenaza cobijarnos bajo las alas del olvido y hacer que efectivamente nos perdamos para siempre, una serenidad que sugiere que, aunque pretendamos hacer los movimientos de los vivos, hemos llegado ya a la quietud de los muertos.

Corre el año de 1835. Simón Bolívar ha muerto hace poco, y con él su sueño de Colombia la Grande. Una mujer madura, intensa y atractiva todavía, contempla desde el lomo de una muía el desolado paisaje y piensa para sí que sería hermoso detener el tiempo, y que, si lograra detenerlo, lo haría en ese preciso momento y en ese lejano y perdido puerto, donde finalmente la han aceptado para que viva -o muera- su último destierro. Y es que Manuela no acaba de aceptar el autoritarismo de Vicente Rocafuerte, quien, temeroso de que pudiera agitar a las gentes de Quito con el pretexto, según afirma, de "vengar" el asesinato de su hermano el general Sáenz, no le ha permitido quedarse en el país ni llegar a Quito, y la ha hecho escoltar de regreso a Guayaquil, para que de allí se traslade a Paíta. Y es que Manuela no se ha resignado a la muerte del gran sueño de establecer la Patria americana, y por eso presiente que, a pesar de todo, del dolor de no poder vivir en su amada Quito, de la pobreza a la que se verá abocada por no haber podido arreglar los asuntos relativos a la herencia de su madre, habrá de conseguir finalmente detener el tiempo, en una suerte de serenidad altiva y secreta, para dedicarse a cultivar sus recuerdos. Podrá entonces vencer el olvido con la remembranza de aquellos ocho años en que sus actos incidieron en el destino de la nueva república.

Su vida es en efecto serena y digna en este desolado puerto a donde llegan sólo los pescadores de ballenas y, alguna vez para visitarla, personajes como Garibaldi, Simón Rodríguez, José Joaquín Olmedo, Ricardo Palma. Pero el tiempo del descanso no ha llegado todavía. Desde su destierro, Manuela escribe innumerables cartas para defenderse de los insultos de Rocafuerte y para expresar su pensamiento político de estadista, de libertadora. Y mientras los poderosos, los que odiaron a Bolívar y trataron de asesinarlo, se cobijan hipócritamente bajo las alas de su gloria, Manuela se dedica a ser ella misma otra vez, a redescubrir su destino, a revivirlo en la pureza de su soledad.

Su vida diaria es simple, transparente. Por las mañanas atiende el establecimiento de tabaco, tejidos, hilos y dulces que le permite sobrevivir con dignidad en compañía de sus dos esclavas, que han sido desde siempre sus compañeras de nostalgia y añoranzas. Las tardes en cambio son suyas, íntima e irrevocablemente suyas. Al abrigo del seco y duro sol, que parece iniciar un incendio en el patio de su casa y extenderlo por todo el continente, abre su cofre de cuero y bálsamo, saca las cartas de su amante, y recrea aquellos prodigiosos tiempos de lucha, por la libertad, por su amor, contra los destructores de tanto sacrificio. Y recuerda ... Qué quiso conseguir con la revolución anticolonial, cómo concibió su papel y su pensamiento, cómo los llevó a la práctica en el momento de la lucha y de la entrega. Recuerda que sus ideas nunca estuvieron separadas de sus actos, desde los tempranos días en que, antes de conocer a Bolívar, recibió del general San Martín la condecoración de Caballeresa del Sol por sus servicios a la causa de la independencia. Recuerda sus campañas, su participación en el planeamiento de la estrategia de las batallas de Pichincha y Junín, de Boyacá y Ayacucho. Recuerda su lucidez para detectar la traición de Páez, de Paula y Santander. Recuerda cómo advirtió los peligros en que se hallaba Bolívar y salvó su vida a riesgo de la propia, la noche septembrina de 1828. Uno de los conjurados, Florentino González, ha dejado la siguiente narración sobre la actuación de Manuela:

Cuando rompimos, pues, la puerta de su cuarto de dormir, ya Bolívar se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano, y con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó qué queríamos. Correspondimos con la misma cortesía y tratamos de saber por ella en dónde estaba Bolívar. Alguno de los conjurados llegó poco después y profirió amenazas contra aquella señora, y yo me opuse a que las realizara, manifestándole que no era ella el objeto que nos conducía allí. Procedimos a buscar a Bolívar, y un joven negro, que le servía, nos informó que se había arrojado a la calle por la ventana ...¹

"A esto hay que agregar -anota Concha Peña- que la Sáenz tomaba parte activa en la política de aquel tiempo y hasta puede decirse, sin exagerar, que formaba parte del Consejo de Gobierno que inspiró a Bolívar las excesivas medidas de rigor contra los conspiradores.² A pesar de ello se conmuta la pena de muerte para Santander por la del destierro, aunque Manuela ha escrito a Bolívar que:

Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante para que lo fusilemos. Dios quiera que mueran todos esos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, y de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen, éstos y otros son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones.³

Manuela es, como vemos, una verdadera revolucionaria. Luego de la última batalla, se dedica a detectar y sofocar la contrarrevolución y a crear y pensar la nueva sociedad, ya que, dada la urgencia del proceso transformador, la lucha y la reflexión debían realizarse

¹ Cornelio Hispano, Historia Secreta de Bolívar. Bogotá, Bedout, 1944, pp. 223-24.

² Concha Peña, La Libertadora, el Último Amor de Simón Bolívar, Quito, Ed. Moderna, 1944, p. 328.

³ Cornelio Hispano, *idem.*, pp. 211-12.

simultáneamente. Se da así, en el caso de Manuela Sáenz y Simón Bolívar, un juego dialéctico entre praxis y teoría, entre pensamiento y acción, pues pocas veces se ha unido, como en ellos, lo personal y privado con lo público y social. El amor surgido del mutuo conocimiento de estos dos seres tan afines en sus ideales y en su decisión de llevarlos a la práctica fue, entonces, el catalizador más eficaz que nuestra historia pudo haber forjado para que triunfara nuestra revolución y para que luego, en su etapa de estabilización, pasara desde el momento bélico al más universal de la elaboración de un pensamiento político propio. Desde luego que Manuela siempre había visto así su función dentro del proceso de liberación de su pueblo, siendo como fue un ser humano maduro y libre que se adelantó a su época en la práctica de ciertos valores fundamentales para el desarrollo social, tales como la práctica de la libertad, el respeto y la defensa de los derechos humanos, la búsqueda de la liberación de la mujer y, ante todo, el ejercicio de una ética humanística que anteponga la vida del hombre a cualquier otra consideración.

No es correcto, entonces, afirmar que Manuela era tan sólo una asistente de Bolívar, o su apoyo moral, ni siquiera únicamente el complemento amoroso de su agitada existencia. Manuela fue la colaboradora, la colibertadora, la estratega, la consejera, la administradora, la financista y planificadora. Es injusto que se la recuerde como la "amable loca" o "la libertadora del libertador", frases éstas de Bolívar sólo para ella, para la intimidad de su amor, para alimento de ese lenguaje privado propio de todos los amantes. Ya es hora de tomar consciencia de lo que en verdad fue la heroína quiteña, de su verdadera dimensión humana y revolucionaria. Si el Libertador no podía estar sin ella, no funcionaba sin ella, en su titánico destino de crear un mundo nuevo, fue porque ella era también libertadora.

Y ese su papel emancipador incluía varias facetas. Manuela fue una pionera de la emancipación de la mujer, y por tanto de la liberación del ser humano, que implica el abandono de la hipocresía y los falsos convencionalismos sociales. Sólo así se puede comprender que fuera capaz de escribirle a su marido inglés para decirle, con toda honestidad, que nunca lo amó, y que su matrimonio, artificial y convenido, no la comprometía a nada:

No, no, no más, hombre, por Dios [...] Usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada [...] Si algo siento es que no haya sido usted mejor [...] Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? Ah, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.⁴

Y al hablar de la noche fatídica del 25 de septiembre de 1828, nos da una verdadera lección de integridad. En una carta al general Flores, dice: "Yo amé al Libertador. Muerto lo venero. Y por eso estoy desterrada por Santander". Y añade que, lejos de ser una

⁴ Alfonso Rumazo G., Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador. Caracas, 1972, p. 190.

conspiradora ambiciosa de poder, como cree Santander, es "un formidable carácter, amiga de mis amigos, enemiga de mis enemigos"⁵

Muchos años después, ya desterrada en Paita, Manuela recordaría la noche de los conjurados del palacio de San Carlos, y la vería como un momento decisivo en su compromiso con Bolívar y con la nueva sociedad que los dos querían crear. Así se lo confiesa a Garibaldi en la larga conversación que tiene con él: desde aquella noche hasta el final, dos años más tarde, su amor se iría purificando hasta el punto de no distinguir entre lo personal y lo colectivo, es decir entre su lealtad a Bolívar y a la causa de la independencia americana. Qué lejos parecían entonces los días de la efusión erótica, a pesar de haber sido casi inmediatos en el tiempo. Sólo en marzo del mismo año de 1828, Bolívar le había escrito:

Todo es amor en ti [...] tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela [...] estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre todo lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos ...⁶

De ese amor de los dos nacerá la generosidad con que perdonarán a los conjurados de septiembre, y también la lucidez de la desterrada tantas veces por su fidelidad a la causa de la libertad. Cerca ya de la muerte de Bolívar, Manuela contesta los ataques de un libelista bogotano:

El autor de La Aurora debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quienes se ataca. Con estas palabras le contesto: él me ha vituperado del modo más bajo; yo le perdono, pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del Sur y a mí forastera? Seré todo lo que quiera. Lo que sé es que mi país es el continente de la América: he nacido bajo la línea del Ecuador.⁷*

He aquí un verdadero pensamiento latinoamericano: el sueño de Manuela es el de todos. Si queremos llevar a la práctica nuestros más genuinos ideales, como el amor a la libertad, la práctica de la justicia social, la independencia económica y cultural, la promoción de la vida, deberemos ser una sola gran nación. Esta independencia de pensamiento, esta autonomía ética, notada y censurada ya en otras quiteñas por Rocafuerte, le costó a Manuela el destierro definitivo en Paita. En una carta justificatoria, Rocafuerte le escribe a Flores:

Por el convencimiento que me acompaña de que las señoras principales son enemigas declaradas de todo orden [...] y por el conocimiento que tengo del carácter, talento, vicios, ambición y prostitución de Manuela Sáenz [...] en favor de la tranquilidad

Ibidem

⁵ Ibidem, p. 191.

⁶ Cornelio Hispano, *idem.*, p. 209.

⁷ G. Humberto Mata, Manuelita Sáenz. Cuenca, Zenit. 1972, p.58.

* (el subrayado es nuestro)

pública, me he visto en la dura necesidad de mandarle un edecán para hacerla salir de nuestro territorio.⁸

Los dos primeros calificativos pueden aceptarse en una descripción objetiva de Manuela. Los tres que siguen, y en especial el último, son una prueba del machismo y la hipocresía de Rocafuerte. Meses más tarde se endurece ante los intentos de Flores por conseguir el indulto:

Manuela Sáenz venía aquí con la intención de vengar la muerte de su hermano, y con ese pretexto hacerse declarar libertadora del Ecuador. Como es una verdadera loca,^{*} la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar.⁹

Manuela rechazará desde luego cualquier gestión y se quedará en Paita. Ha llegado la hora de precisar su pensamiento en medio de su soledad iluminada. Su correspondencia abunda en declaraciones americanistas, pues será libertadora hasta el fin. En una carta a don Roberto Ascázubi, futuro suegro de García Moreno, le pregunta sobre los rumores acerca de ciertos problemas limítrofes, y le dice:

Diga si es cierto que la Nueva Granada amaga al Ecuador y si quieren repartirse de nuestra hermosa patria los vecinos. Esto me tiene muy molesta porque soy más quiteña que cristiana ...^{*}¹⁰

Ser quiteña y ser cristiana. Dos valores de Manuela y de nuestra cultura. Y al momento de elegir su prioridad, decidirse por la identidad nacional recién creada. Porque ser quiteña significa ser ecuatoriana, latinoamericana, defender los derechos del hombre en estas latitudes y en todas las latitudes, porque ser quiteña primero y cristiana después es la actitud más honesta en un mundo que recién está formándose y que por tanto está también formando su nuevo cristianismo.

Qué le ha quedado entonces a Manuela sino detener el tiempo en el espejismo de arena y mar de su último destierro. Sólo dos deseos aguijonean su espíritu en esas tardes de olvido y remembranza. El primero, la restitución de la gloria de Bolívar, se ha cumplido con creces, hasta de parte de los antiguos enemigos. El segundo, el olvido para ella, salvo por el reconocimiento y veneración por parte de unos pocos, se cumplirá también a lo largo de los veinte años de Paita. Para estos dos únicos deseos tiene en sus cartas expresiones clarividentes. "El no morirá nunca", le dice al maestro Simón Rodríguez. "El tiempo me justificará", afirma cuando se intenta destruir su imagen de Libertadora. Y los visitantes de Paita son los primeros en reconocerlo. En 1841, un joven marino de 21 años, que ha llegado a bordo de un barco ballenero, Herman Melville, conoce a Manuela y recibe su ayuda en relación con un motín que se ha declarado en el barco. Es uno de los

⁸ Jaime E. Rodríguez, Estudios sobre Vicente Rocafuerte. Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas. 1975, p. 227.

^{*} (el subrayado es nuestro).

⁹ _____, idem., p. 230.

¹⁰ Concha Peña, idem., p. 330.

primeros en acercarse a la casa de la desterrada para conversar con ella. Años más tarde, ya famoso como escritor y como autor de la novela Moby Dick, recuerda a aquella gran dama que conoció en Paita y lamenta las injusticias del mundo en su valoración de los verdaderos héroes. Refiriéndose a Manuela, afirma: "Oh humanidad, fuerte cosa eres. Yo te rindo mi admiración, pero no en el héroe laureado sino en el que ha sido abandonado por todos"¹¹. En 1847, dos hechos contradictorios muestran cómo la ironía del destino persigue a la libertadora hasta su último destierro. El general inglés Daniel O'Leary, que había luchado por la independencia junto a Bolívar, la visita para pedirle algunos documentos y cartas del Libertador que ha oído que están en su poder. Manuela le confiesa que su cofre secreto ha quedado escondido en el jardín de la quinta de Bolívar en Bogotá y, en una manifestación de confianza, acepta que, una vez que O'Leary haya tomado lo que necesita para la biografía que está escribiendo, se lo remita con las mayores seguridades a Paita. O'Leary cumple fielmente su promesa y le envía el cofre, junto con una carta en la que le enterar de los últimos acontecimientos. Es así como Manuela recibe al mismo tiempo su cofre de amor y la noticia de que James Thorne, su esposo inglés, ha sido asesinado mientras caminaba borracho por las calles de Lima, rodeado de prostitutas.

Hacia finales del mismo año de 1847 recibe la visita de dos personajes, quienes son probablemente los primeros en referirse a ella como libertadora: Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, testigo de su juramento en Roma, y Giuseppe Garibaldi, héroe de la lucha de Italia contra la invasión austríaca y gran admirador de ella y de Bolívar. Tanto Rodríguez como Garibaldi llegan enfermos a Paita y son atendidos por Manuela. Largas son las tardes de sus conversaciones en el recuerdo de las luchas por la independencia, cuando "ustedes los libertadores", dice Rodríguez, entregaron todo a la causa del futuro de América. Y Garibaldi, en su añoranza de aquella Manuela que conoció en Paita, escribe:

Doña Manuelita Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto hasta ahora. Había sido la amiga de Bolívar, conocía las circunstancias más minuciosas del Libertador de la América del Sur. Esta vida consagrada completamente a la emancipación* de su país y las altas virtudes que le adornaban no valieron para sustraerle al veneno de la envidia y el fanatismo.¹²

Y rubrica sus recuerdos con una categórica afirmación: fue "la más alta personalidad de mujer del siglo XIX que yo haya conocido".

Así fue Manuela, un ser humano completo, una pensadora indomeñable que puso sus ideas al servicio de la causa de forjar un mundo nuevo, al servicio de los demás, hasta la muerte. El pensamiento y la praxis de esta revolucionaria americana siguen vigentes: nuestra lucha será siempre por la vida, por la justicia, por la verdad, desde Manuela y hasta alcanzar la paz y el amor. Qué importa entonces que haya muerto por cuidar a los

¹¹ _____, idem., p. 337.

* (el subrayado es nuestro).

¹² Giuseppe Garibaldi, Memorias, citado en el libro Manuela Libertad, varios autores. Quito, Consejo Provincial de Pichincha, s.f., s.p.

enfermos de la epidemia de difteria que diezmó la población de Paita el año de 1856. Qué importa que la hayan enterrado en una tumba común y que sus restos se hayan perdido para siempre en el laberinto del olvido. Para nosotros su tiempo, su vida, sus acciones, los suyos y los de Bolívar, son todavía nuestra historia y nuestro desafío permanentes.

AUTONOMÍA HISTÓRICA DE MANUELA SAENZ

Nancy Ochoa Antich

E. Antich y M. Saenz

Para iniciar este trabajo sobre Manuela Sáenz quisiera referirme brevemente a la época en la que ella vivió, a la corriente de pensamiento a la que adhirió, a la problemática de las mujeres en aquella época. Manuela fue una hispanoamericana, una quiteña de principios del siglo XIX, que participó en las luchas independentistas a favor de la causa de la libertad.

Como se lo ha señalado en múltiples ocasiones, la independencia hispanoamericana correspondía a los intereses políticos de la clase criolla, que apoyada por sectores mestizos medios y por masas populares, representaron en aquel momento histórico la causa justa de la independencia política de los territorios conquistados por España. Como también se lo ha afirmado una multitud de veces, el pensamiento político que inspiró la hazaña independentista fue el pensamiento liberal que había surgido en Francia en tiempos anteriores a la Revolución Francesa, que había preparado a esta última desde la época de la Ilustración.

Manuela Sáenz pertenecía, por unas u otras razones, al frente social que realizó la independencia y adhería definitivamente al pensamiento liberal que inspiraba a aquella causa. Así como no lo había sido en Europa, tampoco era sencilla la situación de las mujeres liberales en aquellos primeros tiempos de esta ideología política. Una cosa son los discursos abstractos que proclaman libertad, igualdad y fraternidad y otra muy diferente es la realidad concreta. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano incluía filosóficamente a las mujeres, género al igual que los varones de esa especie hombre que creemos imbuida de una dignidad especial como para que pueda exigir un trato igualitario en una vida sin cadenas de ningún tipo. Sin embargo, la Declaración no incluyó de hecho a las mujeres, así como no incluyó a cientos de esclavos negros que había entonces en Francia, simplemente porque no fueron considerados ciudadanos. Tendría que transcurrir todo el siglo XIX, de duras luchas para las sufragistas, para que las mujeres pudieran ir consiguiendo paulatinamente el derecho al voto en los países liberales. Tendría que llegar el siglo XX para que las mujeres tomaran verdadera conciencia de lo poco que significa el sufragio para poder superar las razones estructurales que excluyen a las mujeres del poder público.

Un aspecto muy particular y significativo es que muchas de aquellas mujeres que se interesaron por la política por primera vez en la historia de Occidente, fueron también mujeres que cuestionaron la moral establecida y se atrevieron a escandalizar a la sociedad siendo amantes de "hombres públicos". Hay circunstancias personales, pero también

rasgos comunes a la situación de las mujeres en los siglos XVIII y XIX. Amante de Luis XV fue la famosa Madame Pompadour, mujer de gran cultura en una época en que a las mujeres no se les enseñaba ni siquiera a escribir, de gran influencia en las decisiones políticas de palacio, anfitriona de reuniones literarias y artísticas en las que se mezclaban excepcionalmente nobles y plebeyos. Entre estos últimos figuraban los enciclopedistas, huéspedes muy apreciados por sus dotes intelectuales. Conocida es en nuestro medio María Chiriboga, contemporánea de Espejo, denominada por él "la madamita" en tono despectivo, mujer de costumbres liberadas en la Riobamba de la segunda mitad del siglo XVIII, centro ella también de tertulias literarias a las que asistía lo más connotado de la intelectualidad de la época, pero que el rigorismo moral del Precursor no comprendió ni toleró.

Similar era la situación de Manuela Sáenz, una mujer firme y valiente, cuya importancia histórica la tenemos que rescatar las mujeres contemporáneas, no por haber sido la amante del Libertador sino por haberse atrevido a desafiar los convencionalismos sociales, que si todavía lo son, ya podemos suponer cómo habrán sido en aquel Quito todavía conventual de las primeras décadas del siglo XIX, tan represivo e hipócrita como lo eran Bogotá y Lima. Alguna vez escribí que Manuela "fue una heroína romántica porque vivió para el héroe, mientras que él lo era por vivir para la República"¹, cuestionando entonces el hecho de que las mujeres pasen a la historia solamente por estar detrás de un "gran hombre". En parte he cambiado de parecer: sigo pensando que es incorrecto juzgar a las mujeres solamente a través de su relación con los varones, pero en el caso de Manuela yo estaba cometiendo el mismo error al no darle a ella sus méritos históricos y políticos.

Esta incapacidad para ver a las mujeres en sus propios términos está muy generalizada y es común a muchos juicios sobre Manuela, que intentando defenderla, la alienan a la significación histórica de Bolívar. Así me parecen las siguientes frases de Benjamín Carrión: "La otra Manuela de la Libertad, Manuela Sáenz, "Colibertadora". Libertadora del Libertador, como se la llama, se halla también en los orígenes heroicos de nuestra historia. De puro amor por el héroe. Pero de un héroe de la libertad. No de un torero, de un boxeador o de un millonario. No tampoco de un opresor de pueblos, como muchas mujeres de la historia griega o de la historia romana que, a través de Plutarco, tanto y tan románticamente han influido en nuestra historia: no Artemisa o Aspasia, menos aun Cleopatra, la devoradora de guerreros y tiranos. Qué lejos de Jackeline Kennedy o Evita Perón, las heroínas de la "modernidad"! Nuestra Manuela amó al héroe pequeñito y moreno, febril y lascivo, acaso menos por el sexo que por el deslumbramiento de la causa a la cual el héroe se había entregado en dación total de sus potencias"².

Es interesante analizar las cartas de Bolívar a Manuela para concluir que él no sólo la amaba sino que también apreciaba en ella sus talentos. Cítenos algunos ejemplos: "Cuando tú eras mía yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos" (Ica, 20 de abril de 1825)³; "El estilo de tu carta tiene un mérito capaz de

¹ Ochoa, Nancy. La Mujer en el Pensamiento Liberal. Quito, Ed. El Conejo, 1987, p.58.

² Carrión, Benjamín. El Cuento de la Patria. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973, p.94.

³

hacerte adorar por tu espíritu admirable" (La Plata, 26 de noviembre de 1825)⁴; "El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo" (Ibarra, 6 de octubre de 1826)⁵.

Es interesante también notar que hay una carta de Manuela al Libertador que muestra cuán política era ella. En vez de hablar de amor dice lo siguiente: "El correo pasado nada dije a Ud. sobre Cartagena por no hablar a Ud. cosas desagradables, ahora lo hago felicitándole porque la cosa no fue corno lo deseaban; esto más ha hecho Santander no creyendo lo demás bastante para que le fusilemos. Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, y de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia, el día que estos viles muriesen, estos y otros son los que la están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones" (28 de marzo de 1828)⁶. La carta apenas contiene tres líneas más en las que se refiere a su salud un poco quebrantada en esos días. Interesante, porque se suele pensar que las mujeres somos más románticas y menos políticas que los varones.

Hay muchos datos que nos permiten afirmar el propio valor histórico de Manuela Sáenz, seguramente disminuidos por los prejuicios de los historiadores que la han eludido unos o la han subordinado otros a la figura del Libertador. Por ejemplo, el incidente de la Quinta de Bogotá en junio de 1828, cuando Manuela, en ausencia de Bolívar, celebra un festejo y hace colocar en el patio un muñeco al que puso el nombre de Santander para ser fusilado por un batallón de Granaderos. Uno de los invitados, el General José María Córdoba, se indignó por aquella ceremonia simbólica y así se lo comunicó al Libertador, quejándose amargamente de las actuaciones de Manuela. La respuesta de Bolívar es muy significativa porque da la razón a Córdoba y se expresa en términos no del todo halagüeños de la Libertadora: "En cuanto a la amable loca, qué quiere Ud. que yo le diga? Ud. la conoce de tiempo atrás; yo he procurado separarme de ella, pero no puedo nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país adonde quiera" (julio de 1828)⁷.

La expresión "amable loca" no me resulta en absoluto despectiva, pero es interesante notar que a lo largo de la historia a todas las mujeres que han desafiado lo establecido intentando participar en política se las ha llamado locas. A las abuelas de la Plaza de Mayo, tan conocidas en el mundo entero porque han perseverado por años en su lucha en defensa de los derechos humanos, en protesta pública por los desaparecidos durante la dictadura militar argentina, también se las llama las locas de la Plaza de Mayo.

Lo lamentable es que Bolívar no haya tenido la entereza de defender a Manuela en este caso; que le haya dicho al General Córdoba que deseaba separarse de ella, pidiéndole al mismo tiempo que rompiera la carta porque no quería "que se quede existente este

4

5

6

7

miserable documento de miseria y tontería"⁸. Esta última petición me sugiere que Bolívar no quería que su carta cayera en manos de Manuela porque lo cierto es que hasta el año 30 le escribía: "Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte... Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego"⁹. Es muy típico de la mentalidad liberal el mantener una dualidad entre el ámbito público y el ámbito privado. Esta dualidad la cuestionamos las mujeres contemporáneas que exigimos coherencia entre la vida y lo que se predica, entre lo doméstico y lo político; exigimos igualdad y libertad también en el hogar; queremos una democracia cotidiana.

Volviendo a los hechos históricos, es indudable que Manuela tenía razones para odiar a Francisco de Paula Santander. El porvenir daría a ella la razón porque Santander no tenía derecho a pretender rivalizar con el Libertador cuando su estatura política, militar, intelectual y ética no se lo permitía. Era simplemente un ambicioso, cuya ambición le llevó incluso a hacer perder el proyecto de la Colombia grande que mantiene vigente hoy al pensamiento de Bolívar. Haber sido uno de los responsables de la desunión, como lo fue Páez, también mencionado por Manuela como vil y malvado, es suficiente culpa, lo cual demuestra que a Manuela no le molestaban aquellos personajes por motivos de poca envergadura sino por finalidades realmente históricas. Después del atentado septembrino contra el Libertador en Bogotá en 1828, del cual lo salvara Manuela, ella formaba parte del Consejo de Gobierno que inspiró a Bolívar las medidas de rigor contra los conspiradores. Juzgado Santander como sospechoso, fue condenado a muerte, mas el Consejo pidió al Libertador se le conmutara la pena por destierro, a lo cual accedió y el hombre de las leyes fue enviado a los Castillos de Bocachica.

La figura histórica de Manuela Sáenz es definitivamente autónoma. Por eso, sus actuaciones públicas continúan después del ocaso del héroe, una vez que Bolívar salió de Bogotá, el 8 de mayo de 1830, para no volver jamás, se celebraba en la plaza la fiesta de Corpus con fuegos artificiales y dos muñecos con los nombres de Despotismo y Tiranía que representaban a Simón y Manuela respectivamente. Ella, a caballo, acompañada de dos negras llamadas Natán y Jonatás, pistola en mano, apareció en la plaza para destruir los fuegos pirotécnicos. Quizás no lo logró, pero no pensó dos veces antes de arriesgar su vida enfrentándose a una guardia numerosa, sólo tres mujeres. Desde ese momento, como bien lo apunta Eugenia Viteri, "Manuela se convirtió en el terror, en el insomnio de muchos, y porque era valiente, porque conocía demasiado bien las intrigas, los conciliábulos del Gobierno colombiano de esa hora, la destierran de Bogotá. Luego, el Gobierno del Ecuador, aterrado por la presencia de una mujer, ah, pero qué presencia, qué coraje había en esa mujer, enterado que estaba en Guaranda, prepara de inmediato su destierro. Demasiada inteligencia para no ser culpable, demasiada conocedora de la política de esos hombres que gobernaban el país como su hacienda propia!"¹⁰. En efecto, las razones del destierro eran perfectamente políticas, como lo demuestra la carta de Lino de Pombo del 7 de enero de 1834 al Gobernador de Cartagena en la que le avisa la orden del Poder Ejecutivo de ordenar a Manuela la inmediata salida del país y le recomienda

8

9

10

muy especialmente "que se tenga cuidado de que ni por cortesía sea visitada de oficial alguno del ejército"¹¹. Temía el Gobierno la influencia de Manuela en las Fuerzas Armadas, tres años después de la muerte del Libertador.

Entonces va Manuela a Jamaica. Desde allí le escribe a Juan José Flores apelando a una "antigua amistad" para que crea en su inocencia, pues ingenuamente piensa ella que no tiene nada "que hacer con la política", pero no se arrepiente de lo hecho en la plaza de Bogotá y afirma que es "amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre". Santander¹². En 1835 vuelve la Libertadora a su país, contando quizás con la amistad de Flores quien gobernaba en la sombra, aunque el jefe de la nación fuera oficialmente Vicente Rocafuerte.

Las cartas de este último al General Flores son suficientemente ilustrativas. En una del 14 de octubre de 1835 escribe lo siguiente: "por el conocimiento práctico que tengo del carácter, talentos, vicios, ambición y prostitución de Manuela Sáenz ella es la llamada a reanimar la llama; en favor de la tranquilidad pública me he visto en la dura necesidad de mandarle un Edecán para hacerla salir de nuestro territorio hasta tanto que la paz esté bien consolidada. Esta dura medida la he consultado con los Ministros, y todos han convenido en la necesidad de tomarla"¹³. En otra carta del 23 de octubre de 1835 afirma Rocafuerte que "Manuela es muy orgullosa, muy insubordinada, muy atrevida, viene respirando venganza por la muerte de su hermano, y le es muy fácil hacer reanimar la chispa revolucionaria"¹⁴. Y el 28 del mismo mes y año (varias cartas requirió Rocafuerte para convencer a Flores) produce una frase de gran importancia para las mujeres que estamos interesadas en rescatar nuestro papel político a lo largo de la historia: "Las mujerespreciadas de buenas mozas y habituadas a las intrigas del Gabinete son más perjudiciales que un ejército de conspiradores"¹⁵.

También escribió Rocafuerte a Santander, uno de los conspiradores del año 28, ahora Presidente de una Colombia reducida que no debía haber tomado el nombre de la grande, del sueño del Libertador, las siguientes palabras sobre Manuela: "La Manuela Sáenz venía aquí con la intención de vengar la muerte de su hermano, y con ese pretexto hacerse declarar Libertadora del Ecuador. Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar"¹⁶. Todo aquello de los vicios, la ambición, la prostitución y la locura de Manuela pierde el valor del testimonio cuando se ve a las claras que lo que preocupaba a Rocafuerte eran las actitudes revolucionarias de Manuela, quien había jurado venganza por la muerte de su hermano José María que había caído en combate y luego asesinado en 1834. Cano lo afirma Bruna Tristán refiriéndose a la actitud de Rocafuerte hacia Manuela, "las trabas mentales hacen que hasta los más radicales republicanos sean en la práctica, y también muy en lo interno, fieles seguidores de la moral colonial"¹⁷.

11

12

13

14

15

16

17

La Libertadora era demasiado mujer como para que aceptara el salvoconducto que finalmente le gestionara Flores ante el Congreso en 1837, un año antes de terminarse el período presidencial de Rocafuerte. Manuela prefirió permanecer en el Perú, en Paita, en la pobreza, hasta su muerte. Al fin y al cabo, en aquel país le había condecorado el General José de San Martín con la Orden del Sol antes de aquel verano de 1822 en que Manuela y Simón se conocieron, y la había condecorado por todas sus actividades en favor de la libertad.

Allí la visitarían varios individuos famosos: Simón Rodríguez, Garibaldi, Ricardo Palma. Garibaldi la visitó en 1850 y dijo de ella en sus memorias que "era la más graciosa y gentil matrona que hubiera visto hasta ahora", "la mujer más grande del siglo XIX"¹⁸. Ricardo Palma estuvo con ella en 1856 y escribió más tarde que "en el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía"¹⁹.

No podía ser de otra manera una mujer que había luchado en Ayacucho al lado de Sucre, que se había enfrentado a los conjurados la noche del 25 de septiembre de 1828 salvándole la vida al Libertador, que había vendido sus joyas para poner ese dinero al servicio de la Independencia, que salía a ayudar a las tropas, a auxiliar a los heridos. Cuando en 1830 un periódico liberal de Bogotá la llama forastera, escribe ella una proclama en la que dice: "El me ha vituperado del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del Sur y a mí forastera? Seré todo lo que quiera; lo que sé es que mi país es el continente de la América; he nacido bajo la línea del Ecuador"²⁰.

Manuela Sáenz era un ser humano de alma grande. Cuando supo del asesinato de su marido y de la mujer con quien estaba en 1841, escribe a Don Roberto Ascásubi: "estoy enferma con la noticia del horrible asesinato de mi marido, pues aunque no vivía con él no puedo ser indiferente a este lamentable suceso"²¹. De la célebre carta que escribió Manuela a su marido el doctor Thorne se deduce que fue franca y auténtica con él, virtudes éstas que no son muy comunes. Dice, entre otras cosas, lo siguiente: ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente". La carta es indudablemente irónica, pero no por eso menos sincera: "Basta de chanzas: formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré más con usted. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte"²².

18

19

20

21

22

El General O'Leary llama a Manuela "la excéntrica cara amica del General Bolívar" y añade lo siguiente: "Doña Manuela era casada, y su marido, Thorne, amaba con frenesí a su infiel esposa (...) No hace mucho murió dejándole cuanto poseía. En sus cartas habla con frecuencia de sumas de dinero que le remitía, de 300 y más onzas algunas veces, y siempre quejándose de que ella no aceptaba sus regalos y de que nunca le pedía dinero. Ella era el ser más desinteresado que he conseguido"²³. Alberto Miramón escribe: "Muerto el doctor Thorne, el esposo, se supo que había dejado todos los bienes a Manuelita Sáenz; mas con una naturalidad que dignifica a esta mujer, no quiso ella aceptar, a pesar de la situación precaria en que se hallaba, tan espléndida heredad"²⁴. Las palabras sobran para destacar las cualidades éticas de la Libertadora,

Desde una perspectiva contemporánea, cuando las mujeres hemos avanzado un tanto en nuestras luchas por la igualdad y por una participación histórica desde los centros de decisión política, Manuela Sáenz puede ser uno de esos símbolos que se encuentran en nuestro pasado nacional. No se trata de sacralizar a la heroína como se lo ha hecho con los héroes, especialmente con Bolívar. Todo lo contrario, podríamos decir que el punto de vista de las mujeres de hecho desmitifica la historia. ¿Por qué? Simplemente porque al hablar de las mujeres surgen en el campo de lo político ciertos detalles domésticos que humanizan a los héroes, que nos permiten verlos en su verdadera dimensión moral. Una de las mejores estrategias de desacralización es revelar aquello que la historia oficial elude y así hay que proceder cuando se trata de Manuela Sáenz. De esa manera, en una época tan críticamente reveladora como lo es la actual, su figura surge diáfana, llena de significado, tal como ella era, voluntariosa y libertaria, sin insípidos moralismos de otro tipo.

A las mujeres nos resultan muy sugerentes las siguientes palabras de Benjamín Carrión: "No tuvimos héroes con espada en las luchas por la libertad. Tuvimos, sí, heroínas con abanico y miriñaque, ojos asesinos y valor para dejarlo todo, para ir por sobre todo -en una sociedad hipócrita, tragahostias y cuentachismes- como era esa de nuestras aldeas grandes metidas a ciudades como lo eran por entonces Caracas, Bogotá y hasta la misma Lima, con sus tapadas y su aun mayor gasmoñería y lisura"²⁵. El autor se refiere al Departamento del Sur hoy Ecuador, cuando dice que no tuvo héroes sino heroínas. No vale la pena hacer estas distinciones regionalistas: Bolívar, Sucre, Manuela y tantos otros son héroes de nuestra América, como ella misma lo señaló cuando en Bogotá la llamaron forastera. Pero el tema de las heroínas con abanico y miriñaque en sociedades hipócritas es un tema de grandes posibilidades investigativas en América Latina.

Realmente no sólo era Manuela Sáenz sino un gran movimiento de mujeres que se sumaron a las luchas por la libertad. A propósito, cuando Manuela fue expulsada de Bogotá en 1830 como supuesta autora de un impreso titulado *La Torre de Babel* en el que se ponía de manifiesto la ineficacia de los gobernantes, firmado "un amigo de Bolívar" unas mujeres de Bogotá con el título de "Las Mujeres Liberales" salieron en su defensa con un escrito público en el que decían: "Y si la señora Sáenz ha escrito o gritado "Viva

²³

²⁴

²⁵

Bolívar", ¿dónde está la ley que lo impida? La persecución de esta señora tiene su origen en bajas e innobles pasiones. Sola, sin familia en esta ciudad, debería ser objeto de consideración y estima más que víctima de la persecución. Qué heroísmo ha demostrado! Qué magnanimidad! Es de esperar que los cielos alberguen sentimientos tan nobles como los expresados por Manuela y que estos sentimientos nos sirvan de ejemplo a todos"²⁶.

Muy significativo es que Vicente Rocafuerte, en su carta del 25 de octubre de 1835 a Juan José Flores, en la que le comunicaba y explicaba la decisión de expulsar a Manuela del Ecuador, escriba lo siguiente: "Doña Rosa Gangotena ha vuelto a Cumbal y está trabajando en reanimar la chispa revolucionaria. Las mujeres son las que más fomentan el espíritu de anarquía en estos países. El conocimiento de esta verdad hizo tomar a los ministros la providencia de hacer salir a Manuela Sáenz del territorio del Ecuador, y la interesante recomendación que usted me hace a su favor llegó tarde, al otro día de haber tomado la resolución de alejarla de este centro de intrigas"²⁷. Nada mejor que este texto de Rocafuerte para terminar un pequeño trabajo sobre la Libertadora, porque dicho texto desacraliza la figura del "austero repúblico", como llama Bruna Tristán a Rocafuerte, engrandece a Manuela y pone en su justo lugar la importancia de la participación política de las mujeres.

²⁶

²⁷

LA PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA: EL CASO DE MANUELA SÁENZ*

Amy Taxin**

Durante los últimos dos siglos, la figura de Manuela Sáenz ha sido estudiada ampliamente por historiadores ecuatorianos, peruanos, colombianos, venezolanos y de otras nacionalidades. Sin embargo, ninguno se ha dedicado a examinarla como una protagonista histórica. Los historiadores más tradicionales escribieron casi exclusivamente sobre su vida sentimental y romántica. La reconocieron y la criticaron por la relación "adúltera" que ella mantuvo con Simón Bolívar. Estos estudios redujeron el personaje de Manuela Sáenz al papel de "la amante", un simple satélite del gran "Libertador". En un poema dirigido a Bolívar, Fernando Fernández García describió como la sociedad colombiana percibía a Manuela Sáenz.

...en molicie inmoral vives ahora
en los festines que el deleite infiera
en brazos de una hetaira corrompida.
Al seno de la 'bella Manuelita'
reclinas la cabeza ya marchita
y el miserable barro al fin se advierte.¹

Aquí Fernández García no solo pintó a Manuela Sáenz como la amante sino también la criticó por ser una mujer de mala conducta. Otros escritores siguieron esta tradición. Alfonso Rumazo González, historiador ecuatoriano y estudioso de Sáenz,² la describió como una mujer fuera de control, prisionera del deseo de "ser libre, libérrima, en cuanto a moral; amar con delirio u odiar en el mismo grado".³

En este siglo, solamente a partir de la década de los setenta y el movimiento feminista, se cambió el énfasis de los estudios sobre Manuela Sáenz. Las nuevas investigaciones abandonaron la crítica a su vida personal, y comenzaron por primera vez a iluminar su contribución a la causa independentista. Nela Martínez, activista política ecuatoriana, insistió en la importancia de Sáenz como "la quiteña más ilustre, aunque paradójicamente poco conocida en su aporte a la causa de la Independencia, que comprende el apoyo económico, la labor de celosa guardiana del archivo y del Libertador, el avituallamiento de las tropas...".⁴ Con el advenimiento del movimiento feminista, el nombre de Manuela Sáenz iba adquiriendo un alto poder simbólico. La ausencia de una historia de la mujer ecuatoriana hizo que Manuela Sáenz pareciera como la única mujer políticamente activa

* Reproducido de Procesos, Ruta Ecuatoriana de Historia.

** La autora realizó esta investigación gracias a una beca Fullbright.

¹ María Mogollón y Ximena Narváez, *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la Historia*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1997, p. 98.

² En varias ocasiones, en este documento me refiero a Manuela Sáenz por su apellido, de la misma manera que los historiadores se refieren a Bolívar, Sucre, Flores y otras grandes figuras de la época.

³ Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: La Libertadora del Libertador*, Cromograf S.A., Guayaquil, sin fecha, pp. 34-35, en M. Mogollón, X. Narváez, *Manuela Sáenz: presencia y polémica...*, p. 103.

⁴ Mogollón y Narváez, *Manuela Sáenz: presencia y polémica...*, p. 148

de su época. Los investigadores comenzaron a representarla como ejemplo singular de la participación femenina en la Independencia, identificándola como "un ejemplo de lucha y pujanza" y "la imagen de mujer luchadora".⁵ Estos estudios iluminaron por primera vez la actividad política de Manuela Sáenz. Sin embargo, simultáneamente la convirtieron en una excepción a la representación del comportamiento femenino de aquella época.

Para comprender el liderazgo de Manuela Sáenz es necesario mirar más allá de su vida romántica, y dejar de idealizarla como la única mujer activa de su época. Es esencial contextualizar su contribución política a partir del papel político que jugaba la mujer en las campañas para la Independencia. Al examinar las actividades y actitudes no solo de esta mujer quiteña sino también de sus compañeras, se comprende por qué era tan excepcional esta figura histórica. Solamente allí comienza a destacarse la personalidad de Manuela Sáenz. Era una mujer única no por su relación con Bolívar ni por su actividad política, sino por la capacidad de liderazgo que ella poseía.

LA PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA: 1809-1830

La historiadora Mercedes Guhl sostiene que las mujeres, a diferencia de los hombres, emplearon distintas formas de contribuir a la causa independentista, pues: "lucharon a su manera, con medios femeninos".⁶ Tradicionalmente la historia ha reconocido sólo la contribución militar directa –la participación activa en combate– como digna de estudio histórico. Como resultado, se ha oscurecido la documentación referente a la contribución femenina a la Independencia. No se encuentran estos datos en los archivos militares. Los relatos de los extranjeros, los periódicos del país, las cartas personales y los testamentos son fuentes poco utilizadas, no obstante estos materiales ofrecen una abundante información.

Estas fuentes revelan que las mujeres de clase social alta del siglo XIX eran alfabetas, educadas y literatas. Eran reconocidas por su inteligencia e intelectualidad. Las mujeres establecieron una verdadera red informativa, de la cual ellas servían como eslabones principales. Asistían y organizaban las tertulias de la época, y servían como informantes para las fuerzas patriotas. Además las mujeres pertenecientes a las elites ofrecieron respaldo económico a las campañas militares. Finalmente, las mujeres participaron activamente en las rebeliones de aquella época: salvaron a los líderes patriotas, ayudaron a derrotar a los oficiales realistas, y algunas se disfrazaron de hombres para luchar en el campo de la batalla. Aunque la participación militar de la mujer era menos común que su participación en las tertulias o en las redes de espionaje, esta sucedía también con suficiente frecuencia para merecer atención.

VOCACIÓN INTELECTUAL

⁵ Mogollón y Narváez, *Manuela Sáenz: presencia y polémica...*, p. 149.

⁶ Mercedes Guhl, "Las Madres de la Patria: Antonia Santos y Policarpo Salavarría", en María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio, eds., *Las Desobedientes: Mujeres de Nuestra América*, Editorial Panamericana, Bogotá, 1997, p. 120.

El padre Mario Cicala, sacerdote italiano que residió en Quito entre 1743 y 1767, ofreció una descripción detallada del papel de la mujer en la vida cotidiana. Expresó francamente su sorpresa al encontrar que la población femenina recibía no solo instrucción doméstica, sino también educación literaria y política: "como todas las nobles señoras, primero aprenden a leer y escribir antes que a cocinar, y desde la infancia se aplican a leer libros espirituales y libros de historias y otras materias políticas". También anotó la "vivacidad" y "agudeza" con las cuales estas mujeres se unían al discurso. Cicala concluyó que la buena educación conducía a las mujeres quiteñas a "resaltar maravillosamente su capacidad en las conversaciones, haciendo ostentación de palabras selectas y de erudición, más con discreta sabiduría y sin afectación".⁷

En los relatos del siglo XIX, los viajeros demostraron una apreciación igual del discurso lúcido de las mujeres ecuatorianas. Durante su estadía en Guayaquil en el año 1832, el estadounidense Adrian Terry observó, aunque con arrogancia, la habilidad de mujeres guayaquileñas para la conversación: "tienen una inteligencia y una educación que me sorprendió debido a las escasas fuentes de cultura a las que pudieron haber tenido acceso".⁸ El diplomático estadounidense Friedrich Hassurek comentó sobre la astucia de la mujer ecuatoriana para el discurso político. Según Hassurek, las mujeres quiteñas tenían una tradición política "muy activa e incluso apasionada",⁹ y también "eran agentes secretos muy enérgicos. Ellas llevan cartas y despachos, mueven el descontento, esconden a refugiados políticos y facilitan su escape".¹⁰ A pesar de que Hassurek escribió posteriormente al período independentista, sus observaciones concuerdan con las de los extranjeros que le precedían. Por medio de la observación extranjera y los relatos que proporcionó a la historia, se hace evidente la larga tradición de participación femenina en la vida intelectual y la cultura política de la región.

El papel político activo de la mujer también se manifiesta en la documentación legal de aquella época. En 1809, Rosa Montúfar presentó un caso en nombre de su padre, el Marqués de Selva Alegre, quien se hallaba preso por su alianza con los partidarios de un Quito Independiente. En este caso, Montúfar demostró una tremenda habilidad para el discurso político, un profundo conocimiento del pensamiento ilustrado, y una amplia comprensión de las leyes. No basó su argumento en su relación filial con el acusado, sino "en el mérito del proceso, en los principios jurídicos, en hechos ciertos y constantes por la notoriedad pública, de modo, que la verdad y la razón, serán las que merezcan la absolución de mi padre".¹¹ Luego, cuando ella citó estos "principios jurídicos", lo hizo en su forma original: en latín. La sofisticación de su palabra marca la erudición que poseían las mujeres de las elites de la época. En otra carta que Rosa Montúfar presentó solo un

⁷ Mario Cicala, *Descripción Histórica-Topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*, Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, Quilo, 1994, p. 212.

⁸ Adrian R. Ferry, *Viajes por la Región Ecuatorial de América del Sur 1832*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1994, p. 57.

⁹ Friedrich Hassurek, *Cuatro Años entre los Ecuatorianos*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1997, p. 195.

¹⁰ Hassurek, *Cuatro Años...*, p. 245.

¹¹ Archivo Metropolitano de Historia, Quito, Catálogo Provisional de los Procesos de 1809 y la Revolución de Quito de 1809, tomo II, vol. IX, Quito, 18 de junio de 1810. Fs. 582, 533.

año después, en la misma causa, se manifiesta su identificación con el proyecto independentista. Con coraje y sin temor, le dirigió al virrey, don Antonio de Amar y Borbón, las siguientes palabras. "Por lo que hace a mí, no me falta espíritu, ni fortaleza para morir en defensa de la buena causa".¹²

EL PAPEL DE LA INFORMANTE

La participación de la mujer en la Independencia, sin embargo, fue más allá de las palabras y los discursos. Tomaron acciones claras y a veces peligrosas para apoyar a la causa patriota. Una de sus contribuciones principales fue el manejo de una red de información para las fuerzas patriotas. Se encargaban de la transmisión de mensajes de alta importancia; primero, por medio de las tertulias, y segundo, trabajaban como informantes informales que obtenían y comunicaban la información de mayor interés a las tropas patriotas.

Según Guhl, las tertulias del siglo XIX sirvieron "para difundir y discutir las ideas de la Ilustración".¹³ Los complots para rebelarse contra el yugo español nacieron de estas reuniones políticas; fue allí donde los próceres de la Revolución Quiteña propusieron la autonomía por parte de la Audiencia de Quito del dominio borbónico. Las mujeres asistían a las tertulias y con semejante frecuencia las patrocinaban. En 1808, Josefa Palacios organizó una reunión en su casa en Caracas para ganar más partidarios a la causa independentista.¹⁴ El 9 de agosto de 1809, los rebeldes se reunieron en la casa de Manuela Cañizares en Quito para planificar su revuelta contra el gobierno audiencial. En Colombia, Joaquina Aroca ofreció su casa para la reunión de los indígenas que se alzaron contra los españoles en Natagaima. Por auspiciar este evento, ella fue fusilada el 5 de septiembre de 1816.¹⁵ Aunque sus nombres apenas constan entre los héroes de la patria, la lista de mujeres que arriesgaron sus hogares y sus vidas para auspiciar estas tertulias es extensa.

Las mujeres también actuaban como informantes. La heroína colombiana, Policarpa Salavarrieta, ejemplifica cómo las mujeres adquirieron información sobre las maquinaciones del ejército realista: "trabajó como costurera y eso le dio libre acceso a las casas de las damas de la ciudad, tanto de las patriotas como de las realistas". Al escuchar un dato pertinente a la causa revolucionaria, Salavarrieta lo comunicaba de inmediato a la tertulia que se realizaba en la casa de Andrea Ricaurte de Lozano: "de allí salía la información de las juntas patriotas de la ciudad para las guerrillas del Norte y del Sur".¹⁶ Los logros de Policarpa Salavarrieta dependían del trabajo de varias mujeres. Las elites compartían lo que sabían sobre la Revolución, "la Pola" transmitía los datos, y las mujeres que participaban en las tertulias los comunicaban a los soldados patriotas

¹² Archivo Metropolitano de Historia, Quito, Catálogo Provisional.... tomo I, vol. K, Santa Fe, 21 de febrero de 1810. Fs. 50/31.

¹³ Guhl, "Las Madres de la Patria...", p. 120.

¹⁴ J. P. Monsalve, *Mujeres de la Independencia*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1926, p. 23.

¹⁵ Nieto, *Corona Fúnebre*, Imprenta de Medina e Hijo, Bogotá, 1910, p. 19.

¹⁶ Guhl, "Las Madres de la Patria...", p. 125

ubicados en el campo de batalla. La contribución de las mujeres, por medio de esta red de información, tuvo eco en todo el movimiento independentista y a lo largo del continente.

Las mujeres usaron su influencia en la esfera doméstica para conseguir acceso a información privada. Sobresalieron en este trabajo porque eran menos sospechosas que sus esposos, hermanos e hijos, quienes luchaban directamente en el conflicto. Un ejemplo de esta influencia doméstica es el caso de Baltazara Terán, latacungueña y partidaria de los independentistas. Ella tenía una fonda en donde alojaba con preferencia a los oficiales de las tropas del gobierno audiencial. De esta manera, Baltazara se enteraba de los planes de los realistas y consecuentemente informaba a los patriotas sobre los mismos. Al presidente de la Real Audiencia de Quito, Toribio Montes, le disgustó que sus oficiales se hospedasen en la fonda de Terán, pues señalaba que "ni en ella, ni en su familia puedo tener confianza". Montes añadió que uno de los soldados que estaba allí, el teniente Juan Rosi, era conocido por "publicar los defectos de la tropa de su mando... dando con esto grandes apoyos a los Insurgentes, a pesar de habérselo advertido yo muchas veces".¹⁷ El fácil acceso que Baltazara Terán tuvo a los secretos realistas la convirtió en una fuente valiosa para la causa patriota. Al mantener a las tropas patriotas bien informadas, ella, como Salavarieta, ayudó a promover la campaña independentista.

Las patriotas eran fieles a su causa. Ellas prestaban invalorable ayuda a los patriotas y simultáneamente la negaban a las fuerzas realistas. Aunque los militares intentaron sacarles información, ellas permanecían calladas. Toribio Montes se quejó de la dificultad de obtener información de la joven Antonia Vela, miembro de una familia patriota que había escondido unos patriotas perseguidos por el gobierno:

...no ha querido confesar por ningún modo de intimación, al contrario niega lodo con tantos bríos que se le debe inferir castigo en presidio, y niega que han estado aquí en presencia de lo interceptado que doy a V.E.: un cañón de cara y cuarta del año 1766; 15 balas razas, varios cartuchos de alquitrán vacíos, como dos arrobas de plomo cortado, 7 bayonetas...¹⁸

A pesar de la plena evidencia de la presencia de las tropas patriotas, Vela rehusó de revelar su secreto. Ni las amenazas de prisión o de muerte la afectaban. Vela fue presa a la cárcel de Riobamba y perdió sus bienes. Por rehusar denunciar un patriota escondido con el cual mantenía correspondencia, Mercedes Loaisa, de Villavieja, fue sacrificada el 16 de septiembre de 1817.¹⁹

Así, las mujeres patriotas no solo abrían la red informativa a sus compañeros patriotas, sino también la cerraban a los realistas, aun cuando enfrentaran la muerte.

Las mujeres actuaban como informantes en todos los niveles de la sociedad, incluso a nivel del gobierno. Un ejemplo de como estas redes de espionaje afectaban a los altos jefes en el poder se manifestó el 25 de septiembre de 1828. Esta fecha generalmente se

¹⁷ M. A. González Páez, *Las Víctimas de Sámano*, Imprenta de Herder y Cía Quilo 1922, p. 129

¹⁸ González, *Las Víctimas...*, p. 125.

¹⁹ Nieto, "Corona Fúnebre...", p. 103.

celebra por ser la noche en que Manuela Sáenz salvó la vida del Libertador, Simón Bolívar, enfrentando las tropas que procuraban asesinarle y dejándolo escapar por una ventana. Pero al conmemorar este acto valiente es fácil descuidar la obra de otras mujeres. La persona que avisó a Bolívar sobre el atentado contra su vida fue una mujer. Se presentó en el palacio, y reveló el complot con precisión y exactitud. Años después, cuando Manuela Sáenz recontaba la historia de esta noche al edecán de Bolívar, el general O'Leary, no pudo recordar con todo detalle la información proporcionada por aquella mujer:

...la señora me dijo entonces que había una conspiración nada menos que contra su vida, que habían muchas lentatibas, y que solo la dilataban asta encontrar un tiro certero, que los conjurados se reunían en varias partes una de ellas la casa de Moneda. Que el jefe de esa maquinasion era el jeneral Santander aun que no asistía a las reuniones, y solo sabía el estado de cosas por sus agentes pero que el era el jefe de obra. Que el jeneral Cordova sabía algo pero no el todo, pues sus amigos lo hiban reduciendo poco a poco. En fin la señora me dijo tanto que ya ni recuerdo.²⁰

Esta señora se atrevió a implicar a los militares y ministros más prominentes en un conato de traición. Ella cometió un acto arriesgado y además valiente. Como resultado la "noche septembrina" no solo demuestra el heroísmo de Manuela Sáenz, sino también la contribución significativa de la mujer informante a la causa bolivariana. Aun años después de la Independencia, las mujeres seguían informando a los líderes de la nueva República Gran Colombiana sobre las conspiraciones en su contra. Este caso demuestra como la labor de las mujeres afectaba directamente el curso de los eventos históricos, y como fue necesitada por los altos dirigentes en el poder.

ASISTENCIA ECONÓMICA

Otra manera por la cual las mujeres contribuyeron a la causa independentista fue donar fondos a las tropas patriotas. Algunas mujeres de la elite generosamente regalaban sus bienes y riqueza a las campañas para la libertad. Antonia Santos, de Charala, organizó y aprovisionó con sus bienes la guerrilla de Coromoro y un cuerpo de espionaje.²¹ María Donoso Larrea, Balentina Serrano, Rosa Carrión, Josefa Marcos, Rafaela Jaramillo, Lorenza Fierro y Rosa Falconí, fueron reconocidas públicamente en *El Patriota de Quito* por "la suscripción que tan jenerosamente han contribuido... para gratificar a las tropas libertadoras".²² También existían otras mujeres cuyas contribuciones nunca fueron hechas públicas. En otro artículo del mismo periódico, se reconoció a "las tantas ecuatorianas ilustres quienes se han consagrado prestar todo jenero de auxilios para derrocar el trono de la tiranía".²³ Evidentemente, la contribución económica era un medio por el cual las mujeres de las elites del siglo XIX podían apoyar a la causa patriota.

²⁰ Manuela Sáenz a General O'Leary, "Descripción del 25 de septiembre", en "Papeles de Manuela Sáenz", Vicente Lecuna, comp., Museo Histórico, año IX, Nos. 27-28, Organo del Museo de Historia, Departamento de Educación y Cultura Popular, Imprenta Municipal, Quito, 1957.

²¹ Nieto, "Corona Fúnebre...", tomo II, p. 83.

²² El Patriota de Quito [editorial], No. 1, 19 de julio de 1845.

²³ Tributo a la Justicia", El Patriota de Quito, No. 5, 6 de abril de 1845.

INTERVENCIÓN ACTIVA

La participación de la mujer en la Independencia involucraba el intercambio de información y el préstamo de dinero, pero también la toma de acciones. Las mujeres participaron directamente en los eventos históricos, las rebeliones y las batallas más cruciales de la época, procurando rescatar a los presos revolucionarios y derrotar a los líderes realistas.

Las mujeres ayudaron a fugar a los líderes patriotas que se hallaban presos por las campañas de la Independencia, aunque ellas corrían el riesgo de prisión o de muerte. Bárbara Espalza y María Josefa Riofrío, ambas ibarreñas, y Dolores Zábala, quiteña, fueron ajusticiadas el 18 de octubre de 1809 por procurar rescatar al prócer independentista Manuel Zambrano.²⁴ De igual manera, Luisa Góngora perdió la vida por arreglar la fuga de los Jefes Caicedo y Macaulay y de la cárcel.²⁵ Bárbara Alfaro, ibarreña, había proyectado facilitar la fuga de la cárcel de Francisco Calderón, Manuel Aguilar y Marcos Guyón, complot que fue descubierto; Bárbara Alfaro fue presa, torturada, y finalmente desterrada a Bogotá.²⁶ Aunque tal vez se considere la fuga de los patriotas un trabajo auxiliar, es importante reconocer que el castigo que sufrieron estas mujeres a veces era mayor al castigo infligido sobre los mismos presos. Sin embargo, es larga la lista de mujeres quienes participaron en campañas de este estilo.

De la misma manera que ayudaron a proteger a los líderes patriotas, las mujeres ayudaron a la derrota de los realistas en el poder. Uno de los casos mejor documentados es el de María Larraín. Ella escogió y encabezó un grupo de mujeres de San Roque y de San Blas por hacer la guardia en la casa donde Carlos Montúfar estaba hospedado.²⁷ Por lo visto, el 15 de junio de 1812 estas mujeres tuvieron un enfrentamiento con los mandatarios realistas y participaron en la caída subsecuente del presidente conde Ruiz de Castilla. Toribio Montes testificó que "la mujer de Sanroque de Quito, la Larraín... es acusada de que fue cabeza de las mujeres que apedrearon al señor conde Ruiz de Castilla".²⁸ Una carta anónima dirigida a Montes también implicó a Larraín y sus compañeras en el escándalo: "fueron las que insultaban y apedreaban al bajar el puente, las mismas que hicieron la guardia al traidor Montúfar".²⁹

Otro caso de interés es el de Rosa Zárate, quien asimismo fue acusada de participar en la derrota y subsecuente asesinato del conde Ruiz de Castilla. Rosa Zárate, su esposo Nicolás de la Peña, José Mogro, y José Larrea fueron acusados del "delito de alta traición y omisión executando en la persona del Exmo. Sor. Conde Ruiz de Castilla, Presidente que fue de esta Real Audienda".³⁰ Según el genealogista e historiador Fernando Jurado Noboa, Zárate dio setenta y dos cuchillos a Manuel Pineda, alcalde indígena, con los

²⁴ Nieto, "Corona Fúnebre...", tomo II, pp. 65, 69, 115.

²⁵ Nieto, "Corona Fúnebre...", p. 84.

²⁶ Nieto, "Corona Fúnebre...", p. 20.

²⁷ González, Las Víctimas..., p. 124.

²⁸ González, Las Víctimas..., p. 134.

²⁹ González, Las Víctimas..., p. vii.

³⁰ Archivo Nacional de Historia, Quito, Fondo Criminales, caja 210, 1 de diciembre de 1812, p. 19.

cuales la muchedumbre descendió sobre el Conde y le apuñaló antes de arrastrarle al Cabildo.³¹

Después de este evento, Zárate y su esposo huyeron del proceso judicial hasta que fueron capturados y sacrificados al norte de Ibarra. Las cabezas de la pareja fueron enviadas a Quito para ser exhibidas en la Plaza Grande como lección al pueblo rebelde. El hecho de que los gobernantes de la Real Audiencia usaron a Zárate como un ejemplo de la conspiración patriota, demuestra que las mujeres fueron consideradas participantes políticas activas, y en este caso, peligrosas. Ayudar a derrotar al poder realista era una contribución femenina activa, arriesgada e integral al transcurso de los eventos históricos que condujeron el país hacia la Independencia.

Otro ejemplo de la participación femenina en las rebeliones políticas es aquel del levantamiento en Bogotá en 1810. La documentación sobre el evento histórico se encuentra en el "Diario Político de Santa Fe de Bogotá", que encomió la participación femenina en el levantamiento por medio de la siguiente relación de una mujer en el combate:

Las mujeres daban ejemplo a los soldados. Un valiente patriota que avanzaba con espada en mano, pidió a una mujer se apartase para ocupar ese lugar. Esta se injuria y dice: ¿La piedra que yo lance no hará tanto efecto como tus golpes? Desprecio el consejo y mantuvo su puesto.³²

Esta mujer empleaba la misma técnica de combate que María Larraín y sus compañeras usaron en la derrota del conde Ruiz de Castilla: el lanzamiento de piedras contra el opositor. Esta técnica facilitó que las mujeres "lucharon a su manera" y asimismo demostró la fuerte voluntad con la cual ellas defendían la causa independentista.

EL CAMPO DE BATALLA

Las mujeres también participaron en el campo de batalla. Las esposas, amantes, y compañeras de los soldados frecuentemente marchaban con las tropas para proveer compañía y apoyo emocional en sus campañas. Además preparaban los campamentos y las comidas, cuidaban a los enfermos y a los heridos, y cuando era necesario tomaron armas. Jurado Noboa reconoce que estas mujeres estaban "expuestas a las mismas condiciones que los soldados, solo que llegaron cuatro o cinco horas más temprano",³³ al sitio del campamento para prepararlo. Estas mujeres, pertenecientes a la plebe, eran denominadas "guarichas" en el Ecuador y seguían a los soldados durante todas las campañas para la Independencia. En 1817 y 1819, los generales Pablo Morillo y

³¹ Fernando Jurado Noboa, *Las Quiteñas*, Dinediciones S.A., Imprenta Mariscal Quito 1995, p. 131.

³² "Diario Político de Santa Fe de Bogotá", [artículo sin título], No. 5, 7 de septiembre de 1810, Boletín de Historia y Antigüedades, año 1, No. 7, Bogotá, 1903, p. 365.

³³ Jurado, *Las Quiteñas...*, p. 134

Francisco Santander prohibieron que las mujeres marchasen con las tropas.³⁴ El hecho de que tuvieron que repetir esta orden dos veces sugiere que las "guarichas" no les hicieron caso. A pesar de los impedimentos legales y los rigores de batalla, estas mujeres estaban comprometidas a ofrecer su apoyo y servicios a la tropa.

También había mujeres que tomaron armas y lucharon directamente en el campo de batalla. Generalmente estas mujeres se disfrazaron de hombres y asumieron una identidad masculina para combatir. Nicolasa Jurado, Gertrudis Espalza e Inés Jiménez, tomaron los seudónimos de Manuel Jurado, Manuel Espalza y Manuel Jiménez para poder luchar en la campaña de Babahoyo el 21 de agosto de 1821, y luego en la batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822. Solo se descubrió la identidad de estas mujeres cuando Jurado resultó herida en esta segunda batalla. El general Manuel Antonio López, en sus "Recuerdos Históricos", anotó que el general Sucre la ascendió al rango de sargento, y públicamente la recomendó.³⁵ En cambio, Jiménez y Espalza siguieron luchando hasta la Batalla de Ayacucho, donde fueron condecoradas.³⁶ En otras batallas a lo largo del continente, como las de Gameza, Pantano de Vargas y Boyacá, mujeres como Teresa Cornejo, Manuel Tinoco y Rosa Canelones de Arauca hicieron lo mismo. Vestirse de hombre, tomar armas, y proceder al campo de batalla fue una manera por la cual algunas mujeres contribuyeron a la causa patriota.³⁷

La contribución militar femenina fue públicamente reconocida y recomendada durante el período independentista. Algunos de los jefes militares más altos expresaron un sincero aprecio por estas mujeres-soldados. El general Simón Bolívar públicamente reconoció y agradeció la participación de la mujer en los combates para librar la Provincia de Trujillo en Venezuela, del yugo español:

...hasta el bello sexo, las delicias del genero humano, nuestras amazonas han combatido contra los tiranos de San Carlos con un valor divino... Los monstruos y tigres de España han colmado la medida de la cobardía de su nación han dirigido las infames armas contra los candidos y femeninos pechos de nuestras beldades; han derramado su sangre; han hecho expirar a muchas de ellas, y las han cargado de cadenas, porque concibieron el sublime designio de libertar a su adorada patria.³⁸

En este discurso, Bolívar no solo rindió homenaje a las mujeres que fueron presas y/o sacrificadas en el combate, sino también al sentimiento patriótico tras estas acciones valientes, "el sublime designio de libertar a su adorada patria". De hecho, las mujeres no solo contribuyeron a la batalla para apoyar a sus familiares masculinos que se hallaban en

³⁴ Pablo Morillo y Morillo y Enrique Otero d'Costa, diado en Evelyn Cheroak, "La Participación de las Mujeres en el Movimiento de Independencia de la Gran Colombia, 1780-1830", Las Mujeres latinoamericanas, Asundón Lavrin, Mercedes Pizarro d Parlangue, comps. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1985, p. 261.

³⁵ Nieto, "Corona Fúnebre...", p. 93.

³⁶ Nieto, "Corona Fúnebre...", pp. 69, 93.

³⁷ Nieto, "Corona Fúnebre...", p. 53.

³⁸ Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX: Textos para su estudio vol 1 Caracas, 1963, p. 242, diado en Cherpak, "La Participación de las Mujeres...", p. 277.

el combate. Más bien hicieron contribuciones "muy activas e incluso apasionadas" para demostrar su auténtica lealtad a la causa independentista.

Evidentemente, las mujeres contribuyeron en muchos aspectos a las campañas para la Independencia. Ofrecieron información, apoyo, y una mano en el combate a los soldados patriotas. De igual manera rehusaron cooperar con los oficiales realistas, les negaron información valiosa y facilitaron las armas necesarias (como el caso de los setenta y dos cuchillos) para derrotarlos. La eficacia de la contribución femenina a la Independencia es indiscutible. Se la conocía por los relatos del siglo XIX, durante y posteriormente a la época independentista. Y la reconocieron públicamente los líderes patriotas más renombrados de la época, los generales Sucre y Bolívar. A pesar de la escasa mención de la participación femenina en los textos históricos y los documentos oficiales de la Independencia, ésta constituyó una contribución real e integral al éxito de las campañas patriotas.

La participación política de Manuela Sáenz: 1821-1856

El nombre de Manuela Sáenz resalta más que los de Baltazara Terán, María Larraín, o Nicolasa Jurado. Sin embargo, la mayor parte de su trabajo político era pareada al de sus compañeras. Hija de un español prominente y una criolla de elite, poseía educación. Como sus compañeras, sirvió de informante y espía entre 1817 y 1822 para la campaña independentista, y entre 1826 y 1844 para derrotar las facciones antibolivarianas que amenazaban a los nuevos gobiernos en el poder. Apoyó a las tropas patriotas con respaldo económico, y las protegió por medio de la fuga y la participación bélica en el campo de batalla.

Sin embargo, a pesar de estas semejanzas, Manuela Sáenz se distinguió de sus compañeras. Aunque su relación con Simón Bolívar tal vez es la fuente de la extensa documentación sobre la quiteña, no es la razón de su singularidad. Más bien, esta documentación sirve para demostrar el verdadero talento de liderazgo que Manuela Sáenz poseía. Determinó el curso de los eventos históricos y el curso que los países tomaron hacia la Independencia. Organizó y maquinó revueltas y demostraciones, en las cuales los soldados patriotas la siguieron. Además, Manuela Sáenz provocó una fuerte reacción entre sus contemporáneos colombianos, peruanos y ecuatorianos. Los patriotas de Bolívar la recibieron como una verdadera líder; la apreciaron y la estimaron tanto como al Libertador. En cambio, los enemigos del ideal bolivariano la percibieron como una amenaza por el poder político y personal que tenía. Sáenz provocó tan fuertes reacciones entre los altos oficiales bolivarianos y antibolivarianos, que su influencia era indiscutible y era lo que la distinguía de las demás.

Vocación intelectual

Manuela Sáenz gozaba de una educación excelente. Dada la proliferación de cartas que intercambió con Bolívar y Flores, se sabe que era una escritora talentosa. Era todo una intelectual que disfrutaba de los textos filosóficos, históricos y políticos, y de la conversación sobre las ideas de la Ilustración. Ricardo Palma, escritor peruano quien la

visitó cuando estuvo desterrada en Paita, Perú, describió la gran pasión que Sáenz sentía por la literatura:

Esta leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la Península en el Padre Mariana y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes y para ello no había poetras más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el Canto a Junín y parlamentos enteros de Pelayo, y sus ojos, un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos.³⁹

Otros visitantes también comentaron sobre su habilidad por el coloquio intelectual. Un amigo de Palma reconoció la aptitud que Sáenz tenía para "hablar con él de versos".⁴⁰ Giuseppe Garibaldi, héroe de la Revolución Italiana, se quedó fascinado por su conocimiento de "hasta los últimos detalles de la vida del gran Libertador del América Central (sic)".⁴¹ Igual a sus compañeras quiteñas, Sáenz demostró una "vivacidad" y "agudeza" en conversación, y un fuerte interés en la política, los cuales le ganaron el respeto y estima de los intelectuales a su alrededor.

Manuela Sáenz demostró su apoyo de la política independentista mucho antes de que conociera a Simón Bolívar. Aunque algunos escritores atribuyen su participación política a la influencia de Bolívar, realmente fue lo contrario: su participación política activa produjo el encuentro en el cual se conocieron los dos. Cuando se hallaba en Lima, entre 1871 y 1822, Sáenz participaba en las tertulias de su compañera guayaquileña Rosa Campuzano. Cuando llegó José de San Martín a Lima en 1821, Sáenz fue una de las mujeres condecoradas como Caballeresas de la Orden del Sol: un gran honor en nombre de sus labores por la causa patriota.⁴² La actividad política de Sáenz evidentemente comenzó antes de su relación con Bolívar y eran los contactos que hizo en Lima los que la llevaron hacia él poco tiempo después.

El papel de informante

Al igual que sus compañeras Policarpa Salvarrieta y Baltazara Terán, Manuela Sáenz era una informante excelente. Recogía información importante y la transmitía a los partidarios de la causa patriota, eficaz y secretamente. Los ejemplos mejor documentados de su capacidad como informante, sin embargo, no son del período independentista, sino de los primeros años de la República ecuatoriana. Desde su destierro en Paita, Sáenz informaba al presidente ecuatoriano Juan José Flores sobre las ambiciones del Perú para ganar más territorio al sur del Ecuador y sobre las ambiciones de ciertos funcionarios públicos para echarlo del poder. Desde Paita, Manuela Sáenz alistó a otras mujeres en su campaña para proteger la estabilidad del nuevo gobierno y así formó una red de espionaje efectiva que reportaba cualquier disturbio a Flores en Quito.

³⁹ Ricardo Palma, *Tradiciones Peruanas*, 6a. ed., Selecciones Gráficas, Madrid, 1968, p. 963

⁴⁰ Palma, *Tradiciones Peruanas*.... p. 1132

⁴¹ Alberto DiCapua, "Manuela Sáenz y un ilustre viajero", *Boletín Histórico*, ano VI, Nos. 19 y 20, Comando de las Fuerzas Armadas, Departamento de Historia y Geografía, Quito 1982 (jul-dic.), p. 116

⁴² Palma, *Tradiciones Peruanas*...., p. 1133

Manuela Sáenz se aprovechó de su ubicación en Paita para informarle al Presidente ecuatoriano sobre los avances territoriales del ejército peruano. Cuando el ejército peruano pasó por Paita, el cuartel estuvo al lado de la casa de Sáenz. Esta situación le suministró un gran acceso a información clasificada. Sáenz inmediatamente reportó a Flores lo que vio:

El mejor cuerpo lo manda al Coronel Arrieta, y éste no vale un caracol... Todos son reclutísimos del Cuzco y por esos pueblos; solo la compañía de cazadores es buena; ganaderos regular; y lo demás, basura; no saben ni girar y éste es el cuerpo de toda esperanza del Sur.⁴³

Las observaciones de Sáenz demuestran su capacidad como informante y su conocimiento de la técnica militar. Revelan que ella estaba metida en la política y la guerra, pues hablaba con experiencia de primera mano. Además, el hecho de que Sáenz obtuvo toda esta información desde su propia casa sirve para ejemplificar el uso de la esfera doméstica para laborar por el bienestar público. Las mujeres crearon un lazo entre el mundo del hogar y el mundo del gobierno; los secretos políticos corrían del uno al otro.

Aparte de sus propias observaciones, Sáenz alistó a sus compañeras sobre rumores de conspiraciones, de chantaje, y de movimientos en contra del gobierno ecuatoriano. Después ella comunicaba esta información a Flores. Cuando Sáenz comenzó a sospechar que el cónsul Pedro Moncayo no practicaba lealtad al gobierno floreano, pidió que Luisa y Paula Godoy investigasen el asunto. Aquí consta el detalle de la carta que ella mandó a Flores antes de que se hiciera público tal asunto.

Al señor Monsalve le encargué que comunique a usted que del interior o de Guayaquil le están mandando dinero a Moncayo; la señora Godoy sospecha que es para que lo manden a Lima por fusiles. Doscientos pesos recibió en una letra que le mandó Bodero contra Balanquer, y a favor de don Manuel Cortés y éste se le endosó a Moncayo, y él a don Nicolás Rodríguez. La segunda ha sido de 800 pesos, ésta vino a don Narciso Espinosa; más no sé quién la giró, las señoras Godoy están averiguando y lo saluda, particularmente doña Luisa, que es más floreana que otra cosa.⁴⁴

La información detallada que obtuvo Sáenz, por medio de Luisa Godoy, demuestra su habilidad para la investigación y para el manejo de una red de información. Sáenz nunca descuidaba de informar a Flores sobre los complots en su contra; a la primera sospecha se puso a trabajar para su amigo y para la república ecuatoriana.

Al examinar las muchas cartas escritas por Sáenz, queda la duda sobre la manera en que fueron recibidas por Flores. Las contestaciones de Flores se han perdido, creando un vacío grande en la historia de ambos. Sin embargo, las cartas existentes insinúan que

⁴³ Manuela Sáenz a Juan José Flores, Paila, 3 de junio de 1842, en Jorge Villalba, *Manuela Sáenz: Epistolario*, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito, 1986, p. 121.

⁴⁴ Manuela Saenz a Juan José Flores, Paila, 7 de febrero de 1844, Villalba, *Manuela Sáenz...*, p. 154.

Flores estimaba el trabajo que hacía Manuela Sáenz para mantenerle informado sobre las conspiraciones en su contra. En un momento, Sáenz sugirió el uso de un seudónimo a Flores. Esto sugiere que su correspondencia contenía información política de alta confianza:

Me dice que hay poca seguridad en las comunicaciones; si usted quiere o le ocurre comunicarme algo reservado, firmese usted Angel Calderón, y puede hacer escribir con alguno que sea de confianza; y si vienen las cartas por el correo, puede usted hacerlas rotular a María de los Angeles Calderón.⁴⁵

Los medios que Sáenz y Flores tomaron en su correspondencia revelan el ambiente político inestable de la época post-independentista. Como resultado, el trabajo de Sáenz como informante fue especialmente valioso. Además, la naturaleza "reservada" de la comunicación entre ambos revela que era de "doble vía"; Sáenz no solo escribía sino también recibía cartas de Flores, prueba de que el Presidente ecuatoriano estimaba su contribución.

Asistencia económica

Manuela Sáenz, como miembro de una familia de las elites quiteñas, también contribuía económicamente a la causa independentista. Un documento recién descubierto en el Archivo Metropolitano de Historia de Quito, revela su contribución a las tropas patriotas en 1822:

Diciembre 16. Página Libro Mayor 89 vuelta. Son cargo en préstamo seiscientos ochenta pesos que la Señora Manuela Sáenz ha suplido para subvenir a las actuales urgencias en el socorro de la tropa que marcha a la expedición contra Pasto, con calidad de que se les satisfaga de los primeros caudales que entren en estas Cajas.⁴⁶

⁴⁵ Esta contribución era sumamente oportuna, cuatro días después el ejército patriota venció a las tropas realistas en la decisiva Batalla de Pichincha, asegurando así la libertad de la Audiencia de Quito. El respaldo económico que Sáenz prestó a las tropas patriotas la convierte, como a sus compañeras, en "una de las tantas ecuatorianas ilustres quienes se han consagrado prestar todo jenero de auxilios para derrocar el trono de la tiranía".

Intervención activa

Manuela Sáenz, igual que sus compañeras, participaba en los conflictos armados "luchando a su manera, con medios femeninos". Ella tuvo una gran influencia sobre la vida personal y pública de Simón Bolívar, en dos ocasiones, arriesgó su propia vida y bienestar por ayudarlo a huir del peligro.

⁴⁵ Manuela Sáenz a Juan José Flores, Paíta, 30 de enero de 1842, Villalba, Manuela Sáenz..., p. 114

⁴⁶ Archivo Metropolitano de Historia, Quilo, 20 de mayo de 1822. Este documento fue referido en el discurso del Dr. Jorge Salvador Lara durante la presentación del libro del Dr. Galo René Pérez, ocurrida en el Museo del Banco Central, de Quito, el 22 de octubre de 1997

La primera ocasión en la cual Manuela Sáenz salvó la vida de Bolívar fue el 10 de agosto de 1828, en un baile de disfraces. Según el escritor ecuatoriano Manuel J. Calle, los conspiradores habían planificado el asesinato a las once de la noche. Cuando Sáenz se enteró del complot, fue al baile (al cual no había sido invitada) y comenzó a hablar irracional e incomprensiblemente. Bolívar se vio forzado a salir temprano de la fiesta para atender al espectáculo que causaba la Sáenz, gracias a la cual salvó su vida.⁴⁷

La segunda vez que Manuela Sáenz salvó la vida de Simón Bolívar fue el 25 de septiembre de 1828, en la "noche septembrina". Al escuchar los pasos de los conspiradores en el palacio, Manuela alertó al libertador y enfrentó a los soldados que habían venido a matarlo. En su "Descripción del 25 de septiembre", Sáenz recordó qué sucedió cuando los conspiradores se percataron de que la ventana del cuarto estaba abierta:

Yo les decía no señores no ha huido está en el consejo, y porque esta abierta esa bentana? yo la acabo de abrir porque deseaba saber que ruido había, unos creían y otros no... yo les dije que sabía que había esa reunión que la llamaban Consejo, a la que asistía todas las noches el Libertador, pero que yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho...⁴⁸

Enojar a estos hombres armados, dispuestos a matar, fue poner directamente su vida en riesgo. Sin embargo, Sáenz ayudó a fugar a Bolívar para proteger no solo a su amante, sino al líder de la República Grancolombiana y la causa en la que ella creía.

Sáenz no solo trabajaba en apoyo del ideal bolivariano, sino también en contra de sus enemigos. En los años 1840, ella se dedicaba al sabotaje de las maquinaciones en contra del amigo bolivariano y líder de la República ecuatoriana, Juan José Flores. La revista *La Linterna*, publicada por un editor anónimo, expresaba un sentimiento xenofóbico que proponía derrotar y expulsar al presidente Flores. Sáenz trabajó en contra de esta publicación para sabotear la propagación de estas ideas antifloreanas.

Tengo que conseguir de él (Avedaño) los libelos, haciéndole entender por mi conducto irán seguros, es decir la "Libertad o Muerte", pues "La Linterna" No. 3, anoche me dio 80 ejemplares a que mande yo a Quito; y le remito a usted 2 y quemé los 78.⁴⁹

Su sabotaje de *La Linterna* comprueba como Sáenz luchó contra los opositores políticos de Juan José Flores. Su relación con Avedaño demuestra su excelente capacidad como informante, pues ella ganaba su confianza para obtener la información necesaria para su amigo político.

El campo de batalla

⁴⁷ Manuel J. Calle, "Manuelita Sáenz", *Cronistas de la Independencia y de la República*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J.M. Cajica, Puebla, 1960, p. 633

⁴⁸ Manuela Sáenz a General O'Leary, "Descripción del 25 de septiembre", Lecuna, Museo

⁴⁹ Manuela Sáenz a Juan José Flores, Paíta, 24 de julio de 1843, Villalba, *Manuela Sáenz...*, p. 142

A pesar de las varias interpretaciones existentes, la participación bélica de Sáenz en el campo de batalla no ha sido históricamente comprobada. Vicente Lecuna insiste en que Sáenz no luchó en el ejército ni un solo día. Según Lecuna, ella no pudo haber combatido en la Batalla de Junín de 1824 porque durante todo ese tiempo ella recibía correspondencia de Juan José Santana, quien sí estaba con las tropas.⁵⁰ En cambio, el autor Manuel Espinosa Apolo sostiene que Sáenz participó en la Batalla de Ayacucho en diciembre del mismo año.⁵¹

Sin embargo, existe bastante documentación que comprueba las habilidades bélicas de Sáenz. En el "Papel Periódico Ilustrado", publicado en 1887, Venancio Ortiz escribió que Sáenz "montaba y vestía como hombre, con arreos militares, e iba siempre a todo el andar de un brioso corcel".⁵² Juan Francisco Ortiz la describió de la misma manera, en 1907, en sus "Reminiscencias": "Tendría cuando la conocí 24 años... sabía manejar la espada y la pistola; montaba muy bien a caballo, vestida de hombre, con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo, y suelta la cabellera...".⁵³ Estas dos descripciones, propias de la época de la cual ella vivía, dan testimonio a su habilidad para montar a caballo y para utilizar las armas de defensa. Aunque ninguna de las descripciones se refiere específicamente a su participación en batalla, ambas implican que estos conocimientos fueron aprendidos en la guerra o para participar en ella.

Otro testimonio de la época es el de Juan Baptiste Boussingault, científico francés, quien escribió sus recuerdos de los años que vivió en Sudamérica. En sus escritos, Boussingault se refirió a la capacidad militar de Sáenz y a su participación bélica: "Ella había dado prueba de su valor militar, al lado del general Sucre, asistió lanza en mano, a la batalla de Ayacucho, último encuentro que tuvo lugar entre americanos y españoles".⁵⁴ Lastimosamente, Boussingault era conocido por su exageración; así que la veracidad de su testimonio es cuestionable. Sin embargo, los historiadores todavía no descartan la posibilidad de que Sáenz sí participó directamente en la batalla. Dada su habilidad para montar a caballo y utilizar las armas, y su conocimiento de la táctica militar (aplicado para juzgar el ejército peruano cuando estaba en Paita), la posibilidad de que Sáenz participó de alguna manera, en alguna de las rebeliones o batallas por la Independencia, es más probable que nula.

EL LIDERAZGO DE LA "SÁENZ"

Entonces, si la participación de Manuela Sáenz en estas actividades —el espionaje, la fuga de los líderes revolucionarios, el conflicto armado— era tan parecida a la de sus compañeras, ¿por qué se destaca ella en la historia ecuatoriana? Obviamente su relación con Bolívar y su amistad con Flores aseguraron la preservación de alguna documentación

⁵⁰ Lecuna, Museo Histórico..., p. 110

⁵¹ Manuel Espinosa Apolo, Simón Bolívar y Manuela Sáenz: Correspondencia Intima, Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, Quito, 1996, p. 50

⁵² Venancio Ortiz, "Papel Periódico Ilustrado", 1887, El Libertador, No. 157, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Quito, 1978 (jul-dic.), p. 27

⁵³ Francisco Ortiz, "Reminiscencias", 1907, El Libertador, No. 157, p. 27

⁵⁴ Jean Baptiste Boussingault, Memorias, tomo 3, Alexander Koppel de León, trad., Banco de la República, Bogotá, 1985, p. 1120

referente a su vida. Pero su sobrevivencia en los archivos no es razón suficiente para que los historiadores la sigan estudiando. La razón por la que Manuela Sáenz se distinguió de sus demás compañeras y adquirió esta inmortalidad histórica está en sus cualidades de liderazgo. Su actividad política no solo giraba alrededor de las campañas proyectadas por los líderes patriotas y bolivarianos. Ella misma maquinaba complots en nombre de la Independencia y del ideal de una América del Sur unida. Las fuertes reacciones que ella inspiró en sus contemporáneos también demuestran el alto respeto e influencia que ellos le confirieron, otra prueba de su verdadero talento en el liderazgo.

En enero de 1827, Manuela Sáenz planificó y protagonizó un levantamiento en Lima, Perú. El 26 de enero había estallado una revolución en contra de Bolívar y a favor de un Perú independiente de la Gran Colombia. Ricardo Palma describió como Manuela Sáenz intentó contrarrestar esta rebelión con su propio levantamiento:

Cuando estalló en la división colombiana la revolución encabezada por Bustamante contra la Vitalicia de Bolívar, revolución que halló eco en el Perú entero, la Sáenz penetró disfrazada de hombre en uno de los cuarteles con el propósito de reaccionar un batallón.⁵⁵

El hecho de que Sáenz, sola, actuó con "el propósito de reaccionar un batallón", comprueba su liderazgo. En reacción a estos acontecimientos, el general Manuel Vidaurre, en su "Despedida de las Tropas de Colombia", expresó su disgusto por la actitud insubordinada de Sáenz y la necesidad de expulsarla del nuevo Perú:

El cónsul Armero, y Manuela Sáenz no han cesado de seducir, prometer, y aun gastar, la segunda, cantidades muy crecidas. Ha sido preciso poner en ejercicio toda la fortaleza de mi carácter, y los arbitrios más finos para salir de una fuerza extranjera, que si permanecía por más tiempo, nos había de tener en continua inquietud y sobresalto. Ya no hay escarapelas entre nosotros, que no sean peruanas. El Perú es independiente y libre...

Con noticias muy exactas que tuve, de cuanto se imaginaba por Armero, y por esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y moral pública, lo hice llamar a las cuatro de tarde. Le dije: La Manuela Sáenz, se embarcará en veinticuatro horas. Si o lo hubiese verificado en ese tiempo la encerraré en Casas-matas. La tenía en un monasterio; pero burlaba la incomunicación, y era visitada de continuo por los oficiales.⁵⁶

La fuerza de carácter y espíritu que Sáenz demostró al contrarrestar una revolución encabezada por los militares peruanos, y después reírse de ellos, es única. No mostró miedo aun cuando fue encarcelada, sino que "burlaba la incomunicación". El dinamismo de carácter y la inmensa influencia que ella demostró en su protagonismo de este evento son evidencia amplia de su liderazgo.

⁵⁵ Palma, Tradiciones Peruanas..., p. 1134.

⁵⁶ Manuel Vidaurre, "Despedida de las Tropas de Colombia", sábado 14 de febrero de 1827, Alberto Tauro, edil., Los Ideólogos Cartas Americanas, vol. 6, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1973, pp. 513-514.

En junio de 1828, un año después, Sáenz protagonizó una protesta pública en Bogotá. Entre 1826 y 1828 se habían desarrollado facciones internas que polarizaron la administración de la Gran Colombia y amenazaron la estabilidad de la nueva confederación. Sáenz se percató de que el general Francisco Paula de Santander, a pesar de su supuesta alianza con Bolívar, no era amigo del ideal bolivariano. Así resultó que, en una fiesta patrocinada por Manuela Sáenz, a la cual asistieron los principales ministros y militares de Bogotá, ella efectuó una demostración en contra del general Santander:

La operación dicen que fue hecha en un muñeco figurando en él a Santander, que fue puesto en una especie de banquillo, y como a traidor fusilado por la espalda por soldados de Granaderos que por desgracia estaban en aquel campo haciendo ejercicio; con asentimiento de su comandante Croston sin duda pues era miembro y estaba presente en la función. Se ha dicho que la Sra. Sáenz fue quien promovió ese escándalo y lo dirigió.⁵⁷

El protagonismo de Manuela Sáenz en esta demostración política es obvio, ella "promovió" y "dirigió" este evento. El dominio de Sáenz sobre los militares es una muestra de su grado de influencia.

Un último ejemplo del liderazgo de Sáenz en las campañas por establecer una nación sudamericana ocurrió en 1830. Sáenz fue llevada presa a Bogotá por propagar los ideales bolivarianos, mal vistos ya que la Gran Colombia se había fracturado. El 19 de julio de 1830, Isidoro Carrizosa escribió una carta al alcalde parroquial de la Catedral, Domingo Durán, pidiendo la encarcelación de Sáenz porque "ha salido responsable de la impresión del papel titulado la *Torre de Babel*, que fue acusado por infamatorio y sedicioso".⁵⁸ De la misma manera que Sáenz "promovió" la demostración en contra de Santander, era "responsable" por esta acción difamatoria. Otra vez, su acción fue independiente de los complots encabezados por los líderes revolucionarios, y como resultado, el castigo caía sobre ella sola.

ENTRE EL ELOGIO Y LA CALUMNIA

Las fuertes reacciones que Manuela Sáenz inspiró en sus contemporáneos también demuestran su liderazgo. Sus amigos y enemigos percibían que ella poseía cualidades especiales que la distinguían de las demás. Los partidarios de Bolívar la recibían como una heroína, merecedora de respeto y admiración. En cambio, los enemigos políticos de Bolívar la percibían como una amenaza. Inspiraba tanto temor en los gobernantes de aquella época que fue desterrada de tres países: Perú, Colombia y Ecuador.

En 1830, cuando los gobernantes de Colombia procuraron desterrar a Manuela Sáenz por su alegado difamatorio, los ciudadanos de Bogotá fueron a su defensa. En un artículo titulado "El bello sexo", las autoras ("unas mujeres liberales") argumentaron que Sáenz no era capaz de esta obra "infamatoria".

⁵⁷ José Mana Córdoba a Simón Bolívar, 1 de diciembre de 1828, Archivo Nacional Inglés, Salvador de Madariaga, Bolívar, lomo U, Editorial Mermes, México, D.F., 1953, p. 406.

⁵⁸ Isidoro Carrizosa a Domingo Duran, 19 de julio de 1830, Lecuna, Museo Histórico.... p. 146.

Se dice que la señora Manuela Sáenz se le quiere reducir a prisión a destierro, si tiene culpa alguna yo no me meto, pero como testigo ocular, de su conducta pasada, creo que es mi deber recordar al gobierno y al público que esta señora cuando ha tenido todo el influjo que es notorio solo lo ha empleado en favorecer desgraciados de todas clases, dígalos la multitud que ha protegido antes y después del 25 de septiembre...⁵⁹

Estas mujeres bogotanas apreciaban y respetaban el trabajo político de Sáenz, comprobada por su referencia a "la noche septembrina". Ellas comprendieron que esa noche Sáenz no solo salvó a Bolívar, sino a la nación gran colombiana. Además, estas aficionadas reconocieron el liderazgo de Sáenz; admitieron que ella "ha tenido todo el influjo". Según esta carta, Manuela Sáenz era una persona de influencia, una líder.

Otras cartas también llegaron a la defensa de Manuela Sáenz. Un buen ejemplo es la carta titulada "A las señoras liberales", escrita por "unos patriotas de corazón", quienes eran partidarios del ideal bolivariano. En su discurso, estos "patriotas" agradecieron la elocuente defensa arriba mencionada y añadieron que Sáenz "debía ser, como es en efecto, un objeto de consideración y aprecio, más bien que de procesos y persecuciones". A Sáenz misma, los autores le comunicaban su "profundo respeto, y muy sincera estimación".⁶⁰ Evidentemente, Manuela Sáenz era considerada una figura pública no solo entre sus compañeras femeninas, sino también entre los patriotas masculinos quienes laboraban por el ideal bolivariano. Su "influjo" no era confinada a su sexo, más bien entre todos ella era conocida, respetada y considerada por ser "La libertadora".

No obstante, mientras sus partidarios la apreciaban, los enemigos políticos de Sáenz la detestaban. Ella fue percibida como una amenaza a la estabilidad de los gobiernos de los nuevos estados independientes de Colombia y Ecuador. Sobre todo gobernantes como Santander y Rocafuerte, quienes se habían alejado del ideal bolivariano después del fracaso de la Gran Colombia, se sentían amenazados por ella. Su expulsión de los dos países es un hecho significativo. El miedo que Sáenz inspiraba a sus enemigos era una medida precisa del poder personal que ella poseía.

En 1834, cuatro años después de la muerte de Bolívar, Sáenz fue expulsada de Colombia. Lino de Pombo, en su carta al Prefecto de Cartagena, explicó que se vio forzado a desterrarla "para prevenir cualquier alboroto que ella pueda suscitar en negocios políticos, puesto que hace alardes de ser enemiga del gobierno".⁶¹ Las medidas que tomaron para asegurar que Sáenz saliese del país eran extremas:

La señora Sáenz seguirá de inmediato hacia el exterior del país que ella escoja por la vía de Cartagena. Se previene a las autoridades por donde pase para que la vigilen

⁵⁹ Unas Mujeres Liberales, "El Bello Sexo", Imprenta de B. Espinosa, porj. Ayarza, Bogotá, 1830, Lecuna, Museo Histórico..., p. 142

⁶⁰ Los Patriotas de Corazón, "A las señoras liberales", (Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarza, 1830) Lecuna, Museo Histórico..., p. 144

⁶¹ Lino de Pombo al Señor Prefecto-Cartagena, Bogotá, 7 de enero de 1834, <http://www.orquidea.com/elmalspensanie/carbon05.hym>

estrechamente dada su extrema peligrosidad y atrevimiento. No podrá ser visitada ni por cortesía de oficial alguno del Ejército. La acusada debe ser conducida en silla de manos fuertemente custodiada hasta Funza, lugar en donde la recibirá la escolta y debe continuar con ella rumbo a Cartagena.⁶²

Evidentemente, los oficiales gobernantes de Colombia temieron que Sáenz suscitase un "alboroto" bastante grande. Vicente Azuero declaró que su "extrema peligrosidad y atrevimiento" era razón por tomar medidas tan estrictas para una sola prisionera. El hecho de que los gobernantes percibían a esta "enemiga del gobierno" como un personaje tan perjudicial a la nación colombiana que la tuvieron que desterrar, demuestra que Sáenz no era típica. Más bien, el miedo que inspiró y la reputación que ganó, señalan que aun sus opositores no podían negar el poder personal que poseía.

En 1835, un año después, Sáenz fue expulsada del Ecuador. Vicente Rocafuerte, segundo presidente de la República ecuatoriana, anuló el pase que Juan José Flores le había otorgado para visitar a Quito y recuperar sus bienes. En una carta a Flores, Rocafuerte justificó estas medidas, explicando que Sáenz era una amenaza a la seguridad de la República:

Ella es la llamada a reanimar la llama revolucionaria; en favor de la tranquilidad pública, me he visto en la dura necesidad de mandarle un edecán para hacerla salir de nuestro territorio, hasta que la paz esté bien consolidada.⁶³

Según Rocafuerte, Sáenz amenazaba a "la tranquilidad pública" y a la "paz". Su descripción de ella insinúa que era una mujer revolucionaria y potencialmente violenta. Dos semanas después, Rocafuerte la desterró del país definitivamente, a pesar de las quejas de su colega Flores:

Pero si Usted (Flores) estuviera aquí, y viera las grandes esperanzas que fundan en su viveza y su audacia, Usted hubiera sido el primero en aconsejarnos una medida que diera la política y exige la tranquilidad pública. Madame de Staël no era tan perjudicial en París como la Sáenz lo es en Quito, y sin embargo el gran Napoleón no veía visiones, y estaba acostumbrada a encadenar revoluciones, la desterró de Francia; el Arzobispo Virrey de México desterró de la Capital la famosa Guera Rodríguez y desde su destierro le hizo una revolución. Las mujeres (de moral relajada) preciadas de buenas mozas y habituadas a las intrigas del gabinete son mas perjudiciales que un ejército de conspiradores.⁶⁴

Nuevamente, Rocafuerte identificó a Sáenz como una amenaza a la "tranquilidad pública". A pesar de su evidente prejuicio contra las mujeres, Rocafuerte reconoció que "las grandes esperanzas" que Sáenz inspiraba en el pueblo quiteño señalaban su gran influencia. En fin, Rocafuerte la desterró del Ecuador porque no podía subordinarla ni controlarla.

⁶² Vicente Azuero, Bogotá, 7 de enero de 1834, <http://www.orquidea.com/elmalspensante/cairbon05-hym>.

⁶³ Vicente Rocafuerte a Juan José Flores, Quito, 14 de octubre de 1835, Villalba, Manuela Sáenz..., p. 100.

⁶⁴ Vicente Rocafuerte a Juan José Flores, Quito, 28 de octubre de 1835, Villalba, Manuela Sáenz..., p. 102.

REFLEXIÓN FINAL

Aunque compartía mucho con sus contemporáneas, Manuela Sáenz sí se distinguió de las demás. Muchas mujeres trabajaron en beneficio de los hombres -el combate de Gertrudis Espalza. Sin embargo, pocas mujeres lucharon directamente e independientemente en nombre de la causa patriota. Los esfuerzos de Manuela Sáenz eran independientes de los otros complotos desarrollados por los líderes patriotas y bolivarianos. Ella misma protagonizó el levantamiento en Lima, la demostración en Bogotá y la propagación de la política bolivariana. Además, los soldados patriotas la siguieron a ella en sus campañas en ambas ciudades. El poder de liderar a los soldados y de protagonizar estos eventos políticos le ganó el destierro de tres países. La influencia de Manuela Sáenz era tan fuerte que retó al poder de los gobernantes masculinos de Colombia y Ecuador. Por lo tanto, acudieron al único recurso que podía mitigar el poder de Sáenz y las "grandes esperanzas" que inspiraba: el destierro. Mientras todas las contribuciones de Manuela Sáenz en los ámbitos de la información y el combate eran significativas, es este protagonismo independiente el que separa su contribución política a la Independencia de la de las demás.

Estudiar a Manuela Sáenz a partir de la historia de sus compañeras quiteñas no mitiga su importancia histórica. Más bien, examinarla dentro de este contexto la aumenta. Por años Manuela Sáenz ha sido alabada sin los menores detalles históricos que apoyen tal mención. Para tratar a Manuela Sáenz como un verdadero personaje histórico es necesario abandonar los elogios vacíos a su heroísmo, y comenzar a reconocer su verdadera contribución. Los líderes de la Independencia -Bolívar, Sucre y Flores- se distinguían de los otros soldados, edecanes y políticos menores por el poder personal y la capacidad de liderazgo que poseían. De la misma manera, proveer un contexto histórico adecuado al estudio de Manuela Sáenz es rendirle un homenaje que verdaderamente merece, por destacarse como una líder influyente en las campañas independentistas.

FUENTES CONSULTADAS

INÉDITAS

Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador,
1828 Quito, catálogo 3, 54/3, Guayaquil, 21 de enero. Solicita libertad por cuando se halla preso sin haber cometido otro delito que visitar a Manuela Sáenz, de Venancio Arias a Juan Illingrot.

Catálogo 3, 60/139,

1835 Quito, 14 de octubre. Sobre medida contra Manuela Sáenz para impedir que perturbe la paz pública, de J. M. González a las autoridades de tránsito en Guayaquil.

Catálogo 3, 60/142,

1835 Quito, 28 de octubre. Reitera cumplimiento de disposiciones contra Manuela Sáenz, de J. M. González al Gobierno de Guayaquil.

Catálogo 3, 60/45,

1835 Quito, 18 de noviembre. Sobre expatriación de Manuela Sáenz con destino a Paita, de J. M. González al Gobierno de Guayaquil.

Catálogo 3, 61/117,
 1837 Quito, 18 de enero. Decreto de El Senado y Cámara de Representantes de la República del Ecuador reunidos en Congreso.
 Archivo Metropolitano de Historia,
 1809 Quito, Catálogo Provisional de los Procesos, la Revolución de Quito de 1809, tomo VII [sin fecha]. Confesión de don Nicolás de la Peña. Fs. 5117/518, pp. 674-676.
 Catálogo provisional de los Procesos de 1809 y la Revolución de Quito de 1809,
 1810 Tomo I, vol. IX, Santa Fe, 21 de febrero. Documentos, cartas de Doña Rosa Montúfar por la vindicación de su padre y hermano comprometidos en los sucesos de Quito. Fs. 581/593r. pp. 530-549.
 Archivo Nacional de Historia,
 1812 Quito, Fondo Criminales, Caja 210, 1 de diciembre. De la causa seguida criminalmente sobre descubrimiento de los autores y cómplices del asesinato executado en la persona del Exmo. Sor. Presidente que fue de esta Real Audiencia Conde Ruiz de Castilla.
 1821 Fondo Hijos Expósitos, Caja 5, 16 de junio. Expediente promovido por parte de Manuela Sáenz sobre su filiación y calidad.

PUBLICADAS

Barrera, Isaac J.,
 1942 "Doña Rosa Zárate y don Nicolás de la Peña", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 22, No. 59 (ene-jun.), pp. 103-118.
 Borja, Luis F.,
 1946 "Epistolario de Manuela Sáenz", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, t. 226, No. 68, Academia Nacional de Historia, Quito, pp. 228-246.
 Boussingault, Jean Baptiste,
 1985 *Memorias*, t. 3, trad. Alexander Koppel de León, Banco de la República Bogotá, pp. 97-126.
 Capua, Alberto Di,
 1982 "Manuela Sáenz y un ilustre viajero", *Boletín Histórico*, año VI, Nos. 19-20, Comando de las Fuerzas Armadas, Departamento de Historia y Geografía, Quito (jul-dic.), pp. 115-117.
 Cicala, Mario, S.L.,
 1994 *Descripción Histórico-Topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*, Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, Quito.
 Diario Político de Santa Fe de Bogotá [artículo sin título]. No. 2, 29-XII-1810,
 1903 *Boletín de Historia y Antigüedades*, año 1, No. 7, Bogotá (mar.), p. 352. [artículo sin título], No. 5, 7 de septiembre de 1810.
Boletín de Historia y Antigüedades, año 1, No. 7, Bogotá (mar), p. 365.
 1978 "Doña Manuelita Sáenz", en *El Libertador*, No. 157, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Quito (jul.-dic.), p. 27.
 1959 *El Nuevo Viajero Universal en América*, "Quito según una Geografía de 1833", *El Ecuador Visto por los Extranjeros* (viajeros de los Siglos XVIII y XIX), vol. 5, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica, Puebla, pp. 261-272.
 El Patriota de Quito,
 1845 [editorial], No. 1, 19 de julio.

- Espinosa Apolo, Manuel, comp.,
1996 Simón Bolívar y Manuela Sáenz: Correspondencia Intima, Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, Quito.
- González Páez, M. A.,
1922 Las Víctimas de Sámano, Imprenta de Herder y Cía., Quito.
- Hassurek, Friedrich,
1997 *Cuatro Años entre los Ecuatorianos*, Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Holinski, Alejandro,
1959 "Quito y sus Mujeres" (1851), *El Ecuador visto por los extranjeros* (Viajeros de los Siglos XVIII y XIX), vol. 5, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica, Puebla, pp. 328-331.
- "Algo más acerca de la vida de Quito" (1851), *El Ecuador visto por las extranjeras* (Viajeros de los Siglos XVIII y XIX), vol. 5, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica, Puebla, pp. 332-338.
- Lecuna, Vicente,
1957 "Papeles de Manuela Sáenz", Museo Histórico, año IX, Nos. 27-28, Organo del Museo de Historia, Departamento de Educación y Cultura Popular, Imprenta Municipal, Quito, pp. 109-154.
- Masur, Gerhard.
1949 "El Libertador es inmortal: una carta desconocida de Manuela Sáenz", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. XXIX, Academia Nacional de Historia, Quito (jul.-dic.), pp. 277-280.
- Moncayo, Hugo,
1933 "Cartas del Libertador a Doña Manuela Sáenz", *Educación*, año VIII, Nos. 79- 80, Ministerio de Educación Pública, Quito.
- 1934 "Epistolario inédito de Doña Manuela Sáenz", *Boletín del Instituto Nacional Mejía*, año 2, Nos. 11-12, Quito (ene.-feb.).
- 1933 "Una Cana Inédita de Doña Manuela Sáenz", *Boletín del Instituto Nacional Mejía*, año 1, primera serie No. 2, Biblioteca del Instituto Nacional Mejía Quito (abril), pp. 143-149.
- Palma, Ricardo,
1968 *Tradiciones Peruanas*, 6a. ed., Selecciones Gráficas, Madrid.
- Salazar y Lozano, Agustín,
1854 *Recuerdos de los Sucesos Principales de la Revolución de Quito desde el año de 1809 hasta el de 1814*, Imprenta de Valencia, Quito.
- Stevenson, W. B.,
1959 "Cómo era Quito cuando se declaró libre" (1808), *El Ecuador visto por los extranjeros* (Viajeros de los Siglos XVII y XIX), Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J.M. Cajica, Puebla, pp. 220-237.
- Tauro, Alberto, edit.,
1973 *Los Ideólogos. Cartas Americanas*, vol. 6, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Terry, Adrián R.,
1994 *Viajes por la Región Ecuatorial de América del Sur 1832*, Ediciones Abya-Yala Quito.
- "Tributo a la Justicia",

1845 No. 5, 16 de agosto.
 Valcro Martínez, Arturo,
 1992 *Epistolario Amoroso de Simón Bolívar*, Editorial de la Universidad Estatal de Bolívar, Guaranda.
 Villalba Freire, Jorge S.J., edit.,
 1986 *Manuela Sáenz: Epistolario*, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito.
 Viteri, Eugenia, edit.,
 1983 *Manuela Libertad*, Departamento de Artes Gráficas del Colegio Provincial de Pichincha, Quito.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, Manuel de Jesús,
 1909 *Próceres de la Independencia*, Escuela de Artes y Oficios, Quito.
 Arboleda, Gustavo R.,
 1911 *Diccionario Biográfico de la República del Ecuador*, Escuela de Artes y Oficios, Quito.
 Arias, Augusto,
 s/f "Mujeres de Quito", *América*, No. 58, vol. XI, Quito, pp. 435-450
 Calle, Manuel J.,
 1960 "Manuelita Sáenz", *Cronistas de la Independencia y la República*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J.M. Cajica, Puebla, pp. 629-639.
 Cherpak, Evelyn,
 1985 "La Participación de las Mujeres en el Movimiento de Independencia de la Gran Colombia, 1780-1830", *Las Mujeres Latinoamericanas*, Asunción Lavrin, comp., Fondo de Cultura Económica, México D.F pp 235-270
 Graham, Richard,
 1994 *Independence in Latin America*, 2a. ed., McGraw Hill Inc., New York Guhl, Mercedes,
 1977 "Las Madres de la Patria: Antonia Santos y Policarpa Salvarrieta", *Las Desobedientes: Mujeres de Nuestra América*. María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio edits., Editorial Panamericana, Bogotá, pp. 118-130.
 Hispano, Cornelio,
 1924 *Historia Secreta de Bolívar*, Ediciones Literarias, París.
 Jurado Noboa, Fernando,
 1995 *Las Quiteñas*, Dinediciones S.A., Imprenta Mariscal, Quito.
 Londoño, Jenny,
 1997 *Entre la Sumisión y la Resistencia: las Mujeres en la Audiencia de Quito*, Abya-Yala, Quito.
 Madariaga, Salvador de,
 1953 *Bolívar*, tomo II, Editorial Hermes, México, D.F.
 Mata, Humberto,
 1947 "Manuela Sáenz, La Libertadora, es Quiteña", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No. 70, vol. 227, Quito, pp. 306-312.
 Mogollón, María; Narváez, Ximena,

- 1997 *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Monge, Celiano,
1918 "Doña Rosa Zárate fue quiteña", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 1, No. 3 (oct.-dic.), pp. 296-299.
- 1910 *Lauros*, Imprenta y Encuadernación Nacionales, Quito.
- Monsalve, J. P.,
1926 *Mujeres de la Independencia*, Imprenta Nacional, Bogotá.
- Muñoz Vernaza, A.,
1922 "Patriotas Ecuatorianas", *El Año Militar*, Luis F. Mora, edit., s.p.i. pp 198-203
- Nieto,
1910 "Corona Fúnebre", Imprenta de Medina e Hijo, Bogotá.
- Núñez Sánchez, Jorge,
"El Exilio, Crisol de la Lucha Política", no publicado.
- Ortiz, Lucia,
1997 "Genio, figura y ocaso de Manuela Sáenz", *Las Desobedientes: Mujeres de Nuestra América*, María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio, edits., Editorial Panamericana, Bogotá, pp. 83-117.
- Pérez, Galo Rene,
1997 *Sin Temores ni Llantos: Vida de Manuela Sáenz*, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito.
- Ramos Escandón, Carmen,
1992 "La nueva historia, el feminismo y la mujer". *Género e Historia*, Carmen Ramos Escanden, edit., Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F., pp. 7-37.
- Renden Mosquera, Zoila,
1937 "Participación de las Mujeres en la Emancipación de América", *El Libertador*, vol. III, No. 28, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Quito (jun.), pp. 43-46.
- Rumazo González, Alfonso,
s.f. *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*, Cromograf S.A., Guayaquil.
- Salvador Lara, Jorge,
1997 "Manuela de Quito, la Inmortal", discurso en la presentación del libro del Dr. Galo Rene Pérez, Museo del Banco Central, Quito (22 de oct.).
- San Cristóbal, Evaristo,
1958 *Vida romántica de Simón Bolívar: Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, Embajada del Perú en el Ecuador, Lima.
- Skidmore, Thomas E.; Peter H. Smith,
1992 *Modern Latin America*, 3a. ed., Oxford University Press, New York.
- Toro Ruiz, Isaías,
1934 *Más Próceres de la Independencia*, Tip. del Colegio Vicente León, Latacunga.
- Vega, Juan José,
s.f. "Manuelita Sáenz en Paíta: 1835-1856", no publicado.
- Verdesoco de Romo Dávila, Raquel,
1963 *Manuela Sáenz*, tomos I y II, Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

Von Hagen, Vincent,
1989 *Las Cuatro Estaciones de Manuela*, trad. Ramón Ulía, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989.
Weber, Max,
1978 "The nature of Charismatic Domination", Selections and Translation, W.G. Runciman, edit., Eric Matthews, trans., Cambridge University Press, Cambridge, Gran Bretaña, pp. 226-230.
Zúñiga, Luis,
1991 *Manuela* (novela), Mavigraf Cía. Ltda., Quito.

OTROS ENSAYOS

Plutarco Naranjo^(*)

Miembro de la Academia Nacional de Historia

MANUELITA: BELLEZA. INTELIGENCIA Y VALENTÍA

¿Cómo era Manuelita? ¿Cómo era física, intelectual y afectivamente la mujer de quien se enamoró apasionadamente Bolívar cuando se encontraba en la cima de sus triunfos y la plenitud de la vida? ¿Cómo era la joven patriota de quién se prendó el Libertador en la primera noche que la conoció en la fugacidad del banquete y baile que siguió a su entrada triunfal a Quito?.

¿Cómo era esa mujer a quien más tarde escribió Bolívar? "A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo y otra imagen aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de ti, Manuela".¹

No existe un retrato auténtico de Manuela Sáenz, los óleos y más retratos fueron elaborados en su ausencia y la mayoría después de su muerte y solo gracias a referencias imprecisas de cómo era la heroína.

Rumazo González² recuerda la semblanza escrita, en 1897 por el conocido poeta colombiano. Próspero Pereira Gamba. Este poeta era un buen conocedor de la lengua inglesa a tal punto que pudo hacer una excelente traducción del poema romántico, titulado: Isabel, de Lord Byron. Felizmente han quedado retratos escritos por parte de personajes que la conocieron y trataron.

LA BELLEZA

^(*) Reproducido de Revista América 120, Abril 2002.

¹ Bolívar, J.: en: *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*, de Rumazo, A. Buenos Aires 1945.

² RUMAZO, A.: *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*. Clásicos Ariel, Guayaquil, s/f

Pereira quedó deslumbrado, al ver, por primera vez a la heroína ecuatoriana. Dice:³ "Nos recibió Manuela Sáenz en la quinta de Bolívar, en Bogotá. Era una de las damas más hermosas que recuerdo haber visto en ese tiempo; de rostro color perla, ligeramente ovalado, de facciones salientes, todas bellas, ojos arrebatadores, y amplia cabellera suelta y húmeda como empapada en reciente baño, la cual ondulaba sobre la rica, odorante, vaporante que cubría sus bien repartidas formas. Con un acento halagador y suavísimo dio gracias a Petrona por el regalo de costumbre."

Pereira, como intelectual y hombre de mundo, había tenido tantas oportunidades de tratar con bellas bogotanas, pero ninguna le había impresionado tanto como Manuela.

Un poeta puede ser muy sensible ante la inesperada contemplación de una mujer bella y puede expresar hasta con hipérbole sus sentimientos. Mientras tanto hay quienes no teniendo la fibra del poeta pueden hablar con más objetividad sus experiencias y observaciones.

De este segundo grupo tomamos al sabio francés Juan Bautista Boussingault, quien en la época de las guerras de la independencia hacía estudios científicos en Colombia y Ecuador. Boussingault tenía la mentalidad positivista de la época. Sus investigaciones las expresaba en términos concretos y precisos y si era posible en términos matemáticos. Había descubierto, por ejemplo, que ciertas bacterias del suelo asimilaban nitrógeno del aire y lo convertían en proteínas que luego eran utilizadas por plantas superiores, como las leguminosas, cosa que no hacen los animales. Se dedicó sobre todo a la Química Agrícola y a demostrar las condiciones apropiadas para el buen crecimiento y desarrollo de animales domésticos, determinó el valor nutritivo de varios alimentos. No fue pues un hombre dedicado a la vida social y al trato con damas, por atractivas que fuesen.

LA INTELIGENCIA

Boussingault en su Tratado de Química, en ocho volúmenes, en uno de ellos resume su impresión sobre Manuela dice: "Sea por curiosidad, por lo mucho que se contaba de ella, o por su excepcional belleza, o por lo agudísima de su inteligencia y su admirable trato social, Manuela Sáenz se convirtió en un centro de atracción de la sociedad bogotana. Siempre visible. En la mañana llevaba una bata a la que no faltaban atractivos, sus brazos estaban desnudos; ella no se preocupaba por disimular, bordaba mostrando los dedos más lindos del mundo; hablaba poco, fumaba con gracia. Daba y acogía noticias. Durante el día salía vestida de oficial, en la noche se metamorfoseaba, se ponía ciertamente colorete; sus cabellos estaban artísticamente peinados. Tenía mucha animación, alegre, sirviéndose a veces de expresiones arriesgadas. Su generosidad era ilimitada".

Rumazo González⁴ agrega: "En suma, era muy bella y alegre, muy inteligente y altiva; distinguida por haberse criado y educado en un medio muy fino como el de la sociedad quiteña, ambiciosa, audaz y generosa".

³ PEREIRA GAMBOA, P.: En: *Siluetas de Manuela Sáenz* en: EL Universal (Caracas). Nov. 15 del 2000. Cita, por Rumazo.

⁴ Citado por RUMAZO GONZÁLEZ A.: En: *Siluetas de Manuela Sáenz*. El Universal. Caracas. N- 14 del 2000

El conocido escritor alemán Otto Ludwing, novelista, poeta y crítico literario, se expresa en los siguientes términos: "Era Manuela demasiado fuerte y orgullosa. Se hallaba además absolutamente desprendida de cuanto significaba matrimonio, marido, seguridad: temperamento de Amazona en la cual se unían el abandono femenino y un orgullo viril, el ingenio y la ironía con la perdurabilidad de los sentimientos: Quién sepa cuan poco frecuente es ese tipo de mujer, no se sorprenderá de que Bolívar jamás conociese de otra de tan asombrosas cualidades. Pero, en realidad. Bolívar tampoco había encontrado a un hombre comparable a ella y, como en medio de un verdadero torbellino llevaba una vida solitaria y sin amigos -tan solitaria como la de la misma Manuela- halló también en esta mujer un amigo de espíritu superior. Esto último lo supo y lo reconoció en el curso de los años".

Rumazo González agrega: "Ninguna vida de mujer, en la historia latinoamericana alcanza tan soberbio despliegue de inteligencia, sagacidad y orgullo; valentía, decisión y a la vez señorío puesto en dignidad; capacidad política, sentido de dominio y de poder conspirativo; desinterés, además, y generosidad llevada al último límite".

"No fue indudablemente la emoción corporal lo que juntó definitivamente a estos los seres excepcionales, sino la potencia espiritual de ambos. Los mismos anhelos de gloria, las mismas ambiciones desmesuradas de libertad, una misma fe en la obra, un mismo sentido del sacrificio integral, una misma desconfianza de todos a pesar de la urgencia de contar con todos y la misma triste experiencia sentimental".

La norteamericana Any Taxin⁶, escribe lo siguiente: "Las ecuatorianas participaron activamente en la política, prestando su dinero y servicio a la causa revolucionaria. En abril de 1845, el periódico El Patriota, de Quito reconoció el esfuerzo a través de los años, de tantas ecuatorianas ilustres que se habían consagrado a prestar todo género de auxilios para derrocar el trono de la tiranía, y en julio el mismo periódico agradeció a numerosos habitantes por su contribución a las tropas libertadoras; entre ellas se incluyeron los nombres de siete mujeres.

"Pocas son las mujeres reconocidas por la historia ecuatoriana. El historiador Isaías Toro Ruiz⁷ relata cómo Bárbara Espalza, María Josefa Riofrío, Dolores Zavala y Bárbara Alfaro fueron sacrificadas por intentar librar a los presos patriotas de la revolución quiteña de 1809. Por revelar la rebelión que derrocó y quitó la vida al Presidente de la Real Audiencia, Rosa Zarate fue decapitada. Nicolasa Jurado, Gertrudis Espalza e Inés Jiménez se disfrazaron de hombres para poder luchar en la campaña de Bodegas, en 1821 y en la Batalla de Pichincha en 1822. Aunque estas mujeres permanecen en la sombra de los grandes próceres de la libertad ecuatoriana, su contribución política era real e indican el papel central e intrigante que jugaron las mujeres en la política de aquella época. Entonces ¿por qué Manuela Sáenz?, quizás porque ella era educada, ilustrada y contribuía, tenazmente a la causa patriota. También porque más tarde guardó todos los documentos oficiales de Bolívar y le aconsejaba sobre sus amistades políticas. Pero además porque la muerte de Bolívar en 1830, no puso fin a la participación de la Sáenz".

⁶

⁷

El destacado historiador colombiano. Augusto Mijares,¹ en su obra: El Libertador comenta: "Descansemos por ahora y dejemos descansar al lector (se refiere a los hechos históricos relatados anteriormente, PN) con la narración de un encuentro mucho más agradable, que el destino deparó al Libertador en aquellos días: el de la mujer encantadora que debía acompañarlo en lo sucesivo, casi hasta la hora de su muerte. Era quiteña, tenía 25 años y se llamaba Manuela Sáenz de Thorne, que a la historia ha pasado sin el apellido de su marido y con el nombre en diminutivo: Manuelita. Hermosísima, sensual, inquieta de ingenio chispeante y pronto, tanto para la frase acogedora como para la réplica mordaz, ella misma se jactaba de ser "un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos". Y Mijares agrega: "Lo grave es que a pesar de su carácter tan tempestuoso, Manuela era capaz también de pasar largo tiempo soñando, y que sin sentir fastidio ni flaqueza siguió las interminables marchas de Bolívar por lugares solitarios e inhóspitos. En el Perú cuidaba del archivo del libertador y a lo menos en una ocasión le sirvió de amanuense. Con indomable rectitud rechazó siempre las ofertas de ayuda que le hacía su rico y enamorado esposo".

"Fue, en suma, al lado del Libertador, la mujer que sabía escuchar con inteligente atención sus confidencias, inventar placenteras zalamerías para hacerlo reposar; si estaba colérico lo apaciguaba y si estaba triste lo mimaba; lo mismo podía compartir con él las rudezas del campamento, que recibir en sociedad con el encanto de una gran dama; solía leerle sobre todo por las noches y cuando estaba enfermo lo cuidaba.

Así fue sorprendida en la noche fatídica del 25 de septiembre de 1828 y dio frente a los asesinos con el coraje y la sangre fría del mejor edecán".

VALENTÍA. AUDACIA

El temple audaz de Manuela recuerda Rumazo² en el siguiente pasaje: "Un día cabalgando en las calles centrales, apercibió a un soldado que llevaba el santo y, seña encerrado en un billete colocado en la extremidad de su fusil. Lanzarse al, galope sobre el pobre infante, arrebatarle al pasar el billete, fue asunto de un instante. El soldado le hizo fuego, después ella volvió sobre sus pasos para remitirle el santo y seña". Agrega: era uno de los actos que solo podía realizar Manuela Sáenz, y en traje de capitana. Indudablemente iba ganando terreno, ante las mujeres y ante los hombres. Correspondía al prestigio de haber combatido en los campos de Ayacucho y si se considera su belleza extraordinaria, indudablemente aparecía incomparable a los ojos de todos. ¿Cuántos no habrán soñado entonces en cambiarse por el Libertador?".

A comienzos de 1827 Bolívar regresó a Caracas a solucionar numerosos problemas políticos y de otras órdenes. La circunstancia fue aprovechada, en Lima -en donde había mucho descontento por la presencia de tropas colombianas por el Coronel José

¹ 7
2

Bustamante quien se sublevó y desconoció la Constitución. Estuvo respaldado por su ejército de más de dos mil hombres. Al día siguiente, como relata Luis Augusto Cuervo,⁸ Manuela, "Disfrazada de hombre y con pistola en mano, penetró a caballo en uno de los cuarteles insurrectos, con el fin de reaccionar a favor de Bolívar".

Su apasionada arenga a las tropas para mantener la Constitución y la autoridad de Bolívar no tuvo éxito. Con la misma gallardía que entró al cuartel, salió de él. Fue luego apresada, encerrada e incomunicada, en un convento. Ella no se dio por vencida y siguió conspirando con quienes se mantenían fieles al Libertador. El General Vidaurre, en informe reservado, comunica a Bustamante: "El cónsul Armero y Manuela Sáenz no han cesado de seducir, prometer y aun gastar, la segunda, cantidades muy crecidas. Con noticias exactas que tuve de cuanto se tramaba, por Armero y por esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y moral públicos, le hice llamara las cuatro de la tarde y le dije: usted se embarca dentro de las veinticuatro horas. Si no lo hubiese verificado en ese tiempo, la encerraré en Casas-Malas."⁹ Como no lo hizo con sobrada energía y atropello se procedió a desterrarla.

A los pocos días zarpó del Callao el barco que llevó a Manuelita hacia Colombia. La valentía y coraje de Manuelita se manifestó, una vez más, en la llamada "noche septembrina".

Los enemigos de Bolívar, en momentos en que el Libertador afrontaba un grave conflicto de poder con un antiguo, compañero de lucha, el general Santander, habían resuelto asesinar a Bolívar.

Masur¹¹ resume los acontecimientos en los que Manuelita estuvo a punto de ser asesinada de la siguiente manera: "Bolívar le contó -a Manuelita- el arresto de Triana, pero agregando que creía que se había conjurado todo peligro inmediato. Manuela le leyó hasta que cayó dormido. Mientras tanto, los conspiradores habían dominado las guardias del portal y, antorchas en mano, estaban subiendo por la escalera, vitoreando mientras tanto la Constitución. Ibarra, edecán de Bolívar, fue encontrado y dejado atrás, herido. Por último, llegaron a la puerta del dormitorio de Bolívar. Manuela, todavía despierta, escuchó el ruido inusitado y pensó inmediatamente en los rumores de la rebelión que habían corrido por Bogotá durante semanas. Apresuradamente despertó a Bolívar hacer frente a los invasores. No obstante, Manuela no perdió la cabeza.

"¿Pretendía luchar por su vida en camisón? La idea era absurda; debía vestirse enseguida. Mientras Bolívar obedecía, a Manuela le vino a la cabeza, la idea de que sólo unos cuantos días antes había comentado lo fácil que sería de escapar por la ventana, y ahora le recordó esta posibilidad. Tienes razón, dijo Bolívar y calzándose las botas de Manuela abrió la ventana. Ella lo empujó por la espalda mientras se aseguraba que las calles estaban desiertas. Mientras tonto, el grupo del exterior estaba golpeando la puerta, amenazando con hacer saltar el pestillo si no eran admitidos. Bolívar saltó al suelo, que

8

9

11

casi estaba a tres metros, y Manuela lo vio huir hacia el Norte. "Ve a los cuarteles dijo". Los confabuladores se precipitaron dentro y, agarrándola, preguntaron a gritos por Bolívar. Para ganar tiempo y distraer la atención de la ventana abierta, les dijo que Bolívar estaba en el salón de conferencias. ¿Y la ventana? Le abrió para ver qué era ese ruido. No la creyeron, los minutos aumentaban la distancia que lo separaba de quienes querían asesinarle. Los hombres estaban furiosos, y en su agitación corrían de un lado a otro del cuarto. Si Bolívar escapaba estaban perdidos. Un conspirador enloquecido trató de matar a Manuela, pero Horman¹² la salvó diciendo: "No dispaes, no estamos aquí para matar mujeres": Sin embargo, la cama en desorden y la ventana abierta constituían una evidencia clara, y cuando Manuela reiteró su afirmación de que Bolívar estaba en el salón de conferencias, le exigieron que los condujera allí. En el corredor el herido Ibarra, le gritó: ¿está muerto el Libertador? Y Manuela dejando de fingir le dijo: No, está vivo. Después se arrodilló y vendó la herida de Ibarra con su pañuelo. Los conjurados tuvieron entonces la clara noción de su fracaso, pero cuando el edecán de Bolívar, Ferguson, llegó de la calle, y, a pesar de la advertencia de Manuela, entró en el palacio, Carujo lo mató de un tiro. Poco después del incidente abandonaron la búsqueda y huyeron".

Manuela, por su inteligencia, su capacidad de lucha, su entereza llegó a constituirse en una líder y en una figura política, respetada y admirada por unos y odiada por otros.

Después de la muerte de Bolívar, su poder político se magnificó, a tal punto que recelaron los gobiernos de Colombia y del Ecuador sobre sus fines revolucionarios de suerte que terminaron por desterrarla.

Manuela aparecía como la cabecilla de la oposición al gobierno, como dispuesta a no ceder en su lucha, en Colombia, contra el General Santander, quien se perfilaba como el próximo presidente de Colombia y dispuesto a ejercer retaliaciones contra los partidarios del Libertador.

Cuando se supo del inminente destierro de Manuela, un grupo de mujeres bogotanas dirigió la siguiente carta⁶: "Es nuestro deber recordar al gobierno y al público que esta señora cuando ha tenido todo el influjo que es notorio solo lo ha empleado a favor, de desgraciados de todas clases".

El Gobierno colombiano por intermedio de Lino de Pombo, en 1834, explicó sus razones para la expulsión de Manuela. "Para prevenir cualquier alboroto que ella pueda suscitar en negocios políticos, puesto que hace alarde de ser enemiga del gobierno."

Fue desterrada. Previamente se lo detuvo y tarde de la noche sacada a la fuerza, en una silla de mano, con seguridades para que no diera batalla. Se la embarcó con destino a Jamaica.

Al cabo de un doloroso año de limitaciones y penalidades en Jamaica, decidió volver al Ecuador y sobre todo a su patria chica. Quito.

¹²

⁶

Informado el presidente Rocafuerte de la llegada de Manuelita a Guayaquil y de su propósito de seguir hacia Quito, ordenó a las autoridades de las poblaciones de tránsito de impedirle su avance a Quito y obligarle a que regrese a Guayaquil. Destacó un funcionario para que el viaje inmediatamente al sur. Ante tales increíbles noticias Manuelita montó en cólera y pensó que antes había afrontado riesgos mayores, ahora seguirá adelante.

El corregidor de Guaranda, Antonio Revelo, desde Guaranda escribe al General Flores "Excelentísimo Señor -Aprovechando de la oportunidad, de un conductor de ésta, que lo propio hace la señora Manuela Sáenz, me tomo la libertad de hacerle presente que ayer de noche ha llegado a este lugar un edecán del señor presidente Rocafuerte, con órdenes para todas las autoridades del trayecto, para que hagan regresar a dicha señora a la capital del Guayas. Y habiendo llegado se cumplió lo mandado e intimándole que se regrese en el acto se ha obstinado dicha señora en no querer cumplir dicha orden manifestándome una especie de pasaporte dado por V.E.-se refiere al general Flores- diciendo que no obedecerá a nadie solo a la persona indicada, profiriendo palabras muy seductivas y poco decorosas respecto a la persona de V.E. Como por ejemplo ha hecho entender que no hace caso ni obedece exponiendo que así lo ha encargado V.E. "Yo por mi parte he tomado las medidas más suaves que merece su sexo y he intentado persuadirle que no se exponga a que se cumpla lo mandado con los rigores de lo fuerza, pero todo es en valde diciendo que no regresa sino le llevan arrastrada.

"En este concepto dejo a consideración de V.E., en el estado en que me hallo: Primeramente mirando a la obediencia y respeto que debo a V.E. como también al cumplimiento de mis deberes me diga poco o más o menos como arreglarme, favor que le seré agradecido. Deseo su mejor salud. Mande su afectísimo su SS. SM.- Antonio Revelo."

Manuelita no era de las que se intimidaban, ante una orden, por más que ésta viniese desde lo más alto, no fue fácil su expulsión. Rocafuerte explicó¹⁰: "Las mujeres son las que más fomentan el espíritu de anarquía: por este convencimiento hice salir a Manuela Sáenz del territorio ecuatoriano":

Rocafuerte había explicado que el destierro de Manuelita se debía a que: "Venía a reanimar la llama revolucionaria, en venganza de su hermano el general José María Sáenz, para evitar otro trastorno y otra guerra civil se veía en la precisión de desterrarla".

En carta dirigida al General Santander, el 10 de noviembre de 1835, le dice: "La Manuela Sáenz venía aquí con intenciones de vengar la muerte de su hermano y con ese pretexto hacerse declarar la libertadora del Ecuador. Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar". ¿Estaba Rocafuerte, en efecto, resuelto a hacerla fusilar?

En la carta dirigida al general Juan José Flores, Jefe Militar de Guayaquil, antiguo amigo de Manuelita y quien, además, le proporcionó el salvoconducto para el viaje a Quito,

¹⁰

Rocafuerte tratando de apaciguarlo del grave disgusto que le causó con la dura orden contra Manuelita, le dice "Si viera las grandes esperanzas que fundan en su viveza y audacia usted hubiera sido el primero en aconsejarme una medida política que exige la tranquilidad pública. Stale no era tan perjudicial en Paris como la Sáenz en Quito".

Manuelita fue, pues, desterrada al Perú. Tuvo que ir a refugiarse en el pequeño pueblito de Paita.

LOS DESTIERROS DE MANUELITA

Manuela Sáenz es la única patriota gran colombiana que, por sus ideas, sus acciones políticas y valentía, sufrió tres destierros; primero, del Perú, más tarde de Colombia y luego el de su propia patria: El Ecuador. Por fin, el más ominoso destierro, el de la historia!

De los tres primeros destierros me he ocupado, aunque brevemente, en las páginas anteriores. Quisiera agregar algo sobre el cuarto, el de la historia.

Sería largo mencionar el papel protagonice de Manuela en tantos acontecimientos políticos, en batallas, en especial en la de Junín y la de Ayacucho que culminaron con la liberación del Perú y de Bolivia, respectivamente. Hay numerosas razones para que Manuela, por derecho propio y no simplemente como la "amante del Libertador" haya figurado en la historia. Esto no ha sucedido.

Tomaré solo un ejemplo que demuestra el torcido afán hasta de no mencionarle por su nombre.

No recuerdo quien dijo que Manuelita había sido desterrada de la historia. Son más de 170 años de la muerte del Libertador. Se han publicado numerosas biografías de él, muchos volúmenes sobre la historia de las guerras de la independencia y los grandes generales. Pero por más de un siglo apenas si ha aparecido alguna referencia a lo "amante del Libertador". Se ha escamoteado el nombre de Manuelita, su recia personalidad, su lucha patriótica, sus actos heroicos. Una muestra de esta actitud injusta y poco honesta es la que se halla en la obra: £; //oro de Oro de Bolívar, de Hispano.¹³

Ninguna biografía, de Bolívar, ninguna historia podía ignorar el intento de asesinato del Libertador en lo famosa noche septembrina de Bogotá después de la cual, Bolívar pronunció la tan conocida frase, dirigiéndose, en público, a Manuelita, cuando dijo: 'Tú eres la libertadora del Libertador'. En muchos textos se hace la misma referencia a la heroína ecuatoriana.

Parte del relato de los acontecimientos, efectuado por Florentino González¹⁴ es como sigue: "Zuláibar y P.C. Azuero empezaron a gritar vivas a la libertad, y Bolívar, alarmado y sospechando lo que sucedía se arrojó a la calle por una ventana, y fue a ocultarse debajo

¹³

¹⁴

de un puente del río San Agustín. Cuando rompimos, pues, la puerta de su cuarto de dormir, ya Bolívar se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano, y con una admirable presencia de ánimo y cortésmente nos preguntó qué queríamos; correspondimos con la misma cortesía, y tratamos de saber por ella en dónde estaba Bolívar. Algunos de los conjurados que llegaron poco después, y profirieron algunas amenazas contra aquella señora, y yo me opuse a que se concretarán en hechos, manifestándole que no era aquel el objeto que nos conducía allí."

En primer lugar, se calla cómo Manuelita salvó a Bolívar. La primera reacción del Libertador al ser despertado por Manuela fue tomar la espada y un revólver. ¿Qué podía hacer con esas armas frente a doce asesinos? Fue ella, con mucha sangre fría, quién exigió al Libertador, saltar por la ventana y huir. En segundo lugar, ella hizo frente a los conjurados y estuvo a punto de ser asesinada y en tercer lugar, se habla de una "hermosa señora" pero no se la nombra. Este relato se publicó después de varios años del acontecimiento y era bien sabido que la "hermosa señora" no era otra que Manuelita. Así se la destierra de la historia.

En los penosos días y años de su destierro en Paita, Manuelita había perdido parte de su lozanía, pero no su inteligencia, su espíritu de lucho y su belleza, así la encontraron algunos personajes que de tiempo en tiempo la visitaron.

DIGNIDAD Y ENTEREZA

Pese a su pobreza, no perdió su dignidad, ni orgullo. Su fugaz marido, en su testamento había dejado sus bienes a Manuelita. Ella no los aceptó y prefirió seguir ganándose el pan de cada día con sus propias manos. Comenta Rumazo: "En las horas de descanso, dentro del paréntesis de la diaria tarea de luchar por el pan de cada día, en que tan excelentemente le ayudaban sus dos negras, se entregaba de lleno a la lectura; placer que tomó en su hacienda cuando quinceañera, en Quito.

"Leía a Tácito y a Plutarco, estudiaba la historia de la península en el Padre Mariana y la de América en Solís y Garcilazo; era apasionada de Cervantes y para ella no había más allá de Cien Fuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de corrido el Canto a Junín de Olmedo, y parlamentos enteros del Pelayo. Una de sus lecturas favoritas, era la hermosa traducción de los Salmos, por el peruano Valdés. Nada de frívolo y de amatorio. Solo la inquisición y las profundidades de la épica y la historia de la vida heroica."

El famoso político y militar Guiseppe Garibaldi visitó a Manuelita en su modesto hogar de Paita. Para Garibaldi no era una desconocida, sabía de ella y de sus actos heroicos en la lucha de Bolívar, pues el también había participado en las guerras de la independencia, al igual como lo hizo en Italia hasta la reunificación. Quiso pues rendir pleitesía o la heroína quiteña. Escribe: "La dejé verdaderamente conmovida, ambos nos despedimos con los ojos humedecidos, presintiendo sin duda que éste era nuestro postrer adiós sobre la tierra. Doña Manuelita Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto".

El médico doctor Adán Melgar, visitó algunas veces a Manuelita. Escribió en una ocasión: "La conocí ya probablemente de sesenta años ó más; y deslumbrado por la aureola de su agitada vida la visité repetidas veces durante las estadías en Paita que me obligaba el servicio médico de la nave en la que prestaba mis servicios. Si esa mujer hubiera sido francesa y amante de uno de los reyes habría figurado también en primer término. Recuerdo una frase suya: Si el Libertador hubiera nacido en Francia, decía, habría sido más grande que Napoleón. Valía más; y lo afirmo porque conozco bien la sangrienta historia del Corso".

Ricardo Palma, el escritor de las famosas Tradiciones Peruanas, escribe: "Mi Cicerone se detuvo a la puerta de una casa de humilde apariencia... En el sillón de ruedas y con la majestad de una reina estaba una anciana que me pareció representar 70 años a lo sumo. Vestía pobremente pero con aseo y dignidad bien se adivinaba que ese cuerpo había usado un tiempo goa, raso y terciopelo. Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimos en los que parecía reconcentrado el resto del fuego vital que aún le quedaba. Cara redonda y mano aristocrática...

"Sea usted bienvenido a esta su pobre casa, dijo la anciana dirigiéndose a mí con un tono tal de distinción que me hizo presentir a la dama que había vivido en alta esfera social. Y con ademán de cortesano naturalidad me brindó asiento. Nuestra conversación en esta tarde fue estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, nada presuntuoso y dominaba en ella la ironía".

Con esa entereza y dignidad Manuelita recibió a la muerte el 16 de Noviembre de 1856.

Después de su muerte se han encontrado algunas de las tantas cartas que había escrito en los ocho años de compañía al Libertador y posteriormente mientras se encontraba en Paita. Jorge Villalba, autor del libro: *Manuela Sáenz, Epistolario*¹¹ en la presentación del libro dice: Las cartas de Manuela Sáenz tienen muchos méritos, son fuentes de historia, mujer tan versada, tan observadora, tan relacionada, con los hombres importantes de los países bolivarianos, nos ha dejado, en sus Epístolas lo que llamaríamos sus Memorias...

"Qué afortunados seríamos si descubriéramos el Epistolario íntegro de Manuela Sáenz, con sus misivas se podría hacer la Historia de la Gran Colombia y el Ecuador, vista, interpretada y narrada por una mujer," Agregaría por mi parte, "por una mujer inteligente".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1.
- 2..
- 3..
- 4.
5. RUMAZO, G.: Id. Ídem

11

6. TAXIN, A.: *El* liderazgo de la Sáenz. Revista Domingo Pág.; 14, Caracas, 2000 *El*
7. MIJARES. A.: *El* libertador. Academia Nacional de la Historia. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas 1987.
8. CUERVO, L A.: Apuntes históricos. En: Mijares, id. ídem
9. MIREMON A.: Los septembrinos, citado por Rumazo
10. GERHARD MASSUR: Simón Bolívar. Círculo de lectores. Editorial Grijalbo, Bogotá, 1984.
11. MANUELA SÁENZ: Epistolario. Estudios y selección de J. Villalba. Edic. Banco Central del Ecuador, Quito, 1997.
12. CARTA DE MANUELA SÁENZ al General O'Leary. En: Epistolario
13. HISPANO, C-: *El* libro de Oro de Bolívar, Editorial Garnier Hnos. París, 1925
14. GONZÁLEZ, F.: Los conjurados del 25 de septiembre, En: Hispano.

LA INSEPULTA DE PAITA*

Homenaje a Manuela Sáenz

Pablo Neruda

Chileno, Premio Nobel de Literatura

Elegía dedicada a la memoria de Manuela Sáenz, amante de Simón Bolívar

Nota: aquí entra el artículo "Junio" de Antonio Escobar.

A continuación el artículo "Homenaje" de Alfonso Ramírez González. Luego viene este poema de Neruda

PROLOGO

Desde Valparaíso por el mar
 El Pacífico, duro camino de cuchillos.
 Sol que fallece, cielo que navega.
 Y el barco, insecto seco, sobre el agua.
 Cada día es un fuego, una corona.
 La noche apaga, esparce, disemina
 Oh día, oh noche,
 oh naves
 de la sombra y la luz, naves gemelas!
 Oh tiempo, estela rota del navío!
 Lento, hacia Panamá, navega el aire
 Oh mar, flor extendida del reposo!

* Fundación Cultural Manuela Sáenz

LA COSTA
PERUANA

No vamos ni volvemos ni sabemos
Con los ojos cerrados existimos.

Surgió como un puñal
entre los dos azules enemigos,
cadena erial, silencio,
y acompañó a la nave
de noche interrumpida por la sombra,
de día allí otra vez la misma,
muda como una boca
que cerró para siempre su secreto,
y tenazmente sola
sin otras amenazas
que el silencio.
Oh larga
cordillera
de arena y desdentada
soledad, oh desnuda
y dormida
estatua huraña,
a quien,
a quiénes
despediste
hacia el mar, hacia los mares,
a quién
desde los mares
ahora
esperas?
Qué flor salió,
qué embarcación florida
a fundar en el mar la primavera
y te dejó los huesos
del osario,
la cueva
de la muerte metálica,
el monte carcomido
por las sales violentas?
Y no volvió raíz ni primavera,
todo se fue en la ola y en el viento!
Cuando a través
de largas

horas
sigues,
desierto, junto al mar,
soledad arenosa,
ferruginosa muerte,
el viajero
ha gastado
su corazón errante:
no le diste
un solo
ramo
de follaje y frescura,
ni canto de vertientes,
ni un techo que albergara
hombre y mujer amándose:
sólo el vuelo salado
del pájaro del mar
que salpicaba
las rocas
con espuma
y alejaba su adiós
del frío del planeta.
Atrás, adiós,
te dejo,
costa
amarga.
En cada hombre
tiembla
una semilla
que busca
agua celeste
o fundación porosa:
cuando no vio sino una copa larga
de montes minerales
y el azul extendido
contra una inexorable
ciudadela,
cambia el hombre su rumbo,
continúa su viaje
dejando atrás la costa del desierto.
dejando
atrás
el olvido.

II

LA INSEPULTA En Paita preguntamos
 por ella, la Difunta:
 tocar, tocar la tierra
 de la bella Enterrada.
 No sabían.
 Las balaustradas viejas,
 los balcones celestes,
 una vieja ciudad de enredaderas
 con un perfume audaz
 como una cesta
 de mangos invencibles,
 de pinas,
 de chirimoyas profundas,
 las moscas
 del mercado
 zumban
 sobre el abandonado desaliño,
 entre las cercenadas
 cabezas de pescado,
 y las indias sentadas
 vendiendo
 los inciertos despojos
 con majestad bravia,
 —soberanas de un reino
 de cobre subterráneo—,
 y el día era nublado,
 el día era cansado,
 el día era un perdido
 caminante, en un largo
 camino confundido
 y polvoriento.
 Detuve al niño, al hombre,
 al anciano.

y no sabían dónde
falleció Manuelita,
ni cuál era su casa,
ni dónde estaba ahora
el polvo de sus huesos.
Arriba iban los cerros amarillos
secos como camellos,
en un viaje en que nada se movía,
en un viaje de muertos,
orque es el agua
el movimiento,
el manantial transcurre,
el río crece y canta,
y allí los montes duros
continuaron el tiempo:
era la edad, el viaje inmóvil
de tos cerros pelados,
y yo les pregunté por Manuelita,
pero ellos no sabían,
no sabían el nombre de las flores.
Al mar le preguntarnos,
al viejo océano.
El mar peruano
abrió en la espuma viejos ojos incas
y habló la desdentada boca de la turquesa.

III

EL MAR Y MANUELITA

Aquí me llevó ella, la barquera,
la embarcadora de Colán, la brava.
Me navegó la bella, la recuerdo,
a sirena de los fusiles,
la viuda de las redes.
la pequella criolla traficante
de miel, palomas, pinas y pistolas.

Durmió entre las barricas,
amarrada a la pólvora insurgente,
a los pescados que recién alzaban
sobre la barca sus escalofríos
al oro de los más fugaces días,
al fosfórico sueño de la rada.
Sí, recuerdo su piel de nardo negro,
sus ojos duros, sus férreas manos breves,
recuerdo a la perdida comandante
y aquí vivió
sobre estas mismas olas,
pero no sé dónde se fue,
no sé
dónde dejó el amor su último beso,
ni dónde la alcanzó la última ola.

IV

NO LA
ENCONTRAREMOS

No, pero en mar no yace la terrestre,
no hay Manuela sin rumbo, sin estrella,
sin barca, sola entre las tempestades.
Su corazón era de pan y entonces
se convirtió en harina y en arena,
se extendió por los montes abrasados:
por espacio cambió su soledad.
Y aquí no está y está la solitaria.
No descansa su mano, no es posible
encontrar sus anillos ni sus senos,
ni su boca que el rayo
navegó con su largo látigo de azahares.
No encontrará el viajero
a la dormida
de Paita en esta cripta, ni rodeada
por lanzas carcomidas, por inútil
mármol en el huraño cementerio

que contra polvo y mar guarda sus muertos,
en este promontorio, no,
no hay tumba para Manuelita,
no hay entierro para la flor,
no hay túmulo para la extendida,
no está su nombre en la madera
ni en la piedra feroz del templo.

*Ella se fue, diseminada,
entre las duras cordilleras
y perdió entre sal y peñascos
los más tristes ojos del mundo,
y sus trenzas se convirtieron
en aguas, en ríos del Perú,
y sus besos se adelgazaron
en el aire de las colinas,
y aquí está la tierra y los sueños
y las crepitantes banderas
y ella está aquí, pero ya nadie
puede reunir su belleza.*

V

FALTA EL
AMANTE

Amante, para qué decir tu nombre?
Sólo ella en estos monte"
permanece.
El es sólo silencio,
en brusca soledad que continúa.
Amor y tierra establecieron
la solar amalgama,
y hasta este sol, el último,
el sol mortuorio
busca
la integridad de la que fue la luz.
Busca
y su rayo
a veces
moribundo
corta buscando, corta como espada,
se clava en las arenas,

v hace falta la mano del Amante
en la desgarradora empuñadura.
Hace falta tu nombre,
Amante muerto,
pero el silencio sabe que tu nombre
se fue a caballo por la sierra,
se fue a caballo con el viento

VI

RETRATO

Quién vivió? Quién vivía? Quién amaba?
Malditas telarañas españolas!
En la noche la hoguera de ojos ecuatoriales,
tu corazón ardiendo en el vasto vacío:
así se confundió tu boca con la aurora.
Manuela, brasa y agua, columna que sostuvo
no una techumbre vaga sino una loca estrella.
Hasta hoy respiramos aquel amor herido,
aquella puñalada del sol en la distancia.

VII

EN VANO TE BUSCAMOS

No, nadie reunirá tu firme forma,
ni resucitará tu aroma ardiente,
no volverá tu boca a abrir su doble pétalo,
ni se hinchará en tus senos la blanca vestidura.
La soledad dispuso sal, silencio, sargazo,
y tu silueta fue comida por la arena,
se perdió en el rapado tu silvestre cintura,
sola, sin el contacto del jinete imperioso
que galopó en el fuego hasta la muerte.

MANUELA
MATERIAL

Aquí en las desoladas colinas no reposas,
no escogiste el inmóvil universo del polvo.
Pero no eres espectro del alma en el vacío.
Tu recuerdo es materia, carne, fuego, naranja.
No asustarán tus pasos el salón del silencio,
a medianoche, ni volverás con la luna,
no entrarás transparente, sin cuerpo y sin rumor,
no buscarán tus manos la cítara dormida.
No arrastrarás de torre en torre un nimbo verde
como de abandonados y muertos azahares,
y no tintinearán de noche tus tobillos:
te desencadenó sólo la muerte.
No, ni espectro, ni sombra, ni luna sobre el frío,
ni llanto, ni lamento, ni huyeme vestidura,
sino aquel cuerpo, el mismo que se enlazó al amor,
aquellos ojos que desgranaron la tierra.
Las piernas que anidaron el imperioso fuego
del Húsar, del errante Capitán del camino,
las piernas que subieron al caballo en la selva
y bajaron volando la escala de alabastro.
Los brazos que abrazaron, sus dedos, sus mejillas,
sus senos, (dos morenas mitades de magnolia),
el ave de su pelo (dos grandes alas negras),
sus caderas redondas de pan ecuatoriano.
Así tal vez desnuda, paseas con el viento
que sigue siendo ahora tu tempestuoso amante.
Así existes ahora como entonces: materia.
verdad, vida imposible de traducir a muerte

IX

ELJUEGO

Tu pequeña mano morena,
tus delgados pies españoles,

tus caderas claras de cántaro,
tus venas por donde corrían
viejos ríos de fuego verde:
todo lo pusiste en la mesa
como un tesoro quemante:
como de abandonados y muertos
azahares,
en la baraja del incendio:
en el juego de vida o muerte.

X

ADIVINANZA Quién está besándola ahora?
No es ella. No es él. No son ellos.
Es el viento con la bandera.

XI

EPITAFIO Esta fue la mujer herida:
en la noche de los caminos
tuvo por sueño una victoria,
tuvo por abrazo el dolor.
Tuvo por amante una espada.

XII

ELLA Tú fuiste la libertad,
libertadora enamorada.
Entregaste dones y dudas,
idolatrada irrespetuosa.
Se asustaba el buho en la sombra
cuando pasó tu cabellera.
Y quedaron las tejas claras,
se iluminaron los paraguas.

Las casas cambiaron de ropa
El invierno fue transparente
Es Manuelita que cruzó
las calles cansadas de Lima,
la noche de Bogotá,
la oscuridad de Guayaquil,
el traje negro de Caracas.
Y desde entonces es de día

XIII

INTERROGACIONES por qué? Por qué no regresaste?

Oh amante sin fin, coronada
no solo por los azahares,
no sólo por el gran amor.
no sólo por luz amarilla
y seda roja en el estrado,
no solo por camas profundas
de sábanas y madre selvas,
sino también,
oh coronada,
por nuestra sangre y nuestra guerra.

XIV

DE TODO
EL SILENCIO

Ahora quedémonos solos
Solos, con la orgullosa
Solos con la que se visió
con un relámpago morado
Con la emperatriz tricolor
Con la enredadera de Quito
De todo el silencio del mundo
ella escogió este triste estuario,
el agua pálida de Paita

QUIEN SABE

De aquella gloria no, no puedo
hablarte.

Hoy no quiero sino la rosa
perdida, perdida en la arena.

Quiero compartir el olvido.

Quiero ver los largos minutos
replegados como banderas,
escondidos en el silencio.

A la escondida quiero ver.

Quiero saber.

XVI

EXILIOS

Hay exilios que muerden y otros
son como el fuego que consume.

Hay dolores de patria muerta
que van subiendo desde abajo,
desde los pies y las raíces
y de pronto el hombre se ahoga,

ya no conoce las espigas,

ya se terminó la guitarra,

ya no hay aire para esa boca,

ya no puede vivir sin tierra

y entonces se cae de bruces,

no en la tierra, sino en la muerte.

Conocí el exilio del canto,

y ése sí tiene medicina,

porque se desangra en el canto,

la sangre sale y se hace canto.

Y aquel que perdió madre y padre,

que perdió también a sus hijos,

perdió la puerta de su casa,

no tiene nada, ni bandera,

ése también anda rodando

y a su dolor le pongo nombre
y lo guardo en mi caja oscura.
Y el exilio del que combate
hasta en el sueño, mientras come,
mientras no duerme ni come,
mientras anda y cuando no anda,
y no es el dolor exiliado
sino la mano que golpea
hasta que las piedras del muro
escuchen y caigan y entonces
sucede sangre y esto pasa:
así es la victoria del hombre.
Pero no comprendo este exilio.
Este triste orgullo, Manuela.

XVII

NO COMPRENDO Quiero andar contigo y saber,
LA SOLEDAD saber por qué, y andar adentro
del corazón diseminado,
preguntar al polvo perdido,
al jazmín huraño y disperso.
Por qué? Por qué esta tierra miserable?
Por qué esta luz desamparada?
Por qué esta sombra sin estrellas?
Por qué Paita para la muerte?

XVIII

LA FLOR Ay, amor, corazón de arena!
Ay sepultada en plena vida,
yacente sin sepultura,

niña infernal de los recuerdos,
angela color de espada.
Oh inquebrantable victoriosa
de guerra y sol, de cruel rocío.
Oh suprema flor empuñada
por la ternura y la dureza
Oh puma de dedos celestes,
oh palmera color de sangre.
dimc por qué quedaron mudos
los lalnus que el fuego besó,
por qué las manos que tocaron
el poderío del diamante,
las cuerdas del violín del viento,
la cimitarra de Dios,
se sellaron en la costa oscura,
y aquellos ojos que abrieron
y cerraron todo el fulgor
aquí se quedaron mirando
cómo iba y venía la ola,
cómo iba y venía el olvido
y cómo el tiempo no volvía:
sólo soledad sin salida
y estas rocas de alma terrible
manchadas por los alcatraces.
Ay, compañera, no comprendo!

XIX

ADIÓS

Adiós, bajo la niebla tu lenta barca cruza:
es transparente como una radiografía,
es muda entre las sombras de la sombra;
va sola, sube sola, sin rumbo y sin barquera.

Adiós, Manuela Sáenz, contrabandista pura,
guerrillera, tal vez tu amor ha indemnizado
la seca soledad y la noche vacía.
Tu amor diseminó su ceniza silvestre
Libertadora, tú que no tienes tumba,
recibe una corona desangrada en tus huesos,
recibe un nuevo beso de amor sobre el olvido,
adiós, adiós, adiós Julieta huracanada.
Vuelve a la proa eléctrica, de tu nave pesquera,
dirige sobre el mar la red y los fusiles,
y que tu cabellera se junte con tus ojos,
tu corazón remonte las aguas de la muerte,
y se vea otra vez partiendo la marea,
la nave, conducida por tu amor valeroso.

XX

LA En tumba o mar o tierra, batallón o ventana,
RESURRECTA devuélvenos el rayo de tu infiel hermosura.
 Llama tu cuerpo, busca tu forma desgranada
 y vuelve a ser la estatua conducida en la proa.
 (Y el Amante en su cripta temblará como un río).

XXI

INVOCACIÓN Adiós, adiós, adiós, insepulta bravia,
 rosa roja, rosal hasta en la muerte errante,
 adiós, forma callada por el polvo de Paita,
 corola destrozada por la arena y el viento.
 Aquí te invoco para que vuelvas a ser una
 antigua muerta, rosa todavía radiante,
 y que lo que de ti sobreviva se junte
 hasta que tengan nombre tus huesos adorados.
 El amante en su sueño sentirá que lo llaman:
 alguien, por fin aquella, la perdida, se acerca
 y en una sola barca viajará la barquera
 otra vez, con el sueño y el Amante soñando,

los dos, ahora reunidos en la verdad desnuda:
cruel ceniza de un rayo que no enterró la muerte
ni devoró la sal, ni consumió la arena.

XXII

YA NOS VAMOS Paíta, sobre la costa
DE PAITA muelles podridos,
 escaleras
 rotas,
 los alcatraces tristes
 fatigados,
 sentados
 en la madera muerta,
 los fardos de algodón,
 los cajones de Piura.
 Soñolienta y vacía
 Paíta se mueve
 al ritmo
 de las pequeñas olas de la rada
 contra el muro calcáreo.
 Parece
 que aquí
 alguna ausencia inmensa sacudió
 y quebrantó
 los techos y las calles.
 Casas vacías, paredones
 rotos,
 alguna buganvilia
 echa en la luz el chorro
 de su sangre morada,
 y lo demás es tierra,
 el abandono seco
 del desierto.
 Y ya se fue el navio
 a sus distancias.
 Paíta quedó dormida
 en sus arenas.

Manuelita insepulta,
desgranada
en las atroces, duras
soledades.
Regresaron las barcas, descargaron
a pleno sol negras mercaderías.
Las grandes aves calvas
se sostienen
inmóviles
sobre
piedras quemantes.
Se va el navio. Ya
no tiene ya más
nombre la tierra.
Entre los dos azules
del cielo y del occ.ino
una línea de arena,
seca, sola, sombría.
Luego cae la noche.
Y nave y costa y mar
y tierra y canto
navegan al olvido.

Plutarco Naranjo

LA INSEPULTA DE PAITA, ↑ de Pablo Neruda w

Seaca»»»- Director de nombre de la Academia Nacional de Historia

Junio 16 de 1822; mañana soleada y transparente de Quito, las campanas han sido echadas al vuelo en todas las iglesias. La gente se arremolina por las calles para vitorear al General Bolívar, a sus oficiales y tropas libertadoras. Desde los balcones hay lluvia de flores y suspiros. Bolívar, cabalgando un brioso corcel blanco con el sombrero a la mano, responde con reverencias esas entusiastas manifestaciones de aprecio. De pronto Mu^TTC10- DeKstk el balcón norte del actual pala^ Municipal, una bella quiteña, de mirada fulgurante. héroe ^Tr una corona de laureles en las sienes del te fie' anta el rostro- se miran y admiran. Instan- receDp^ quedará una eternidad. A la noche la gran aJ^scony baüe de gala- Las P^Pales figuras de la ^ socxedad quiteña desfilan ante Bolívar Don Juan Bolívar de encargado de Presentar a Manuelita Sáenz. ^die máeslde ese momento ya no tendrá ojos para nado Sa E amor a Primera vlsta, violento, apasio- —^in escrúpulos, pero que se reafirmará sólida- ^^ ^i—<^.^!, ^^, (-"^^/^^

ojo, levantar
a todo lo ancho

Este artículo es para imprimir

mente cuando descubran la mutua identidad de grandes ideales.

Manuela, de 24 años, rebotante de vida y de belleza. "extremadamente vivaz, valerosa, sabía manejar la espada y la pistola, montar muy bien a caballo" como lo recuerda un historiador que le conoció personalmente, era mujer excepcional.

Desde su adolescencia, con decisión y hasta con temeridad, se incorporó, en Quito, a la sedición, al movimiento libertario. Poco después, mientras residió en Lima, su suntuosa residencia se convirtió en el centro de la conspiración contra los españoles. Los tés, los bailes y las fiestas servían para disfrazar el movimiento revolucionario. A través de su hermano, el Capitán José María Sáenz, logró atraer a sus fiestas a varios oficiales del Batallón Numancia que, desde Bogotá, habían venido a Lima a reforzar las guarniciones virreinales. "

San Martín, convencido de que la libertad conquistada para Argentina, será muy frágil, quizá insostenible, si el grueso de los ejércitos españoles, concentrados en Lima-, no son derrotados, emprendió en la famosa marcha hacia el Perú.

Mientras tanto bajo la influencia de Manuela, su hermano y varios oficiales del batallón Numancia, dieron un paso inesperado y decisivo, consiguen que

batallón de la espalda al Rey y se disponga a luchar por la causa de los patriotas americanos. Los demás batallones abandonan Lima para, según habían resuelto, dar batalla a campo abierto y San Martín entra triunfante en Lima sin haber realizado un solo disparo.

San Martín pide la lista de los patriotas que se hayan distinguido en la lucha; entre las mujeres, figuran Manuelita Sáenz, quiteña y Rosita Campuzano, guayaquileña. Fueron condecoradas con la "Orden del Sol".

Ante la noticia del triunfo del movimiento revolucionario en Guayaquil y que las fuerzas patrióticas iban a iniciar la marcha hacia Quito, Manuelita decide abandonar Lima para volver al Ecuador y unirse al ejército de la libertad. Nada ni nadie fue capaz de detenerla. Ya en territorio ecuatoriano, en efecto, se unió a las tropas de Sucre. En su hacienda cercana a Quito, las tropas pernoctaron el 23 de Mayo. Aquí estuvo, pues, Manuelita el 24 de Mayo y no celebrando la victoria en "nennmcha, sino atendiendo a los patriotas heridos.

* * «

Ütavolvie^do atras' a la noche del 16 de Junio. Manue-
 ^^trego a Bolívar no solamente su hermosura, su
 •laceria n T° páginas de lucha- hojas de servicio
 n»*jeraue'De esa noche Manuela será no sólo la
 6^dcqÍuc^a unhombre SUPe^; será su compa-
 <0* <te Stíi^ eal camarada que gozará de momen-
 ^.: : ' Pero que sufrira interminables días de
 ^'^.i,--^'-.! .!-.. •

dolor, de angustia y de tragedia. Desde entonces el Libertador tendrá la consejera más fiel e inteligente, la enfermera más cariñosa, la mejor secretaria y confidente, la mujer más sensual y la leona dispuesta a caer en defensa de su egregio amante, como lo demostró en Bogotá, en la noche septembrina.

Ese amor no fue flor de un día. Tiempo después. Bolívar le escribirá: "A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de tí Manuela".

v,-^ ^ (j—'^- ' c^^-l'
y* /¿ ^F^,¿/^ ^.L',^

San Martín como sé indicó ya, entró en triunfo a Lima.y poco después/regresó a la Argentina. LaJbatallaf por ía libertad del Perú aún no se había»¡dado. El destino histórico señaló a Bolívar para que laí diera. Manuelita voló al Perú pero no para disfrutar de la galana vida limeña, sino para acompañar a Bolívar en el campo de batalla. El triunfo, el sonado triunfo de Junín, sobre un ejército experimentado y mucho más poderoso, fue de Bolívar y claro está, fue también de Manuelita.

Quedaba el "Alto Perú". Allí estaba atrincherado un poderoso ejército realista. Bolívar ya saboreaba entonces el acíbar de las incomprensiones y felonías, lo mismo en Bogotá que en Lima. En Pativilca, enfermo, demacrado, afiebrado, extremadamente débil, sólo tiene

el aliento y las caricias de Manuela, se cierne la derrota. El General Mosquera le interroga: "¿Qué piensa hacer vuestra excelencia?". Tajante le responde: "Vencer". El destino le impide ser el héroe de Ayacucho, no puede movilizarse, pero allí están, en su reemplazo, Sucre y Manuelita. Ellos encabezan el valeroso ejército patriota que, a pesar de su inferioridad en número, derrota a los realistas y sella la libertad de Bolivia.

* * «

W ^<-v^

Neruda, en cajsífljs-y magistrales versos sintetiza algunos de estos antecedentes históricos, dice:

"Tú fuiste la libertad,
libertadora enamorada.
Entregaste dones y dudas,
idolatrada irrespetuosa.
Se asustaba el buho en la sombra
cuando pasó tu cabellera.
Y quedaron las tejas claras,
se iluminaron los paraguas.
Las casas cambiaron de ropa
El invierno fue transparente.
Es Manuelita que cruzó
las calles cansadas de Lima,
la noche de Bogotá,
la obscuridad de Guayaquil,
el traje negro de Caracas.
Y desde entonces es de día."

Por desgracia, después del día viene la noche. Tras del día luminoso de los triunfos bélicos de Bolívar, Sucre y Manuelita, vino la noche. Noche tenebrosa en la que los generales ambiciosos e incultos, surgidos en el fragor de las batallas, valerosos sí pero sin educación política, sin formación democrática, sin haber asimilado las ideas y lecciones de Bolívar, creyeron que la lucha triunfal contra España, era para su propio beneficio. Cada uno reclamó para sí su propia ínsula Barataría. Y el ideal de Bolívar, la integración de América, sus sueños por una democracia real y respetable se esfumaron como llevados por el viento.

Bolívar renunció a todo poder, honores y privilegios. Enfermo y engañado hizo su testamento político en el que con profundo dolor declaró haber arado en el mar.

Manuelita, desesperada, angustiada, no sólo que fue prohibida de acompañar al Libertador en sus últimos momentos, sino que fue expulsada de Colombia. En el Ecuador, en su propia patria, el General Juan José Flores, que tanto debía a Bolívar y a la misma Manuelita, le cerró las puertas del país.

Triste, abandonada por todos, excepto por su fiel sirvienta, buscó refugio en uno de los rincones más solitarios del Perú, en Paita. Llevaba, como en cofre de tesoros, los recuerdos de su romance, su epopeya, su tragedia. Repetía: "Yo amé al Libertador, muerto lo venero"

Allí en Paita, víctima de una epidemia de difteria, se apagó la vida de esta mujer que fue luz.

Si la historia no hubiera inmortalizado ya su nombre. el poema "La insepulta de Paíta", de Neruda, lo consagraría.

Qué honor, no para Manuelita que ya no necesita nada, sino para el Ecuador, que un gran poema, un poeta universal, un Premio Nobel de la Literatura, un chileno, haya exaltado, corteo" un imborrable poema, a una de las más insignes patriotas ecuatorianas.

Neruda quiso pronunciar sus versos sobre la tumba de Manuela, pero no había tumba. Dice:

"No encontrará el viajero
a la dormida
de Paíta en esta cripta, ni rodeada
por lanzas carcomidas, por inútil
mármol en el huraño cementerio
que contra polvo y mar guarda sus muertos,
en este promontorio, no,
no hay tumba para Manuelita,
no hay entierro para la flor,
no hay túmulo para la extendida,
no está su nombre en la madera
ni en la piedra feroz del templo.
Ella se fue, diseminada,
entre las duras cordilleras
y perdió entre sal y peñascos
los más tristes ojos del mundo ".

Agrega el poeta:

"En la noche, la hoguera de ojos ecuatoriales,
tu corazón ardiendo en el vasto vacío:
así se confundió tu boca en la aurora.

Manuela, brasa y agua, columna que sostuvo
no una techumbre vaga sino una loca estrella.

Hasta hoy respiramos aquel amor herido,
aquella puñalada de sol en la distancia.

Neruda que, a más de poeta excelso, fue un tenaz
luchador por la justicia social, sufrió exilios y ausen-
cias. No puede dejar de rememorar esos días y hacer
comparaciones. Dice:

"Hay exilios que muerden y otros
son como el fuego que consume.

Hay dolores de patria muerta
que van subiendo desde abajo,
desde los pies y las raíces
y de pronto el hombre se ahoga,
ya no conoce las espigas,
ya se terminó la guitarra,
ya no hay aire para esa boca,
ya no puede vivir sin tierra
y entonces se cae de bruces,
no en la tierra, sino en la muerte ".

El poeta que una noche "escribió los versos más tristes". encontró que Paita era un lugar angustioso, taciturno y esto, más de cien años después de las guerras de independencia; ¿cómo habrá sido en los días de Manuelita?. Dice:

"Ahora quedémonos solos
Solos, con la orgullosa
Solos con la que se vistió
con un relámpago morado
Con la emperatriz tricolor
Con la enredadera de Quito.
De todo el silencio del mundo
ella escogió este triste estuario,
el agua pálida de Paita ".

¿Sí? ¿Lunares paradisíacos para vivir; ^Y lugares ft^cmantes para gozar; pero quizá no hay lugares atractivos para morir. Asimismo, hay lugares lóbregos pa^ra vivir y lugares desesperantes para morir. Dice Neruda

'Quiero andar contigo y saber,
saber, por qué, y andar adentro
del corazón diseminado,
preguntar al polvo perdido,
al Jazmín huraño y disperso.
Por qué? Por qué esta tierra miserable?
Por qué esta luz desamparada?

Por qué esta sombra sin estrellas?
Por qué Paita para la muerte ? ".
Y más adelante insiste:
"Dime por qué quedaron mudos
los labios que el fuego besó,
por qué las manos que tocaron
el poderío del diamante,
las cuerdas del violín del viento,
la cimitarra de Dios,
se sellaron en la costa oscura,
y aquellos ojos que abrieron
y cerraron todo el fulgor,
aquí se quedaron mirando
cómo iba y venía la ola,
cómo iba y venía el olvido
y cómo el tiempo no volvía:
sólo la soledad sin salida
y estas rocas de alma terrible
manchadas por los alcatraces.
Ay, compañera, no comprendo!".
Después de su poética visita a las cenizas de
Manuelita, el poeta se despide:
"Libertadora, tú no tienes tumba,
recibe una corona desangrada en tus huesos,
recibe un nuevo beso de amor sobre el olvido,
adiós, adiós Julieta huracanada ".